



“GENEALOGÍA FEMINISTA PALESTINA: HISTORIAS DE MUJERES DESDE LA DIVERSIDAD”



erkldego batzordea
unrwa
euskadi

Agencia de Naciones Unidas para la
población refugiada de Palestina



GARAPENERAKO
LANKIDETZAREN
EUSKAL AGENZIA
AGENCIA VASCA DE
COOPERACIÓN PARA
EL DESARROLLO



EUSKO JAURLARITZA
GOBIERNO VASCO

Gipuzkoako
Foru Aldundia
Kultura, Turismo, Gaixotasia
eta Kirol Departamentua



Diputación Foral
de Gipuzkoa
Departamento de Cultura,
Turismo, Juventud y Deportes

Bizkaia
foru aldundia
diputación foral

GENEALOGÍA FEMINISTA PALESTINA: HISTORIAS DE MUJERES DESDE LA DIVERSIDAD



erkidego batzordea
unrwa
euskadi

Edición: UNRWA Euskadi/Binari Comunicación

Textos: UNRWA Euskadi/Ana Alba/Beatriz Lecumberri/Isabel Pérez/Hanady Muhiar

Fotografías: UNRWA Euskadi/Ana Alba/Beatriz Lecumberri/Isabel Pérez

Primera impresión: Bilbao, septiembre de 2016.

Segunda impresión: Bilbao, marzo de 2018

Depósito legal: M-8255-2018

ISBN: 978-84-09-00724-0

UNRWA Euskadi/Agencia de las Naciones Unidas para la población refugiada de Palestina



www.unrwaeuskadi.org

Esta publicación ha sido realizada con el apoyo financiero de la Agencia Vasca de Cooperación al Desarrollo, la Diputación Foral de Gipuzkoa y la Diputación Foral de Bizkaia



El análisis y opiniones expresadas en esta publicación por parte de las autoras y las protagonistas de las historias de vida no reflejan necesariamente la posición de UNRWA Euskadi ni de la Agencia Vasca de Cooperación al Desarrollo, la Diputación Foral de Gipuzkoa o la Diputación Foral de Bizkaia.

Contenidos publicados bajo licencia CC by-SA: Creative Commons



AGRADECIMIENTOS

A Adma Khoury, Amjad Saed Shabat, Ayat Ghrabli, Buzaina Soboh, Eitimad Mutawa, Emtiyaz Almograbi, Haneen Hanna, Ihsan Rahhal, Mariam Ashtiyeh, Maysoun Qawasmi, Nadia Abu Nahla, Nawal AlGhsein, Sama Aweidah, Samah Salaime, Samia AlQayed, Zahiyya AlBuhesi, protagonistas de las historias de vida incluidas en esta publicación, por su tiempo, hospitalidad y reflexiones, quienes con sus testimonios dan voz a las mujeres palestinas;

A Hanady A. Muhiar Muñumer, Doctora en Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales, por hacer visible la historia del movimiento de mujeres palestino;

A Ana Alba y Beatriz Lecumberri, periodistas en Jerusalén y a Isabel Pérez, periodista en la franja de Gaza, por su habilidad para comprender y transmitir de forma tan cálida y cercana las historias de vida de las mujeres palestinas desde su diversidad;

A la Agencia Vasca de Cooperación para el Desarrollo, a la Diputación Foral de Bizkaia y a la Diputación Foral de Gipuzkoa, por permitir realizar esta publicación gracias a su solidaridad con las mujeres refugiadas de Palestina y su apoyo económico para emprender acciones de sensibilización que contribuyan al empoderamiento de las mujeres desde la generación de alianzas y el intercambio de conocimientos entre las mujeres vascas y palestinas.

Por último, un afectuoso reconocimiento al trabajo de las organizaciones feministas y de mujeres que conforman de la red de solidaridad feminista vasca-palestina por su compromiso con este proceso de creación de redes y visibilización de los derechos de las mujeres.

Gracias a todas.

ÍNDICE

• Introducción	4
• Quiénes somos	6
• Acrónimos	9
• Aproximación histórica y evolución del movimiento de mujeres y feminista palestino	11
• La situación humanitaria en el territorio Palestino ocupado en la actualidad. Un análisis de género	43
• Mapa del tPo	59
• Historias de vida	60
• Adma Khoury	62
• Amjad Saed Shabat	68
• Ayat Ghrabli	72
• Buzaina Soboh	78
• Eitimad Mutawa	84
• Emtyaz Almograbi	90
• Haneen Hanna	96
• Ihsan Rahhal	102
• Mariam Ashtiyeh	108
• Maysoun Qawasmi	114
• Nadia Abu Nahla	120
• Nawal AlGhsein	124
• Sama Aweidah	128
• Samah Salaime	134
• Samia AlQayed	140
• Zahiyya AlBuheisi	146

INTRODUCCIÓN

Los conflictos y las crisis humanitarias afectan de manera diferenciada a hombres y mujeres, normalmente en detrimento de éstas y de su participación social, política y económica. En el contexto del conflicto palestino - israelí, habitualmente, las mujeres palestinas se convierten en el sostén de sus familias a las que mantienen no sólo económicamente con su trabajo a veces informal, sino también emocionalmente, intentando vivir con la mayor normalidad y dignidad posible en medio de la ocupación y el bloqueo.

Como titulares que son, las mujeres tienen derecho a disfrutar y exigir sus derechos. Si se invisibilizan sus necesidades e intereses, su dignidad sufre y sus derechos se ven mermados.

Las mujeres, como actrices individuales y colectivas a través de organizaciones feministas y de mujeres, son fundamentales para avanzar en el desarrollo inclusivo, equitativo y sostenible.

Con esta publicación, UNRWA Euskadi pretende contribuir al relato feminista de la historia del conflicto palestino - israelí y la situación humanitaria derivada de la ocupación israelí sobre territorio Palestino ocupado, dando voz a las mujeres palestinas desde su diversidad que reconstruyen sus vidas, luchas y posicionamientos con sus testimonios para hacer frente a la ocupación, al bloqueo y al sistema patriarcal.

Así, la publicación permite visibilizar las voces e historias de las mujeres palestinas que, en muchos casos, son silenciadas o invisibilizadas por la lectura androcéntrica que organizaciones, medios de comunicación y agentes sociales hacen del conflicto palestino-israelí y de la ocupación, a la vez que traslada a la ciudadanía vasca la necesidad de tener en cuenta otros enfoques y miradas para abordar los contextos históricos y actuales a los que nos enfrentamos, en este caso, desde una mirada feminista y con enfoque de género.

Para ello, se rescata el propio desarrollo histórico del movimiento de mujeres en Palestina desde finales del siglo XIX a la actualidad, se analiza el contexto humanitario del territorio Palestino ocupado desde una mirada de género, y se recogen las palabras de mujeres palestinas que vivieron la *Nakba* y lo que supuso en sus vidas, en sus familias y en sus derechos; de mujeres refugiadas de Palestina atravesadas por diferentes factores; de mujeres palestinas que viven en Israel o que cuentan el impacto de la ocupación y del bloqueo particular en la franja de Gaza, recopilan sus recuerdos de la infancia y sus visiones de futuro, y muestran el trabajo no reconocido comunitario y de cuidado de las mujeres, fundamental para la resiliencia de la población palestina; y de mujeres palestinas líderes, feministas, estudiantes, agricultoras y profesionales que intentan romper con los estereotipos de género.

Las mujeres palestinas entrevistadas proceden de diferentes lugares, edades, situaciones socio-económicas sociales, contextos geográficos y estatus, pero unen sus voces para expresar sus sentimientos, anhelos y reivindicaciones, compartiendo



Jóvenes juegan al baloncesto en el Centro de Actividades de Mujeres en Kalandia, Cisjordania. Años 1950. © Autoría de la fotografía desconocida / Archivos de UNRWA

historias de dolor, empoderamiento, solidaridad y amor como ejemplo de resiliencia ya que, a pesar de las adversidades, han sido, son y serán pilares que sostienen y construyen la sociedad palestina.

Esta iniciativa forma parte de las actividades de la Red de Solidaridad entre organizaciones de mujeres y feministas vascas y palestinas, que desde el año 2013 es facilitada por UNRWA Euskadi. En particular, esta publicación se enmarca en el proyecto “Nuevas miradas sobre las mujeres del territorio Palestino ocupado. Fortaleciendo redes entre organizaciones vascas y palestinas”, desarrollado por UNRWA Euskadi con el apoyo de la Agencia Vasca de Cooperación al Desarrollo, la Diputación Foral de Bizkaia y la Diputación Foral de Gipuzkoa, cuyo objetivo es contribuir al empoderamiento de las mujeres desde la generación de alianzas y el intercambio de conocimientos y capacidades de las mujeres vascas y palestinas.

QUIÉNES SOMOS

La **Agencia de Naciones Unidas para la población refugiada de Palestina de Palestina (UNRWA)** es una de las agencias más antiguas de Naciones Unidas. Nace bajo el mandato de la Asamblea General de Naciones Unidas en 1949 y el 1 de mayo de 1950 comienza sus operaciones con el objetivo de brindar apoyo de emergencia y asistencia social a las más de 700.000 personas refugiadas de Palestina tras la guerra árabe – israelí de 1948.

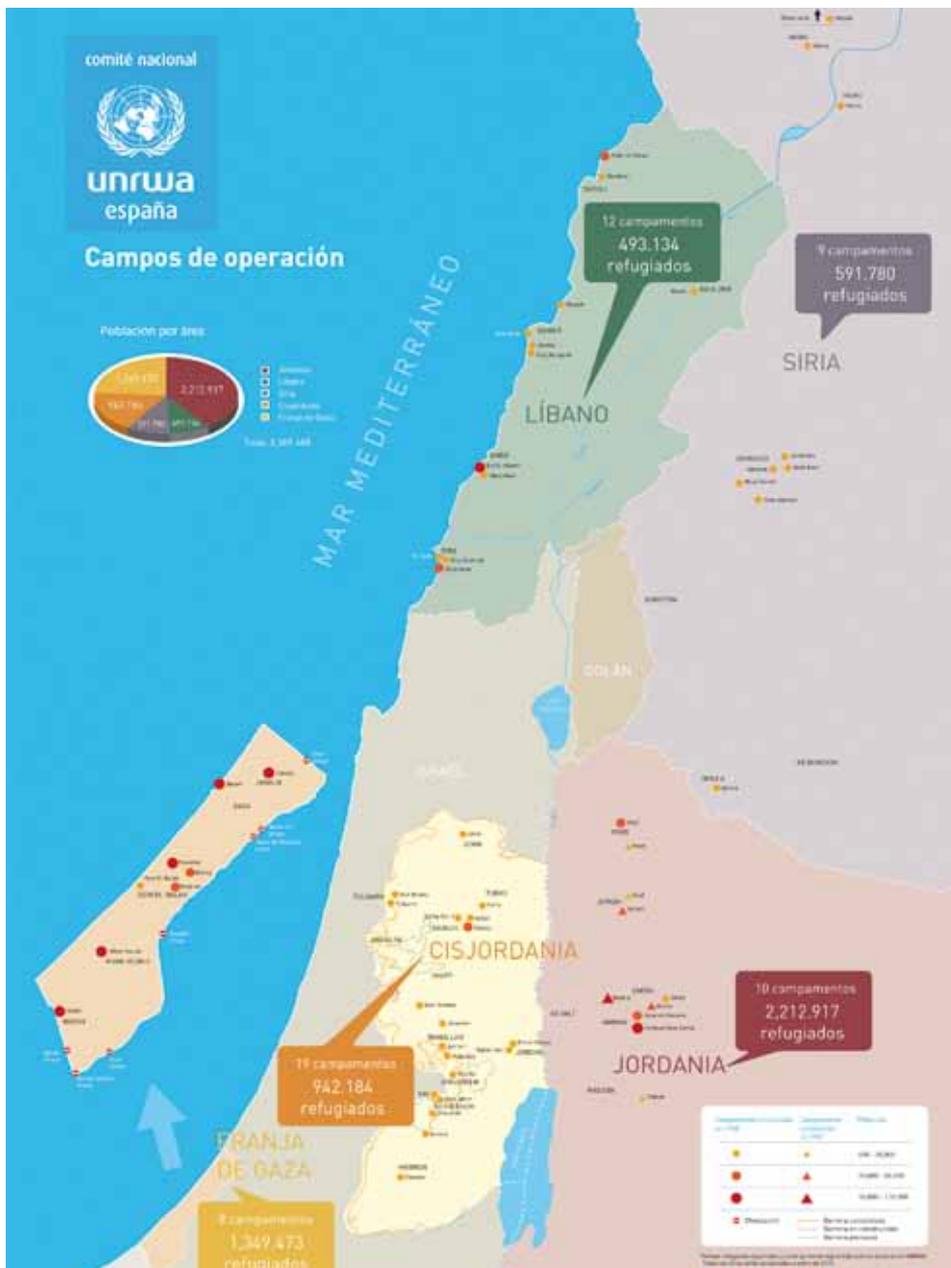
CÓMO TRABAJA UNRWA

Desde su creación, la Agencia ha funcionado sin interrupción tanto en tiempos de relativa calma en Oriente Medio como en tiempos de conflicto armado. UNRWA ha trabajado por el bienestar y el desarrollo humano de los refugiados y refugiadas de Palestina a lo largo de cuatro generaciones en sus cinco áreas de operaciones: Cisjordania, Gaza, Jordania, Líbano y Siria. Originalmente concebida como una organización temporal para un periodo de tres años, la Agencia ha tenido que adaptar gradualmente sus programas para satisfacer las cambiantes necesidades de la población refugiada de Palestina durante más de seis décadas, la cual asciende a más de 5 millones de personas, 1.5 millones de las cuales continúa viviendo en los 58 campamentos habilitados en las cinco áreas citadas, en espera de una solución justa y duradera a su difícil situación.

UNRWA proporciona directamente servicios humanitarios y de desarrollo que abarcan educación primaria y formación profesional, atención sanitaria, provisión de servicios sociales, mejora de infraestructuras (incluidos los campamentos), microfinanzas, protección, ayuda humanitaria y respuesta de emergencia. Para ello, la Agencia gestiona más de 900 instalaciones, en las que trabajan más de 30.000 personas, un 99% de las cuales tiene estatus de refugiadas de Palestina. En particular, cuenta con 685 escuelas a las que asisten más de medio millón de estudiantes; 137 centros de salud primaria, que reciben más de 9 millones de consultas; 37 centros sociales y 61 centros con programas para mujeres; y 37 centros de rehabilitación para personas refugiadas de Palestina con necesidades especiales.

UNRWA Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

Desde su establecimiento, UNRWA lleva trabajando por la equidad de género y por atender las necesidades específicas de las mujeres refugiadas de Palestina. Como Agencia parte del Sistema de Naciones Unidas, su trabajo se guía por los instrumentos internacionales adoptados en relación a los derechos de las mujeres y la igualdad de género, como la Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra las Mujeres (CEDAW), entre otros. Para ello, cuenta con una Política de Género y una Estrategia para Transversalizar el Enfoque de Género que establece medidas tanto para introducir este enfoque dentro de la cultura organizacional, sus sistemas de información y las capacidades de su personal, como en sus áreas de trabajo.



En 1951, la escolarización de las niñas refugiadas de Palestina alcanzaba únicamente el 60%, pero tras un intenso trabajo, en 1960, las escuelas de UNRWA lograron la paridad de género, lo cual se ha mantenido en nuestros días. En 1962 se abrió en Ramallah el primer centro de mujeres. A día de hoy hay 61 centros de mujeres en las 5 áreas de operaciones, donde las mujeres tienen un lugar en el que reunirse, recibir formación, adquirir habilidades para su empoderamiento económico, etc.

En sus cinco áreas de operaciones, en particular en el territorio Palestino ocupado, UNRWA desarrolla estrategias diferenciadas adaptadas a la situación humanitaria y de las mujeres en estos contextos, dirigidas tanto a abordar la violencia de género, proporcionar atención psicosocial, educación y servicios de salud sexual y reproductiva, como promover el empoderamiento y la generación de medios de vida por parte de las mujeres a través de su formación, microcréditos y procesos de sensibilización en sus comunidades. El trabajo realizado por UNRWA en los últimos años para hacer frente a la violencia de género ha puesto el acento además en establecer servicios de atención y referencia a las mujeres sobrevivientes en sus instalaciones, así como en reforzar la prevención y la sensibilización de toda la comunidad, hombres, niños, mujeres y niñas.

En la franja de Gaza, UNRWA desarrolla el *Programa Igualdad en Acción*, cuyo objetivo es fortalecer el empoderamiento de las mujeres para que participen activamente en las esferas pública y privada, se desarrollen personal y profesionalmente, y contribuyan a que la agenda social esté orientada al establecimiento de un orden social, político y económico equitativo a todos los niveles.

UNRWA desarrolla estas acciones de forma coordinada con organizaciones de mujeres y organizaciones comunitarias de base, actoras fundamentales para avanzar hacia un desarrollo equitativo, inclusivo y sostenible.

EL COMPROMISO DE UNRWA EUSKADI

UNRWA Euskadi nace en el año 2006 con dos objetivos fundamentales: dar a conocer a la sociedad vasca la situación en la que vive la población refugiada de Palestina y difundir la labor humanitaria y de protección que UNRWA realiza desde hace más de 65 años. Además, trabaja para que entidades vascas tanto públicas como privadas apoyen el mantenimiento de los servicios a la población refugiada de Palestina a través de UNRWA.

Para ello, trabaja desde dos áreas: Ayuda Humanitaria – Desarrollo y Educación para el Desarrollo -Sensibilización en los tres territorios históricos de la Comunidad Autónoma de Euskadi. En Educación para el Desarrollo, sus actividades pretenden despertar conciencias críticas y dotar de herramientas a la población para su participación y transformación social, y generar movilización social de la sociedad vasca frente a la delicada situación humanitaria de la población refugiada de Palestina. Como ejes transversales, la organización lleva a cabo su labor desde la promoción de los Derechos Humanos, el Derecho Internacional Humanitario, la Cultura de Paz y la Igualdad de Género.

ACRÓNIMOS

- **AISHA:** siglas en árabe de *Arab Women's Forum*, Fórum de Mujeres Árabes.
- **AP:** Autoridad Palestina.
- **ARA:** siglas en inglés de *Access Restricted Area*, Área de Acceso Restringido.
- **AWA:** siglas en inglés de *Arab Women's Association*, Asociación de Mujeres Árabes.
- **AWU:** siglas en inglés de *Arab Women's Union*, Unión de Mujeres Árabes.
- **CEDAW:** siglas en inglés de *Convention on the Elimination of all Forms of Discrimination against Women*, Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contras las Mujeres.
- **CLP:** Consejo Legislativo Palestino, Parlamento.
- **CSW:** siglas en inglés de *Commission on the Status of Women*, Comisión Jurídica y Social de la Mujer.
- **CTV:** Comités de Trabajo Voluntario.
- **DIH:** Derecho Internacional Humanitario.
- **GCMHP:** siglas en inglés de *Gaza Community Mental Health Program*, el Programa Comunitario de Salud Mental en Gaza.
- **GUPW:** siglas en inglés de *General Union of Palestinian Women*, Unión General de Mujeres Palestinas.
- **HWC:** siglas en inglés de *Higher Women's Council*, Alto Consejo de las Mujeres.
- **ICA:** siglas en inglés de *Israeli Civil Administration*, Administración Civil Israelí.
- **IWS:** siglas en inglés de *Institute for Women's Studies*, Instituto de Estudios sobre las Mujeres.
- **FAL:** Frente Árabe de Liberación.
- **FDLP:** Frente Democrático para la Liberación de Palestina.
- **FPLP:** Frente Popular de Liberación de Palestina.
- **FPWAC:** siglas en inglés de *Federation of Palestinian Women's Action Committees*, Federación Palestina de los Comités de Acción de las Mujeres.
- **MOWA:** siglas en inglés de *Ministry of Women's Affairs*, Ministerio de los Asuntos de las Mujeres.
- **OCHA:** siglas en inglés de *United Nations Office for the Coordination of Human Affairs*, Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios.
- **OHCHR :** siglas en inglés de *United Nations Office of the High Commissioner for Human Rights*, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH).
- **OLP:** Organización para la Liberación de Palestina.

- **OMS:** Organización Mundial de la Salud.
- **ONG:** Organización no gubernamental.
- **ONU:** Organización de las Naciones Unidas.
- **PAWA:** siglas en inglés de *Palestine Arab Women Association*, Asociación de Mujeres Árabes de Palestina.
- **PCBS:** siglas en inglés de *Palestinian Central Bureau of Statistics*, Oficina Central de Estadísticas de Palestina.
- **PWU:** siglas en inglés de *Palestinian Women's Union*, Unión de Mujeres Palestinas.
- **tPo:** territorio Palestino ocupado.
- **UAWC:** siglas en inglés de *Union of Agricultural Work Committees*, Unión de Comités de Acción Agrícola.
- **UNICEF:** siglas en inglés de *United Nations International Children's Emergency Fund*, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.
- **UNLU:** siglas en inglés de *Unified National Leadership of the Uprising*, Jefatura Nacional Unificada del Levantamiento.
- **UNRWA:** siglas en inglés de *United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees in the Near East*, Agencia de las Naciones Unidas para la población refugiada de Palestina en Oriente Próximo.
- **UPWC:** siglas en inglés de *Union of Palestinian Women's Commitees*, Unión de Comités de Mujeres Palestinas.
- **UPWWC:** siglas en inglés de *Union of Palestinian Working Women's Commitees*, Unión de Comités Palestinos de Mujeres Trabajadoras.
- **WATC:** siglas en inglés de *Women's Affairs Technical Committee*, Comité Técnico de Asuntos de la Mujer.
- **WCLAC:** siglas en inglés de *Women's Centre for Legal Aid and Counselling*, Centro de Ayuda y Asesoría Legal para las Mujeres.
- **WCSW:** siglas en inglés de *Women's Committee for Social Work*, Comité de Mujeres para la Acción Social.
- **WILPF:** siglas en inglés de *Women's International League for Peace and Freedom*, Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad.
- **WSC:** siglas en inglés de *Women's Studies Centre*, Centro de Estudios para las Mujeres.
- **WWC:** siglas en inglés de *Women's Work Committee*, Comité de Trabajo de las Mujeres.
- **WZO:** siglas en inglés de *World Zionist Organization*, Organización Sionista Mundial.

A monochromatic blue-toned photograph of a woman wearing a headscarf, smiling and holding a young child. They are standing in front of a structure with a corrugated metal roof and tattered fabric walls. The overall mood is one of resilience and care.

**APROXIMACIÓN HISTÓRICA Y
EVOLUCIÓN DEL MOVIMIENTO DE
MUJERES Y FEMINISTA PALESTINO**

APROXIMACIÓN HISTÓRICA Y EVOLUCIÓN DEL MOVIMIENTO DE MUJERES Y FEMINISTA PALESTINO¹

Por Hanady A. Muhiar Muñumer

La creación del estado de Israel sobre gran parte del territorio de la Palestina histórica en 1948 y la ocupación de Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este en 1967, han determinado la historia del movimiento de las mujeres palestinas, dejando una impronta claramente política en la movilización de estas mujeres por la mejora de su situación en dicho contexto.

De ahí que sea más conveniente hablar de la historia de un movimiento de mujeres que hablar de un movimiento estrictamente feminista al referirnos a la historia de la lucha de las mujeres palestinas tanto por sus derechos como mujeres, como por la autodeterminación de su pueblo en el marco del movimiento de liberación nacional palestino.

Si bien es cierto que el devenir de los acontecimientos ha priorizado la lucha política a la lucha por los derechos de las mujeres, ésta última ha estado siempre presente aunque con no pocas dificultades desde el primer momento en que las mujeres palestinas aparecen en la escena pública.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS (XIX-1920): EL FIN DEL IMPERIO OTOMANO Y EL MANDATO BRITÁNICO SOBRE PALESTINA.

La primera referencia de la que tenemos constancia sobre la actuación de las mujeres palestinas se remonta a 1893/4, cuando las mujeres de la ciudad de Afula, en el norte de lo que ahora es el estado de Israel, se manifiestan en contra de la construcción en sus tierras de un asentamiento judío.

Hasta 1920, la Palestina histórica se encontraba enteramente bajo el dominio del Imperio otomano, año en el que el Imperio británico establece un Mandato sobre el territorio conquistado por guerra al gobierno turco.

La población palestina se componía de una mayoría campesinay una minoría de familias árabes propietarias de tierras y de notables. Alrededor de un 10% de la población era judía, cerca del 20% cristiana y el resto, población musulmana de rito sunní, y muy minoritariamente chiíes y drusos, que vivían en unas 850 aldeas y

¹ Gran parte del presente documento se ha basado en la información desarrollada en la tesis doctoral *El papel de la mujer en la construcción del Estado palestino*, elaborada y defendida por la autora para acceder al grado de Doctor.

ciudades. El Imperio otomano, trataba de incorporar a las familias de notables árabes a los diferentes puestos de la clase gobernante por el poder local que ostentaban. Pero serán también estas familias las que lideren un movimiento nacionalista contrario a la inminente penetración colonial extranjera, por un lado la británica y, por otro, la de un movimiento nacionalista nuevo, el sionismo, que surgiría entre un grupo de judíos seculares europeos a finales del siglo XIX.

La élite otomana de la época, consciente de las pretensiones y el poder occidental, procedió a realizar toda una serie de reformas de tipo económico, administrativo y judicial para conservar su poder. La necesidad de presentar un Islam comprensivo y liberal para hacer frente a la hegemonía occidental y a la ocupación británica, llevaron a reformar y mejorar el estatus de las mujeres dentro del marco jurídico islámico. Entre las reformas e contaban algunas que mejoraban el estatus personal de las mujeres en relación al matrimonio - limitaba la poligamia y ampliaba las situaciones en que la mujer tenía derecho a iniciar el divorcio.

Por su parte, la Ley otomana de la Tierra de 1867 autorizaba la venta de tierras a extranjeros, sentando las bases de la expropiación, venta de tierras, colonización y dominación extranjera de Palestina. Las reformas impulsaron la incorporación de Palestina a la economía mundial experimentando un momento de crecimiento y prosperidad. Sin embargo, de forma paralela dichas reformas estimularon la dependencia del Imperio de la protección externa, debilitándolo frente a la penetración europea.

El interés del Imperio Británico sobre la Palestina histórica se remontaba a 1799, cuando Napoleón lanza una campaña sobre Palestina que pone en peligro la ruta terrestre hacia las colonias británicas en la India. Pero no será hasta mediados del siglo XIX que el Imperio británico considere fundamental establecer un enclave en el Mediterráneo otomano. Con este fin, los británicos tratan de establecer vínculos directos con las diferentes poblaciones locales.

Los británicos trataron de seducir al Imperio otomano. Si abría sus puertas a la inmigración judía, se beneficiaría de la entrada de capital y frenaría cualquier intento de invasión externa. A partir de 1848 se ordenó al Consulado británico en Jerusalén proteger a la población inmigrante judía y tratarla como si fuesen sus ciudadanos y ciudadanas.

Al mismo tiempo, entre la población europea, judía, culta y secular, se empieza a gestar una ideología nacida a la luz de la configuración de los estados nación del siglo XIX, el sionismo. Theodor Herzl, considerado uno de los padres fundadores, publica en 1896 *Der Judenstaat-El Estado judío-*, donde plantea que para poner fin a la persecución de la población judía en Europa –lo que llamaría “el problema judío”-, sería necesario transformar la comunidad religiosa judía en un pueblo y establecer una entidad nacional en la que el pueblo judío sería la nación. Para ello, habría que promover el establecimiento de esta nueva nación judía sobre alguna parte del planeta lo bastante grande como para satisfacer las exigencias de la nación, y que pudiera con el tiempo transformarse en un Estado judío con el consentimiento de las grandes potencias. Para ello, sería necesario tratar el “problema judío” como una cuestión de política internacional.

Los planes del Imperio británico y los planes sionistas se encontraban en un lugar, Palestina.

Durante el Primer Congreso Sionista celebrado en Basilea (Suiza) en 1897 se declara públicamente la idea de crear un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina. La llegada al poder de los Jóvenes Turcos en 1909, no hizo más que facilitar este proyecto colonial al permitir y garantizar la presencia oficial de un representante de la Organización Sionista Mundial (WZO, de su nombre en inglés *World Zionist Organization*) en la capital otomana, lo que promovió la llegada de grandes oleadas de inmigrantes judíos, hombres y mujeres, a Palestina. Esta nueva migración judía ya no viajaba a Palestina por motivos religiosos, sino que se embarcaba en un proyecto colonial cuya intención era crear una entidad nacional judía propia en Palestina.

La inminente caída del Imperio otomano abría por completo las puertas a la colonización europea del Oriente árabe. El desmembramiento del Imperio a manos de los aliados occidentales al finalizar la Primera Gran Guerra, las promesas incumplidas para crear un reino árabe unificado recogidas en la correspondencia MacMahon-Hussein (1915-1916) y la publicación de la Declaración Balfour² (1917) que recogía el favor del Imperio Británico a la creación de un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina, serán los elementos determinantes que impulsen la actuación pública y política de las mujeres palestinas.

La resistencia a esta penetración extranjera estaba garantizada y el gobierno otomano no tardó en reprimir cualquier actuación contraria a estas políticas. Cerraron periódicos y presionaron y persiguieron a los activistas políticos palestinos críticos con estas decisiones y sus consecuencias. Entre las voces disidentes se encontraban algunas mujeres, normalmente de las familias de notables palestinas, aunque también se contaban algunas mujeres campesinas.

Dos factores fueron determinantes en la formación de una conciencia política y de género, y en la movilización pública y política de las mujeres palestinas. Por un lado, el acceso a la educación de estas mujeres y por otro, el movimiento independentista que se produjo en todo el mundo árabe y que impulsó el movimiento de emancipación de la mujer sobre todo en Egipto, Líbano y Palestina.

El sistema educativo del Imperio Otomano contemplaba la existencia de escuelas femeninas, aunque no alcanzaban el nivel de las masculinas. A estos se sumaban los numerosos colegios privados para niñas fundados por misiones extranjeras y por comunidades religiosas locales. Educación a la que accedían principalmente las mujeres pertenecientes a una minoría urbana instruida que impulsará la formación de un movimiento de mujeres en Palestina. Estas mujeres serán las que lideren lo que se conoce como "el viejo movimiento de mujeres" palestinas.

El desarrollo educativo, el intercambio de ideas entre las mujeres árabes y palestinas durante aquellos primeros años del siglo XX, junto con la amenaza de la penetración

² La **Declaración Balfour** (2 de noviembre de 1917) fue una carta del ministro de Relaciones Exteriores británico, Arthur Balfour, a Lord Rothschild, líder de la comunidad judía en Gran Bretaña, que expresó el apoyo británico para "el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío".

económica y política europea, serán los factores que impulsen la participación de las mujeres en el movimiento de liberación nacional y en la lucha por la autodeterminación del pueblo palestino. La participación activa en este proceso pondrá de manifiesto la importancia de garantizar los derechos de las mujeres palestinas tanto en favor de la lucha nacional como para el desarrollo completo de la sociedad palestina. Estos primeros años serán los de la formación de una conciencia política y de género entre las mujeres árabes y palestinas de la época, que más tarde se concretará en la forma de nacionalismo y feminismo.

PARTE I: 1920-1978: LA LUCHA NACIONAL POR ENCIMA DE TODO

El periodo que se abre en 1920 con el establecimiento del Mandato británico sobre la Palestina histórica y la promoción de la migración judía a Palestina es un periodo en que el movimiento de mujeres palestinas se caracteriza por ser un movimiento principalmente anticolonial, nacionalista y de clase. La lucha política y la supervivencia nacional estarán por encima de todo lo demás. Sus acciones resultan de su resolución a llevar a cabo una acción política. Es una etapa en la que se antepone la reivindicación de los derechos nacionales del pueblo palestino a la reivindicación de los derechos sociales de las mujeres y que durará más de cinco décadas, extendiéndose hasta 1978.

1. Las mujeres se organizan políticamente. El Primer Congreso de Mujeres Árabes de Palestina de Jerusalén, 1929.

Aunque la creación de la primera organización de mujeres palestinas con objetivos estrictamente políticos se produce en 1921, será el Primer Congreso de Mujeres Árabes de Palestina celebrado en Jerusalén en 1929, el momento histórico que marca el inicio de un movimiento de mujeres formalmente constituido y organizado en Palestina.

La sociedad palestina de aquel entonces, ya existía como una sociedad estructurada, productiva y desarrollada en términos económicos. La agricultura era uno de los sectores más importantes de la economía en el que las mujeres del campo jugaban un papel fundamental. En las ciudades, la gente iba al cine, asistía a eventos literarios, culturales, deportivos, a conciertos y a cursos impartidos por diversas asociaciones. Algunas mujeres continuaron sus estudios superiores en el extranjero, principalmente en Líbano y en Reino Unido. Algunas eran las esposas de figuras políticas destacadas, de intelectuales, periodistas y poetas. Otras eran intelectuales destacadas o estaban empleadas en puestos dependientes del gobierno, eran médicas, enfermeras o trabajaban en el servicio postal o se dedicaban a la enseñanza.

La cualificación adquirida a través de la educación y las oportunidades laborales, económicas, culturales y políticas derivadas de aquella, tuvieron una influencia determinante en las mujeres de la clase media y alta palestinas. La actividad intelectual, literaria y política del momento son factores significativos a tener en cuenta a la hora de entender el desarrollo del movimiento de mujeres en Palestina ya que las mujeres educadas eran las que tenían una mayor libertad social para organizarse y la mayoría de las tácticas iniciales de este movimiento recaía en la comunicación escrita.

Las mujeres en este contexto fundaron instituciones y organizaciones de carácter social y principalmente de corte confesional que más tarde cobrarán gran importancia en la sociedad palestina. Al igual que las mujeres de otros países árabes como Siria, Líbano y Egipto, las mujeres palestinas centrarán su trabajo en la mejora de las condiciones en las que vivían las mujeres y lucharán abiertamente por la mejora de sus derechos y la posición de la mujer en la sociedad. Pero serán los hechos relacionados con la creación del Estado judío los que definan el carácter nacionalista del movimiento de mujeres palestinas en este periodo de la historia.

La creciente migración judía y las frustrantes políticas británicas de apoyo al proyecto colonial judío dieron lugar a principios de los años 20 a la creación de organizaciones de mujeres que ya no serían ni sociales ni confesionales, sino de carácter estrictamente político, anticolonial y nacionalista. Para hacer frente a la amenaza externa era necesaria la cooperación y el compromiso político de toda la población, por lo que las nuevas organizaciones de mujeres terminarían incorporando a las anteriores.

Entre las nuevas organizaciones de mujeres hay que destacar la Unión de Mujeres Palestinas (PWU, de su nombre en inglés *Palestinian Women's Union*, 1921) y sobre todo, la Asociación de Mujeres Árabes de Palestina (PAWA, de su nombre en inglés *Palestine Arab Women Association*, 1929) que pretendía agrupar a las mujeres políticamente movilizadas en una única organización y crear un movimiento de mujeres sólido.

La inminente formación de un Estado judío en Palestina junto a las políticas del Mandato británico orientadas a favor del proyecto colonial no hicieron más que elevar las tensiones. El principal sustento económico de Palestina era la agricultura, por lo que la colonización de la tierra tuvo un impacto directo en la situación de toda la población que empeoraba drásticamente cada día. La violencia de los incidentes que se produjeron en 1920-1921 y de nuevo en 1929 no harían más que catalizar la movilización política de las mujeres.

En este contexto las mujeres deciden celebrar un Congreso de carácter estrictamente político con el fin de desarrollar una política de acción común ante la realidad que se les imponía. Como resultado, el 26 de octubre de 1929 se celebra el Primer Congreso de Mujeres Árabes de Palestina, cuyos objetivos eran la independencia y poner fin a los planes sionistas y las promesas británicas de crear un "hogar nacional para el pueblo judío" en Palestina.

El Congreso tenía un carácter claramente nacionalista, llamaba a la creación de un movimiento nacional de acción consolidada y aprobó varias resoluciones. Exigían la derogación de la Declaración Balfour que destruía la naturaleza árabe de la Palestina histórica, llamaban a la independencia de Palestina, declaraban el apoyo al movimiento nacional liderado por los hombres, solicitaban la independencia del comercio y el empleo local que sólo favorecía a los inmigrantes, exigían al Mandato el fin de la venta de tierras a los judíos recién llegados y que se pusiera fin a la represión contra la población local palestina ante cualquier actitud contraria al proyecto colonial. Trescientas mujeres asistieron al Congreso. Hicieron llegar las resoluciones adoptadas a las personas e instituciones británicas responsables. Una vez finalizado el Congreso las mujeres habían decidido manifestarse, pero al prohibirles las autoridades



Población palestina huye de su tierra natal. Más de 700.000 personas refugiadas palestinas fueron desplazadas como resultado de la guerra árabe - israelí. 1948. © Autoría de la fotografía desconocida / Archivos de Naciones Unidas

británicas que lo hicieran, decidieron manifestarse en una procesión en silencio de 120 coches que cruzaron Jerusalén sin dejar de tocar el claxon y haciendo paradas en los consulados extranjeros para denunciar su situación.

Al finalizar el Congreso, las mujeres crearon un órgano ejecutivo, el Consejo Ejecutivo de Mujeres, y una organización consolidada, la Asociación de Mujeres Árabes (AWA, de su nombre en inglés *Arab Women's Association*) con la intención de establecer ramas a lo largo de todo el territorio. La prensa recogió extensamente la acción de las mujeres y contó con el apoyo incondicional de los órganos tanto civiles como religiosos liderados por los hombres. Ya no había marcha atrás, las mujeres habían entrado a jugar en la arena de lo público y lo político.

Las mujeres que tuvieron la iniciativa de organizar el Congreso de Mujeres de 1929, tenían un perfil específico. Eran mujeres jóvenes, de unos veinte o treinta años, a menudo solteras, que pertenecían a las familias de notables, terratenientes y adineradas palestinas. Muchas trabajaban o tenían sus propios negocios, por lo que se garantizaban la seguridad económica más allá de la que les pudiera dar su familia. La mayoría habían recibido una buena educación y solían hablar más de uno o dos idiomas. Estas mujeres determinarán la composición y el carácter del movimiento de mujeres palestinas.

Estas mujeres, llamadas “la generación de las madres”, serán las que impulsen la creación de un movimiento de mujeres organizado y estructurado que se movilice públicamente y de manera clara, políticamente como parte del movimiento anticolonialista y de liberación nacional palestino. Fueron las primeras en legitimar a través de su activismo político el papel público y social de la mujer palestina, sentando el precedente de futuros desarrollos en cuestiones de género de manera organizada.

2. La huelga y el levantamiento de 1936-1939. Activismo político y el precedente de la mujer en combate.

La colonización de la tierra tuvo un impacto directo en la situación de las mujeres campesinas que jugaban un papel destacado en el sector agrícola. La situación económica no dejaba de empeorar. De ahí que las primeras acciones de la AWA estuvieran dirigidas a estudiar la situación de la población campesina, la agricultura, el comercio y la industria.

Cuanto menos tierras tenían los campesinos, menos capacidad tenían de producir, lo que reducía la capacidad de generar ingresos y poder pagar los impuestos, garantizando así el desahucio y facilitando la transferencia de tierras a la población inmigrante judía.

Las mujeres de la AWA reaccionaron promoviendo la creación de un banco agrícola, poniendo en marcha acciones de boicot, y convocando numerosas manifestaciones de protesta además de sumarse a las que convocaban los hombres. La participación de las mujeres en las manifestaciones se contaban en miles entre las que se podía ver cada vez con más frecuencia a un mayor número de mujeres campesinas.

El Mandato no dudó en reprimir las protestas de manera violenta. No distinguía entre hombres y mujeres, y el número de detenciones, heridos y muertos era cada vez más numeroso. A esta violencia se unían las acciones armadas de grupos paramilitares judíos clandestinos que se habían propuesto crear un Estado judío por la fuerza.

Hasta ese momento los medios utilizados por las mujeres para denunciar la situación se apoyaban en la letra escrita en la forma de comunicados, llamamientos, declaraciones y denuncias bien publicadas en la prensa o bien dirigidas a las representaciones extranjeras en Palestina o a otros organismos y organizaciones internacionales de la época. Pero esta vía diplomática no daba resultados, y los británicos, que no ocultaban su apoyo al proyecto sionista, autorizaron la entrada a un mayor número de inmigrantes judíos.

El detonante del Levantamiento de 1936 se produjo cuando se detectó un alijo de armas en el puerto de Yafa dirigido a los grupos paramilitares judíos. En abril de 1936, grupos de campesinos y campesinas palestinas se levantarían en armas contra los ingleses y se llamó a una Huelga general que se extendería hasta octubre de 1936 en la que participaron todos, hombres y mujeres de todas las clases sociales.

Las mujeres de las ciudades constituyeron uno de los grupos más relevantes a la hora de promover y garantizar que la huelga se respetara adecuadamente, al tiempo que continuaban su actividad diplomática para tratar de llamar la atención internacional sobre la situación que vivía el pueblo palestino. Por su parte, las mujeres campesinas apoyaban y asistían a los que luchaban desde las zonas rurales, y en concreto, algunas de ellas participaron directamente en los enfrentamientos sentando el precedente de la mujer palestina en combate.

La violencia era una estrategia raramente utilizada por las organizaciones de mujeres, sin embargo, las fuerzas británicas las consideraban una amenaza por su capacidad



El campo de refugiados de Nahr el-Bared en el Líbano fue uno de los primeros campos establecidos como parte de las medidas de emergencia para dar refugio a la población refugiada palestina. Principios de la década de los 1950. © S. Madver / Archivos de UNRWA

de movilizar a la sociedad, lo que se tradujo en la detención, encarcelamiento e investigación de algunas mujeres palestinas.

3. El papel conciliador de las mujeres.

A pesar de las protestas, los inmigrantes judíos seguían avanzando en la creación de una estructura de poder local judío y, al contrario que los palestinos, contaban con el apoyo británico. Por su parte los palestinos, ante la desaparición del Consejo Ejecutivo Árabe necesitaban crear un poder unificado que liderara la huelga y neutralizara la división política interna del movimiento nacional.

Las mujeres rechazaban las rivalidades políticas internas de los hombres que giraban entorno a las dos grandes familias que lideraban el movimiento, los Huseini y los Nashashibi. De hecho en el Consejo Ejecutivo de Mujeres había mujeres de familias rivales, pero todas ellas unían sus fuerzas por un objetivo común, la independencia de Palestina.

Las mujeres eran parte integrante del movimiento nacional, se respetaban sus decisiones, actividades y recomendaciones. Se las tenía en cuenta al igual que a los demás grupos políticos existentes y el Gobierno del Mandato las temía por el poder que tenían, tanto por su relación con los líderes masculinos como por su capacidad de movilizar a las masas.

Durante los primeros años del Levantamiento de 1936, las mujeres de la AWA instaron a los dos partidos políticos -el Alto Comité Árabe (Huseini) y al Comité Nacional (Nashashibi)-, a superar sus diferencias, boicotear las reuniones del Gobierno del Mandato, negarse a negociar y no tomar ninguna decisión sin obtener el previo consentimiento del pueblo palestino en un Congreso Nacional General.

Finalmente, todas las diferencias internas se diluyeron cuando la Comisión Real Palestina conocida como Comisión Peel,³ reconoce en 1937 que la situación en la Palestina histórica es ingobernable y propone un Plan de Partición para Palestina, que pretendía satisfacer las promesas hechas a los sionistas con la Declaración Balfour.

El Alto Comité Árabe elaboró una Carta Nacional Palestina en la que se recogía que Palestina era parte integrante del mundo árabe, y que los árabes no cederían ni un pedazo de su tierra a manos no árabes. No permitirían que su tierra pasara a estar bajo control sionista.

Todo el mundo árabe, excepto el Príncipe Abdallah de Transjordania, mostró su oposición total a la propuesta de partición de Palestina. La cuestión Palestina era un problema de todo el mundo árabe.

4. Panarabismo feminista y feminismo panarabista. El Congreso Oriental de Mujeres para el Apoyo de la Causa Palestina de El Cairo, 1938.

Los movimientos independentistas y nacionalistas árabes de la época se caracterizaban porque creían en una política basada en los intereses del Estado y de la sociedad. Eran constitucionalistas, ya que el pueblo debía expresarse a través de gobiernos electos. También seculares, la sociedad la conformaban personas de diferentes escuelas y credos. Era necesario tener una sociedad educada que participara plenamente en la vida colectiva. Para ello, era fundamental el desarrollo de las mujeres.

Los Congresos regionales feministas de mujeres se sucedían. Las mujeres tenían problemas comunes y trataban de buscar soluciones comunes. Hablaban de los deberes y derechos de las mujeres, del estatus legal de la mujer, del derecho al voto, el acceso a una educación, y sobre las cuestiones relativas al estatus personal, como el matrimonio y el divorcio. Pero la prioridad de las mujeres palestinas era la supervivencia nacional, por lo que su participación en las redes de mujeres y feministas existentes en aquel momento dependía de que la situación política se lo permitiera.

La imperante colonización extranjera impregnaba los encuentros de las féminas, donde se hablaba también de independencia, nacionalismo árabe, panarabismo y progresivamente de panarabismo feminista.

Las feministas de aquella época se esforzaron por estrechar los lazos con feministas occidentales, pero se encontraron con la misma verticalidad de la relación colonizador-colonizado. En lo social trataban de imponer su cultura y costumbres sobre las de las mujeres no occidentales. Y en lo político ignoraban las reivindicaciones y denuncias que realizaban las mujeres árabes sobre la situación política, el impacto que esta tenía sobre las vidas de las mujeres y cómo condicionaba cualquier avance relativo a los derechos de las mujeres. Esta realidad pronto llevaría a hablar de feminismo árabe.

El apoyo a la creación de “un hogar para el pueblo judío” en la Palestina histórica ponía a Palestina en el centro de las pretensiones coloniales europeas sobre Oriente Próximo.

³ La **Comisión Palestina Real**, liderada por Lord Peel, fue nombrada en 1936 para examinar la labor del Mandato Británico y hacer propuestas para el futuro. En 1937 publicó un informe declarando que el Mandato en Palestina era impracticable y sugiriendo la partición de Palestina en dos Estados: uno judío y otro árabe.

Y a medida que se materializaba la pretensión en realidad, Palestina también pasó a ser el corazón del feminismo árabe.

Las mujeres de Siria, Líbano, Irak y Egipto se movilizarán y crearán redes de cooperación regional para apoyar la lucha nacional Palestina y enarbolan la causa palestina como propia. Resultado de esta colaboración fue la decisión de celebrar un Congreso que condenara de manera coordinada y regional el Plan de Partición propuesto por la Comisión Peel y apoyara la Carta Nacional Palestina. Primero, se celebraría un Congreso de hombres –el Congreso Parlamentario Mundial de Países Árabes y Musulmanes para la Defensa de Palestina- que las mujeres secundarían en un Congreso de Mujeres.

Los días 15 y 18 de octubre de 1938 las mujeres celebran el Congreso Oriental de Mujeres para el Apoyo de la Causa Palestina en el Cairo, en el que doce mujeres palestinas participan como ponentes en las diferentes sesiones. Sería el primer Congreso Internacional de mujeres árabes que trataba un tema de política de Gobierno y se considera el momento en que las mujeres del Oriente árabe toman conciencia de la situación y se movilizan en solidaridad con la cuestión Palestina. Mujeres del Líbano, Siria e Irak, que ya habían organizado numerosos actos de protesta por la situación que se vivía en Palestina, deciden pronunciarse políticamente y actuar de manera conjunta.

La lucha por la independencia de la invasión colonial occidental y la amenaza sionista, va a crear una afinidad entre las mujeres de toda la región que estará por encima de las identidades nacionales individuales. Las fronteras políticas que les separaban habían sido impuestas artificialmente por los poderes coloniales europeos, y la amenaza de creación de un implante colonial extranjero y ajeno a la región por estos mismos poderes en la tierra Palestina, les impulsa a coordinar sus acciones.

La primera de las veintidós resoluciones que se adoptaron en el Congreso manifestaba que el problema palestino era una creación europea y que Europa debía asumir su responsabilidad y buscar una solución justa a la situación. Entre otros temas, se trató fundamentalmente el carácter árabe de Palestina y la necesidad de mantener y desarrollar la unidad árabe para hacer frente a la amenaza sionista sobre Palestina y toda la región. Las principales demandas hacían referencia a la terminación del Mandato, a la derogación de la Declaración Balfour, la prohibición de la inmigración judía y la venta de tierras a judíos y otros extranjeros. Condenaban con rigor el Plan de Partición de 1937 y protestaban contra las duras medidas llevadas a cabo por el Mandato británico para controlar el levantamiento de 1936. Promovían el consumo de productos nacionales y proponían boicotear los extranjeros.

En el Congreso Oriental de Mujeres de 1938, las mujeres árabes pudieron unir sus fuerzas alrededor de cuestiones relativas a la independencia y el género. Se comienza a hablar de feminismo árabe y de panarabismo feminista. Un año después de la celebración del Congreso crearían otra organización de mujeres palestinas, la Unión [o Sindicato] de Mujeres Árabes (AWU, de su nombre en inglés *Arab Women's Union*), que poco a poco va a cobrar más importancia.

Pero la amenazante creación de una entidad nacional extranjera en el territorio de Palestina forzará a las mujeres a salir de la escena regional e internacional. Las mujeres

palestinas ya no podrán participar en más Congresos y se verán forzadas a abandonar los espacios de coordinación y participación que las mujeres había creado a nivel regional y en los que participaban a nivel internacional.

Los acontecimientos que se van a producir en los años siguientes a la celebración del Congreso de mujeres en 1938 y, en particular con la Guerra de 1948, van a determinar el futuro del pueblo palestino y, en particular, el de las mujeres hasta el día de hoy. Desde este momento la prioridad será la supervivencia nacional.

5. La Guerra de 1948. Éxodo y refugio. El movimiento de mujeres y la lucha por la supervivencia nacional.

Se dibujaba un panorama y una salida política compleja para Palestina. Los levantamientos árabes eran cada vez más difíciles de contener y las operaciones terroristas de las fuerzas paramilitares sionistas –que iban dirigidas tanto contra los británicos como contra la población civil palestina- eran cada vez más numerosas y más violentas.

El Reino Unido desbordado por la situación y debilitado por la Segunda Guerra Mundial, decidirá traspasar el problema en Palestina a las Naciones Unidas, y terminará solicitando el apoyo de los Estados Unidos que no tarda en decidir respaldar el proyecto sionista. Poco a poco el Imperio británico va a salir del escenario político.

Tras más de 25 años bajo la autoridad del Mandato británico, el panorama demográfico de Palestina se había transformado completamente. El censo de población total en Palestina pasó de alrededor de 750.000 personas en 1922 a casi 1.850.000 personas a finales de 1946. La población judía creció en un 725%, elevándose desde el final de la Primera Guerra Mundial de 56.000 personas a 608.000. Esta población era principalmente urbana, y entre el 70% y el 75% se ubicaba en las ciudades de Jerusalén, Jaffa, Tel Aviv, Haifa y alrededores⁴.

Aunque nadie podía imaginarse los eventos que se producirían tras la aprobación el 29 de noviembre de 1947 de la resolución 181 (II) de la Asamblea General. Esta proponía la partición del territorio de la Palestina histórica en un Estado judío y un Estado árabe – asociados ambos en una Unión Económica-, y un régimen internacional para la ciudad de Jerusalén. Y recomendaba que los británicos se retiraran y pusieran fin al Mandato sobre Palestina no antes del 1 de agosto de 1948. Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron de otra manera y esta resolución no vinculante nunca llegó a cumplirse.

Pocos días antes de la votación en la Asamblea General ya habían comenzado los enfrentamientos entre la población palestina y la población judía. El 14 de mayo de 1948 Ben Gurión proclamaba unilateralmente y haciendo caso omiso de la recomendación de Naciones Unidas, la creación del estado de Israel. Inmediatamente lo reconocerán, entre otros países, los Estados Unidos y la Unión Soviética Al día siguiente, los británicos abandonan el Mandato sobre la Palestina histórica, antes de lo previsto. Y ese mismo

⁴ Comité de NNUU para el ejercicio de los derechos inalienables del pueblo palestino: *Orígenes y evolución del problema palestino, 1917-1988*. Naciones Unidas. Nueva York, 1990.



Centro de Formación de Mujeres en Ramallah, Cisjordania. Años 1960. © Autoría de la fotografía desconocida / Archivos de UNRWA

día Jordania, Egipto, Irak, Líbano y Siria entran en el recién creado estado de Israel para defender el territorio de la histórica Palestina. Todo ello resultará en una Guerra que Israel llama *Guerra de Independencia* y los palestinos llaman la *Nakba* -la Catástrofe o el Desastre.

La Guerra de 1948 provoca la dislocación de la sociedad palestina, la destrucción física de la Palestina histórica tal y como se había conocido hasta ese momento, y el éxodo masivo de la población palestina a los países vecinos y otros lugares. El impacto sobre toda la población Palestina fue devastador y, de manera particular, sobre las mujeres.

En los meses precedentes a la intervención de los países árabes, el movimiento sionista ya había comenzado a tomar medidas para hacerse con el control del territorio del naciente Estado judío. Esta expansión territorial, que se asentaba en el uso de la fuerza para cumplir sus objetivos, tuvo como consecuencia el éxodo a gran escala de la población árabe.

El final de la guerra llega tras diversos intentos de mediación por parte de Naciones Unidas que, entre febrero y julio de 1949, logra un acuerdo de armisticio entre Israel, Egipto, Siria, Jordania y Líbano como paso previo a la paz. Los Acuerdos de Armisticio de 1949 delimitarán la frontera entre el territorio que pasará a ser el estado de Israel y los territorios palestinos administrados por Jordania y Egipto, frontera que desde ese momento se va a conocer como la Línea Verde. Israel había ocupado como resultado de la guerra la mayor parte de Palestina excepto la ribera occidental del río Jordán (Cisjordania) que pasará a estar ocupada por la legión árabe de Jordania y, la franja de Gaza que será administrada por Egipto.

Finalizada la guerra, la población palestina se enfrenta a una crisis humanitaria sin precedentes. En 1948 la población palestina era de 1.237.000⁵ personas, al terminar la guerra más de la mitad de la población autóctona de Palestina pasaría a vivir en el exilio.

El 11 de diciembre de 1948 la Asamblea General de Naciones Unidas adopta la resolución 194 (III), que será fundamental para la población palestina refugiada ya que contenía, entre otras, las siguientes disposiciones:

“debe permitirse a los refugiados que deseen regresar a sus hogares y vivir en paz con sus vecinos, que lo hagan así lo antes posible, y deberán pagarse indemnizaciones a título de compensación por los bienes de aquellos que decidan no regresar a sus hogares y por todo bien que haya sido perdido o dañado, en virtud de los principios del derecho internacional o por razones de equidad, esta pérdida o este daño deba ser reparado por los gobiernos o autoridades responsables.”

Esta resolución, de la que emana el derecho al retorno de la población refugiada de Palestina a sus hogares, se ha reiterado cada año por parte de la Asamblea General desde 1948 sin cumplirse.

Ante esta situación de emergencia, el 8 de diciembre de 1949 mediante la resolución 302 (IV), la Asamblea General de las Naciones Unidas aprueba la creación de una agencia específica que brinde apoyo e inicie programas de desarrollo dirigidos a la población refugiada de Palestina. Así nace la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA, de sus siglas en inglés), que comienza sus operaciones el 1 de mayo de 1950 y en la que se registrarán alrededor de 726.000 personas como refugiadas de Palestina.

Una de las misiones iniciales de la Agencia fue la de ofrecer cobijo a la población refugiada que en un primer momento aloja en tiendas de campaña en campamentos creados específicamente para los refugiados. Tras diez años desde el inicio del éxodo palestino, el Comisionado General de UNRWA anuncia en la Asamblea General que todas las tiendas de campaña se debían sustituir por construcciones sólidas. A falta de una solución justa y definitiva para la población refugiada de Palestina, UNRWA ha renovado su mandato periódicamente hasta la actualidad.

En este contexto de fracturación de la sociedad palestina, por primera vez el movimiento de mujeres ve interrumpido su trabajo. Las mujeres palestinas se encuentran de repente divididas entre aquellas que permanecen dentro y fuera de la Línea Verde –la línea de armisticio de 1949-, y aquellas que pasan a vivir en el exilio en los países vecinos, mayoritariamente en Jordania, Líbano, Siria.

Las mujeres que permanecieron dentro de la Línea Verde, pasarán a estar gobernadas por Israel. Las que permanecieron fuera de la Línea Verde, en Cisjordania pasaron a

⁵ Comité de NNUU para el ejercicio de los derechos inalienables del pueblo palestino: *Orígenes y evolución del problema palestino, 1917-1988*. Naciones Unidas. Nueva York, 1990.

estar gobernadas por Jordania, y en la franja de Gaza, administradas por Egipto. Tanto unas como otras tendrán que hacer frente a las consecuencias de la Guerra de 1948, por lo que su trabajo quedó limitado principalmente a labores de asistencia para la supervivencia nacional.

El activismo tanto social como político de las mujeres refugiadas en los países vecinos entre 1948 y 1967 va a cobrar fuerza en el exilio. El movimiento de mujeres se va a organizar y estructurar principalmente en el Líbano. Mientras, las mujeres que permanecieron ya sea dentro o fuera de la Línea Verde, no podrán coordinar y reorganizar su trabajo hasta finales de los años 50-60.

A pesar de las dificultades, dentro de la Línea Verde algunas mujeres empezaron a reorganizarse. Fundamentalmente aquellas intelectuales que estaban afiliadas al Partido Comunista y a la Liga de Liberación Nacional, así como las mujeres más jóvenes que se empiezan a incorporar al movimiento de estudiantes. Las mujeres de Nazaret crearon el Movimiento Renacimiento de la Mujer, que abriría ramas en Haifa y en San Juan de Acre y, a partir de 1952, se uniría a grupos de mujeres judías progresistas para formar en 1973 el Movimiento de Mujeres Democráticas. Por su parte, en 1976 la Asociación de Mujeres Árabes (AWA) se vuelve a activar en San Juan de Acre.

Los años 80 serán los que presencien el mayor crecimiento de las organizaciones de mujeres dentro de Israel. Sin embargo, la mayoría de sus actividades estarían centradas en cuestiones sociales o aquellas que hacían referencia a los derechos y la situación de la mujer. Esto permitió ciertos avances en cuestiones feministas entre la población palestina de Israel, pero no políticas en relación a los derechos de la población palestina en general ya que corría el riesgo de ser duramente castigada. Cualquier reivindicación política debía hacerse desde la clandestinidad.

No será hasta los años 90 que la población palestina de Israel pueda movilizarse políticamente y crear las estructuras para defender sus derechos y hacer frente a las continuas políticas discriminatorias del estado de Israel⁶. Asimismo, comienzan también en esos años a coordinar sus actividades con la población palestina de Cisjordania y Gaza, y en el exilio.

Por su parte, las mujeres que vivían en Cisjordania, Gaza y en el exilio después de la Guerra de 1948, se encontraban a merced de los estados que ahora les gobernaban y tuvieron que hacer frente a las consecuencias de la guerra y la pérdida de sus hogares y propiedades.

La situación de las mujeres palestinas en el exilio variaba. Para las palestinas de clase media o alta, al disponer de los recursos económicos y la formación para comenzar una nueva vida, la nueva realidad era más fácil.

Sin embargo, la situación de las mujeres campesinas era diferente. La gran mayoría fueron realojadas en campos de refugiados. Los campos estaban alejados de las áreas

⁶ Más información en la Base de Datos de Leyes Discriminatorias –Discriminatory Laws Database, anualmente por la organización Adalah-The Legal Center for Arab Minority Rights in Israel –Centro Legal para los Derechos de la Minoría Árabe en: <http://www.adalah.org/en/law/index> [Consultado en septiembre de 2016]

urbanas, las condiciones de vida rozaban la pobreza. Las mujeres campesinas habían visto cambiar de la noche a la mañana sus vidas completamente, lo que las llenaba de irritación y enfado por la realidad que les tocaba vivir.

La pérdida de la tierra como medio esencial de vida afectaba directamente a las mujeres campesinas que habían jugado un papel fundamental en el sector agrícola antes de la guerra. Las necesidades económicas forzaron a muchos hombres a emigrar a otros países en busca de trabajo, transformando los campos de refugiados en el hogar de mujeres, niños y ancianos. Como consecuencia, muchas mujeres campesinas entrarán en el mercado laboral, lo que va a contribuir a un cambio en los roles tradicionales que la mujer desempeñaba en la sociedad.

Las familias palestinas comenzaron a percibir que la educación era la única manera de mejorar la movilidad y la situación económica y social en la que se encontraban. Pero para la mayoría de los palestinos y palestinas, el acceso a una educación quedaba limitada a las escuelas de UNRWA y a la concesión de algunas becas por parte de los movimientos nacionalistas de la región.

Las necesidades humanitarias derivadas de la Catástrofe de 1948, llevaron a las mujeres a la creación de nuevas organizaciones principalmente de carácter social. Muchas de las cuales colaboraron con la Cruz Roja y con UNRWA en el trabajo de asistencia y ayuda a los refugiados. Tan sólo en Cisjordania y Gaza se crearon alrededor de 70 organizaciones de este tipo.

Por su parte, las organizaciones de mujeres creadas en el periodo anterior a 1948 -la Unión de Mujeres Palestinas (PWU, 1921), la Asociación de Mujeres Árabes (AWA, 1929) y la Unión de Mujeres Árabes (AWU, 1939)-, aunque siguieron funcionando con muchas limitaciones, se reorganizaron en Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este, y en el exilio en Egipto, Jordania, Kuwait, Líbano y Siria.

Los 50 y 60 serán los años de máximo desarrollo del nacionalismo árabe en la región liderado por dos fuerzas ideológicas, el Ba'athismo y el Naserismo. Muchas mujeres palestinas -principalmente refugiadas y de la clase media palestina-, se sumarán a las filas de los partidos nacionalistas y panárabes existentes, entre ellos el Partido Ba'ath, el Partido Nacionalista Árabe, así como a los diferentes partidos comunistas existentes en la región.

La población palestina en la diáspora, hombres y mujeres, se encontraban en una situación de especial vulnerabilidad política y poco a poco, comienzan a reconstruir las piezas de las estructuras políticas, económicas y sociales heredadas de las instituciones creadas antes de 1948. Necesitaban articular la manera de facilitar a la población los servicios necesarios para sobrevivir ante la falta de un Estado que les protegiera. Sentimientos comunes de dispersión, frustración de las aspiraciones nacionales y la falta de un Estado impulsó las bases de una acción colectiva dirigida a crear una entidad nacional propia.

A pesar de las dificultades derivadas de la dislocación territorial y el exilio, todo el esfuerzo realizado durante los años 50 y 60 resultará en la creación de la Organización

para la Liberación de Palestina (OLP) en 1964 como el primer cuerpo político que represente a la población palestina desde la guerra de 1948.

De 422 participantes en el Consejo Nacional Palestino, 45 eran mujeres y 21 participaron como delegadas. Tres formarían parte del Consejo Nacional Palestino y dos formarían parte del Comité Preparatorio.

La coordinación del trabajo de las organizaciones de mujeres durante esos años resultará en la creación en 1965 de la Unión [o Sindicato] General de Mujeres Palestinas (GUPW, de su nombre en inglés *General Union of Palestinian Women*) que, hasta el día de hoy, es la red bajo la que se articula todo el movimiento de mujeres palestinas, además de ser la organización popular que representa a las mujeres palestinas en el seno de la OLP como parte integrante del movimiento de liberación nacional palestino. Podemos considerar la creación de la GUPW el momento más relevante de la historia del movimiento de mujeres palestinas.

6. La ocupación en 1967 de Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este. El desarrollo de una conciencia de género, la mayor politización de las mujeres y la popularización del movimiento de mujeres.

En 1967 tiene lugar una nueva guerra árabe-israelí en la que Israel se enfrenta a Siria, Egipto, Jordania e Iraq. Al terminar la guerra, Israel había ocupado Cisjordania (incluyendo Jerusalén Oriental), la franja de Gaza, los Altos del Golán Sirios y la Península Egipcia del Sinaí. Mediante esta maniobra israelí, la mayoría de la población palestina de Cisjordania y de la franja de Gaza se ve de nuevo forzada a abandonar sus hogares. Cerca de 350.000 personas pasan a ser refugiadas y desplazadas internas, gran parte por segunda vez tras haber buscado refugio en esas zonas durante la Catástrofe de 1948.

En 1951 Israel había firmado y ratificado los Convenios de Ginebra del 12 de agosto de 1949. Cuatro Convenios Internacionales que regulan el Derecho Internacional Humanitario (DIH) y cuyo propósito es proteger a las víctimas en los conflictos armados, especialmente a las personas que no participan en las hostilidades -civiles, personal sanitario, miembros de organizaciones humanitarias-, y a los que ya no pueden seguir participando en las hostilidades -heridos, enfermos, náufragos, prisioneros de guerra.

Una vez finalizada la guerra, Jordania y Egipto retiran sus dominios respectivos de Cisjordania y la franja de Gaza. Territorios que se encuentran desde entonces bajo un régimen jurídico de ocupación militar por parte de Israel. Desde este momento, Israel no ha dejado de incumplir de manera sistemática sus obligaciones como potencia ocupante en virtud del Derecho Internacional Humanitario (DIH).

La Guerra de 1967 y la ocupación del resto del territorio palestino, marcarán un nuevo punto de inflexión en la vida del pueblo palestino. La ocupación israelí provoca de nuevo el colapso político, social y económico, afectando a todos los sectores, clases e instituciones de la sociedad palestina. El impacto de las políticas de ocupación fue devastador y los palestinos, hombres y mujeres, no tardan en producir un movimiento de resistencia organizado cuyo objetivo será movilizar a toda la sociedad para defender

la identidad nacional y luchar por la liberación y autodeterminación de Palestina. A partir de 1967, el movimiento nacional se iba a convertir en un movimiento popular de base.

Hasta 1967, el movimiento nacional-incluida la recién creada OLP-, había sido un movimiento nacional de clase, vinculado con algunos regímenes árabes progresistas y que carecía de un programa claro para resistir. Las estructuras políticas y sociales existentes, se apoyaban en divisiones de clase, género y religión, y se mostraban impotentes para hacer frente a los nuevos retos planteados por la ocupación israelí.

El movimiento de mujeres en este contexto, al igual que el movimiento nacional, seguía estando liderado por las élites tradicionales. Sin embargo, a partir de 1967 el objetivo de las mujeres será transformar la Unión General de Mujeres Palestinas (GUPW) en una organización popular de base que movilizara a las mujeres de todos los estratos de la sociedad en favor de la lucha nacional.

La derrota de 1967 reavivó la idea de que la participación de la mujer era necesaria y esencial para lograr el éxito de la lucha por la liberación de Palestina. El acceso a la educación de las mujeres de los campos de refugiados, la mayoría campesinas, será un factor determinante en la entrada en el terreno de lo público y lo político de una clase social nueva. Los métodos, estructura y organización utilizados por esta nueva generación de mujeres serán diferentes a los del periodo anterior y se van a caracterizar por un mayor grado de sofisticación política.

Ya desde finales de los años 50 se había empezado a organizar un movimiento de resistencia estrictamente palestino compuesto por varias facciones políticas, entre las que se empezaba a gestar la idea, a mediados de los años 60, de que la única manera de liberar Palestina era mediante la lucha armada, realizando las primeras operaciones sobre Israel en 1965. Cabe destacar el Movimiento Nacional para la Liberación de Palestina (Fatah, 1959), el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP, 1967), el Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP, 1969) y el Frente Árabe de Liberación (FAL, 1969).

No pocas mujeres se incorporaron a las filas de las facciones políticas de la resistencia, donde pudieron comprobar que a pesar de proclamar la igualdad entre los sexos en sus programas, no habían adoptado ninguna estrategia al respecto. La participación y la representación práctica de las mujeres en el movimiento nacional, más allá de la mera proclamación pública, dejaba mucho que desear.

Las mujeres criticaban que las facciones habían creado células específicas para mujeres que no hacían más que fortalecer la tradicional segregación por sexos. Además por la situación de precariedad económica, tendían a reclutar a las mujeres de las clases medias y altas, excluyendo de este modo a las mujeres de los pueblos y los campos de refugiados, fortaleciendo de este modo la tradicional división de clases.

Fatah se negaba a retar públicamente la tradición que tendía a mantener el control patriarcal y la segregación de sexos. Por su parte el FDLP y el FPLP se mostraron más progresistas en este sentido y publicaron dos boletines sobre las mujeres. Pero al igual que Fatah, tampoco habían dado grandes pasos a nivel interno.



Población refugiada de Palestina huye a través del cruce fronterizo Puente de Allenby durante las hostilidades de 1967. Cerca de 400.000 palestinos y palestinas huyeron a través del río Jordán para escapar del segundo conflicto árabe-israelí. 1967. © Autoría de la fotografía desconocida / Archivos de UNRWA

Esta exclusión y utilitarismo de las mujeres se puso definitivamente de manifiesto cuando las facciones de la resistencia palestina en 1969 se hacen con el poder en el seno de la OLP. Las mujeres prácticamente desaparecen del Consejo Nacional Palestino, lo que pone de manifiesto que el acceso de las mujeres a puestos representativos en el seno de estas facciones era muy limitado. Las activistas palestinas se sentían excluidas y utilizadas, lo que impulsa de nuevo y de manera más significativa que en el periodo anterior, el desarrollo de una conciencia de género entre las mujeres.

Sin embargo, la realidad política de emergencia nacional continuada hace que las mujeres orienten la mayoría de sus actividades en favor de la lucha nacional. Lo que dará lugar a una movilización de las mujeres sin precedentes, resultando en la ampliación de la composición y la clase del movimiento de mujeres.

A partir de 1967, las líderes y estructuras del movimiento de mujeres palestinas al igual que el resto del movimiento de liberación nacional, se organizarán en el exterior. Primero actuarán desde Jordania y a partir del llamado Septiembre Negro en 1970, desplazarán su punto de actuación y liderazgo al Líbano.

El momento de mayor actividad política en la historia del movimiento de mujeres se registrará durante el Periodo de Expansión Revolucionaria en el Líbano. Un periodo que

comienza en 1971 y se extiende hasta 1982 cuando Israel invade el sur del Líbano y la OLP es forzada a abandonar dicho país. Será en esos años cuando las mujeres palestinas cobren mucha mayor relevancia a nivel internacional, destacando su participación en las Conferencias Mundiales sobre la Mujer⁷, comenzando por la primera celebrada en México (1975), en la que se declara la Década de Naciones Unidas para la Mujer, como en las siguientes celebradas en Copenhague (1980), Nairobi (1985) y más adelante en Pekín (1995).

Mientras tanto en el interior, las mujeres estaban de nuevo centradas en sobrevivir y su capacidad organizativa se encontraba extremadamente limitada. Gaza resistió la ocupación a través de las armas durante los primeros años de la ocupación. Mientras en Cisjordania, cualquier actividad política debía desarrollarse en la clandestinidad.

Las palestinas y palestinos de Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este ante todo querían poner fin a la violenta ocupación militar israelí. Pero la ocupación se iba transformando progresivamente en una anexión de facto y los líderes desde el exterior poco podían hacer más allá de llamar la atención sobre la situación en la que se encontraban. Era necesario organizarse dentro del territorio ocupado.

Para ello, la población palestina empezó a construir los cimientos de un movimiento popular de masas organizado, sin precedente en el interior, asentado sobre el activismo social y el trabajo comunitario. Lo que desplazará el centro gravitatorio de la lucha nacional del exterior al interior del territorio palestino ocupado.

En 1972 se consolidaría la figura de los Comités de Trabajo Voluntario (CTV) especializados en proveer los servicios que Israel se negaba a facilitar a la población ocupada en contra del Derecho Internacional. Los Comités eran la única forma de evitar el colapso total de las infraestructuras básicas que mantenían a la sociedad palestina.

Las primeras iniciativas para poner en marcha los CTV salieron de los estudiantes entre los que había muchas mujeres jóvenes. Pretendían romper las barreras existentes entre el trabajo manual y el intelectual, promover el desarrollo de una conciencia colectiva, ayudar a la comunidad y mejorar los derechos de las mujeres. Era un esfuerzo por la reconstrucción nacional para hacer frente a la agresión israelí que pretendía lo contrario.

Entre las primeras actividades que llevaron a cabo las estudiantes estaban limpiar las calles, pavimentar carreteras, reconstruir muros, reforestar y reclamar las tierras confiscadas, crear sistemas de alcantarillado y ayudar a los campesinos con la recolección durante la temporada de cosecha. Construyeron calles y aceras y renovaron algunos colegios.

Mujeres y hombres jóvenes actuaban allí donde fuera necesario y progresivamente comenzaron a trabajar de manera coordinada con los ayuntamientos, lo que resultaría en la creación de Comités de Trabajo Voluntario en todo el territorio palestino

⁷ Más información sobre las Conferencias Mundiales sobre la Mujer en: <http://www.unwomen.org/es/how-we-work/intergovernmental-support/world-conferences-on-women> [Consultado en septiembre de 2016]

ocupado. Era una forma de organización que combinaba la movilización política con las provisiones de servicios sociales. Actuaban de una manera enteramente democrática y sentaron las bases para hacer frente a las cuestiones de clase y género.

Los Comités dieron la oportunidad a las mujeres y a toda la sociedad a participar activamente en la lucha por la liberación de Palestina.

Por su parte, las mujeres de la GUPW siguieron trabajando pero sólo podían hacerlo desde la clandestinidad. Israel había prohibido su actividad de forma permanente por lo que las mujeres tuvieron que enfrentarse a muchas dificultades para poder desarrollar sus actividades habituales. Las únicas organizaciones de mujeres que pudieron trabajar con cierta libertad fueron las organizaciones sociales y de beneficencia.

La ocupación y la represión política resultarían en una mayor politización de las mujeres. Al principio no se les prestaba mucha atención, pero progresivamente las oleadas de detenciones arbitrarias también se dirigieron contra ellas. Las cifras varían según las fuentes, pero se estima que entre 1967 y 1979 como mínimo fueron arrestadas más de 2.000 mujeres y niñas. Cifras que ponían de manifiesto la creciente participación de las mujeres en la lucha nacional.

La mayor politización y participación de las mujeres palestinas, la singular situación a la que tenían que hacer frente bajo ocupación y los obstáculos a los que se tenían que enfrentar por el mero hecho de ser mujeres, llevó por primera vez al movimiento de mujeres a prestar especial atención a sus derechos específicos, y se empezó a hablar a partir de 1978 de la aparición de un "Nuevo Movimiento de Mujeres".

PARTE II: 1978-1991: LOS DERECHOS DE LAS MUJERES AL SERVICIO DE LA LUCHA NACIONAL. LOS COMITÉS DE MUJERES Y LA INTIFADA DE 1987.

Muchas de las mujeres que durante los primeros años de la ocupación eran unas adolescentes, ahora o bien estaban estudiando en la universidad o bien habían empezado a trabajar y querían que sus necesidades y aspiraciones concretas ocuparan el lugar que se merecían.

A pesar de haber participado mano a mano con los hombres en todas las actividades que se organizaban, se seguían sintiendo excluidas en muchos ámbitos. Fundamentalmente en los sindicatos de trabajadores y a la hora de acceder a ciertos puestos de responsabilidad o liderazgo.

Se sentían utilizadas, de ahí que decidieran movilizarse activamente por primera vez en favor de sus derechos específicos. A sabiendas de que tenían un papel relevante que jugar y al no encontrar ningún espacio que acomodara sus intereses específicos, decidieron crear sus propios espacios.

Se vinculará de manera novedosa la liberación de la mujer con la liberación nacional. Se empieza a barajar con más claridad la idea de que no será posible liberar Palestina sin la liberación de las mujeres. El trabajo realizado esos años ampliará de manera

definitiva las bases del movimiento de mujeres; de ser un movimiento anticolonial y nacionalista de clase, pasará a ser un movimiento anticolonial y nacionalista de base.

Sin embargo, a pesar de que todavía la lucha por los derechos de las mujeres estará al servicio de la lucha nacional, entre 1978 y 1982 se crean cuatro Comités de Mujeres cuyos objetivos y actividades estarán dedicadas de manera específica a las cuestiones y la situación particular a la que tenían que enfrentarse las mujeres palestinas por el hecho de ser mujeres.

El 8 de marzo de 1978 marca un antes y un después en la historia del movimiento de mujeres. Ese día en que se conmemoraba internacionalmente a la mujeres se crea el primer comité de mujeres, el Comité de Trabajo de las Mujeres (WWC, de su nombre en inglés *Women's Work Committees*), centrado en los derechos específicos de las mujeres trabajadoras.

Las mujeres que crean el Comité de Trabajo de las Mujeres (1978), habían crecido bajo la ocupación israelí, eran socialmente conscientes y políticamente comprometidas, activas en cualquiera de sus formas. Pretendían promover la emancipación de las mujeres al tiempo que luchaban de manera coordinada con todas las fuerzas existentes por la liberación nacional. La idea era fortalecer a las mujeres como parte de la sociedad para hacer frente a la situación política.

En un contexto de ocupación militar no se podía mejorar la situación de las mujeres palestinas sin entender el impacto que la ocupación tenía directamente y de manera específica en las mujeres.

La confiscación de tierras, las demoliciones de casas, la construcción de asentamientos y el desplazamiento forzoso de la población, atentaban directamente con el que había sido uno de los ejes principales de la economía palestina, la agricultura donde un amplio número mujeres palestinas habían desempeñado tradicionalmente un papel fundamental en ese sector.

La ocupación israelí impactaba negativamente en el desarrollo económico del territorio palestino ocupado. De modo que la confiscación de tierras, la creación de asentamientos de colonos israelíes y el control sobre los recursos disponibles, redujo la cantidad de tierra cultivable provocando la destrucción de la agricultura como principal modo de producción.

Esta realidad junto con las limitaciones impuestas por la ocupación a cualquier tipo de desarrollo industrial y la posibilidad de acceder al mercado, obligó a una gran parte de la sociedad en aquellos años -tanto hombres como mujeres- a buscar trabajo en el mercado israelí.

En este contexto es fácil entender que uno de los primeros objetivos del Comité de Trabajo de las Mujeres se centrara en la situación específica de las mujeres trabajadoras en un contexto de ocupación. Destacaban las cuestiones relativas a la salud de las mujeres, el acceso a la educación y la situación de sus derechos laborales.



Escena de calle en la franja de Gaza durante la Primera Intifada. 1988. © George Nehmeh / Archivos de UNRWA

Como resultado de este trabajo, la participación de las mujeres en las actividades que organizaban los sindicatos de trabajadores palestinos aumentó considerablemente.

Sin embargo, las diferencias políticas relativas a la cuestión nacional llevaron a la aparición de nuevos Comités de mujeres alineados ideológicamente a las diferentes facciones políticas existentes:

- En 1981, aquellas mujeres más cercanas al Partido Comunista crearon la Unión de Comités Palestinos de Mujeres Trabajadoras (UPWWC, de su nombre en inglés *Union of Palestinian Working Women's Committees*).
- Pocos meses después ese mismo año, mujeres más cercanas al FPLP crearon la Unión de Comités de Mujeres Palestinas (UPWC, de su nombre en inglés *Union of Palestinian Women's Committees*).
- Un año más tarde, en 1982, las mujeres cercanas a Fatah crean el Comité de Mujeres para el Trabajo Social (WCSW, de su nombre en inglés *Women's Committees for Social Work*).
- Por su parte, el Comité de Trabajo de las Mujeres de 1978 que se mostraba más cercano al FDLP, en 1989 cambiaría su nombre al de Federación Palestina de los Comités de Acción de las Mujeres (FPWAC, de su nombre en inglés *Federation of Women's Action Committees*).

A pesar de que estos cuatro comités de mujeres diferían en algunos aspectos a nivel político, en relación a las cuestiones relativas a las mujeres, cooperaban y se coordinaban continuamente.

El objetivo era crear un movimiento de mujeres unificado que consiguiera movilizar a las mujeres, por un lado en favor de la lucha nacional y, al mismo tiempo, lograr fortalecer la posición socioeconómica y educativa de las mujeres como elemento fundamental que contribuyera a su emancipación dentro de la sociedad palestina.

En lo teórico estaba claro que sin una mujer emancipada no era posible una Palestina emancipada e independiente. Pero en lo práctico, la prioridad seguía siendo la lucha nacional, lo que resultaba en el planteamiento contrario, la liberación de la mujer vendría como resultado de la liberación nacional.

La violencia de la ocupación se imponía, lo que hacía que fuera muy difícil o casi imposible llevar a la práctica cualquier logro conseguido. Sin embargo, los avances en términos de movilización de las mujeres se pondrían de manifiesto con el estallido de la Intifada de 1987.

En tan sólo diez años el número de mujeres adscritas a los Comités se contaban en miles. Todos habían creado ramas en la mayoría de las ciudades de Palestina. El fruto del trabajo de los Comités se pondría de manifiesto en la manifestación convocada para el 8 de marzo de 1988, donde la participación de las mujeres fue masiva.

De nuevo el imperativo de la supervivencia nacional unía a las mujeres en un frente común y se anteponía, aunque sin anularlas, a las reivindicaciones estrictamente feministas. Las mujeres de los Comités en diciembre de ese mismo año ponían a un lado sus diferencias y constituían el Alto Consejo de Mujeres (HWC, de su nombre en inglés *Higher Women's Council*). Este Consejo, por un lado, coordinaba el trabajo de las mujeres a nivel nacional y por otro, canalizaba las directrices de la Jefatura Unificada Nacional del Levantamiento (UNLU, de su nombre en inglés *Unified National Leadership of the Uprising*), cuerpo que aglutinaba a todas las fuerzas políticas para coordinar las acciones de resistencia durante la Intifada de 1987. Pero Israel prohibirá su actuación y la de los Comités de mujeres en 1988, momento en el que pasan a realizar actividades más sociales y a actuar políticamente desde la clandestinidad.

A través del trabajo comunitario, por primera vez se hizo posible resistir la ocupación desde dentro. Hombres y mujeres de todas las edades y estratos de la sociedad participarían públicamente para hacer frente a la ocupación israelí. Una realidad que provocaría también la reevaluación de las estructuras sociales, económicas y políticas tradicionales resultando en una mayor conciencia política y social de la sociedad en general sobre las cuestiones de clase y de género. Las mujeres lucharon por que toda esta participación política en el espacio público se tradujera en una mayor representación política en los espacios que tradicionalmente habían estado dominados por los hombres.

Pero, si bien es cierto que en todos esos años las mujeres realizaron numerosos avances, sobre todo en términos de movilización, el mayor obstáculo al que se tenían que seguir

enfrentando era el de la ocupación y la inexistencia de una entidad nacional donde poder desarrollar un marco legal que pudiera garantizar en la práctica la protección de los derechos de las mujeres. A pesar de las dificultades, los Comités han seguido funcionando hasta el día de hoy, modificando su forma de actuar en función de las circunstancias.

PARTE III: 1991-2016: EN BUSCA DE UNA AGENDA NACIONAL DE MUJERES.

1. El espejismo de la liberación y la autodeterminación. Creación de organizaciones feministas (1991-2000).

La Intifada de 1987 se fue apagando y tocó a su fin con la firma de los Acuerdos de Oslo. El primer Acuerdo de Oslo, también conocido como la Declaración de Principios sobre un Gobierno Autónomo Provisional Palestino, se firmó el 13 de septiembre de 1993 entre el Gobierno de Israel y la OLP.

Mediante Oslo, se abría un proceso de reconocimiento mutuo, Palestina aceptaba las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por las que renuncia a recurrir a la violencia y reconoce el derecho de Israel a vivir en paz y con seguridad. Por su parte, Israel reconocía a la OLP como representante del pueblo palestino y afirmaba su disposición a continuar con las negociaciones de paz.

Los acuerdos establecían unos plazos para la retirada progresiva de Israel del territorio palestino ocupado y creaban una figura administrativa autónoma que se encargaría de gobernar de forma limitada y transitoria los territorios que Israel fuera devolviendo. Nace así la Autoridad [Nacional] Palestina (AP), órgano de gobierno autónomo al que se le concedía ciertas competencias, principalmente relativas a la administración civil y el control sobre la seguridad limitadas a determinadas zonas del territorio palestino ocupado.

En virtud de los acuerdos de Oslo el territorio ocupado se dividiría en tres áreas:

1. Área A, donde la responsabilidad sobre la administración civil y el control sobre la seguridad recaen totalmente sobre la AP. Actualmente, comprende aproximadamente el 18% del territorio de Cisjordania, e incluye ocho ciudades palestinas principales a excepción de Gaza⁸: Jenin, Nablus, Tulkarem, Qalqilya, Jericó, Ramallah, Belén y gran parte de la ciudad de Hebrón.
2. Área B, donde la administración civil recae sobre la AP y el control de la seguridad se realiza de forma conjunta con Israel. Comprende aproximadamente el 22% de Cisjordania donde se encuentran alrededor de 400 pequeñas ciudades y aldeas palestinas. El conjunto de las zonas A y B, con apenas 40% del territorio, concentran a la gran mayoría de la población palestina de Cisjordania.
3. El Área C se encuentra totalmente bajo control israelí. Este territorio comprende el 60% de Cisjordania, donde se encuentran la mayoría de

8 Ver detalles en siguientes epígrafes de este capítulo.

los recursos naturales de Cisjordania y todas las colonias o asentamientos israelíes.

Oslo nacía con la vocación de llevar a cabo una retirada paulatina de las autoridades israelíes del territorio palestino ocupado. La sociedad palestina miraba con ilusión y esperanza el proceso de paz. Se esperaba que por fin se dieran respuestas y soluciones a una tragedia que duraba ya demasiado tiempo. Sin embargo, la retirada paulatina nunca se llegó a llevar a cabo.

Las mujeres palestinas en este contexto, también estaban ilusionadas, sobre todo las más jóvenes. Pensaron que los problemas de representación y participación en puestos de liderazgo desaparecerían y que formarían parte del futuro Estado palestino en igualdad de condiciones que los hombres. Sin embargo, la realidad seguía siendo otra muy distinta. Cuando se crean los comités técnicos que iba a articular el proceso negociador, de los 300 puestos creados las mujeres se tuvieron que enfrentar a la realidad de que tan sólo cuatro mujeres iban a participar activamente en dichos Comités.

Será entonces cuando las mujeres decidan crear en 1992 el Comité Técnico sobre los Asuntos de las Mujeres (WATC, de su nombre en inglés *Women's Affairs Technical Committee*), un comité técnico específico para los asuntos de las mujeres que tendrá como objetivo demandar la incorporación de una perspectiva de género en el proceso de paz y la de definir, diseñar y proponer una Agenda Nacional de Mujeres. Resultado del trabajo de las mujeres fue la creación de Unidades de Género (alrededor de 24) en todos los Ministerios e instituciones gubernamentales que se fueron estableciendo.

La necesidad cada vez más clara de prestar una atención específica y concreta a los derechos de las mujeres, ya había impulsado la creación de nuevos espacios dedicados exclusivamente al estudio de la situación y el desarrollo de los derechos de las mujeres. Entre estos cabe destacar la creación en 1989 del Centro de Estudios para las Mujeres (WSC, de su nombre en inglés *Women's Studies Centre*), en 1991 la creación del Centro de Mujeres para la Ayuda y la Asesoría Legal (WCLAC, de su nombre en inglés *Women's Centre for Legal Aid and Counselling*), y en 1994 el Instituto de Estudios sobre las Mujeres de la Universidad de Birzeit (IWS, de su nombre en inglés *Institute of Women's Studies*), primera iniciativa académica en Palestina centrada en el estudio de las mujeres y uno de los dos únicos programas de este tipo en todo el mundo árabe.

El crecimiento en la inyección de fondos internacionales que prestaban especial atención a las cuestiones de género en el proceso de construcción del estado palestino, contribuyeron notablemente a este proceso de creación de centros de investigación especializados y organizaciones dedicadas exclusivamente a las cuestiones relativas a las mujeres. Desde entonces y hasta el día de hoy, se han creado muchos otros centros dedicados a la atención o el estudio específico de las mujeres.

Por primera vez se trataban las cuestiones de género y de las mujeres de forma concreta.

Los frutos del trabajo de las mujeres se pondrían de manifiesto a partir de la celebración de las primeras elecciones palestinas en 1996. Entre los candidatos a la presidencia



Vista del Muro en Qalqilya, Cisjordania. © J.C. Tordai / Archivos de UNRWA

se encontraba Samiha Salameh Khalil, una mujer de trayectoria histórica en el movimiento de mujeres palestinas, que habría fundado en 1965 la que posiblemente sea la organización social más fuerte existente en Cisjordania y Gaza y que sigue operativa en nuestros días. Sin embargo, Yasser Arafat obtiene la mayoría de los votos y en enero de ese año se convierte en el primer presidente de la Autoridad Palestina.

Más adelante, en el año 2000, la Unión (o Sindicato) General de Mujeres Palestinas (GUPW) decide nombrar a la Unión de Comités de Mujeres Palestinas (UPWC) líder del consejo administrativo de la GUPW que, a partir de entonces tratará de reactivar el trabajo de la estructura fundamental que representa a todas las mujeres palestinas en el seno de la OLP.

El Consejo Nacional Palestino aprobaba ese mismo año una resolución en la que se ponía en valor el trabajo realizado por las mujeres a lo largo de la historia y que mostraba la voluntad oficial de mejorar la situación de las mujeres: *“Basado en el documento de la Declaración de Independencia, y en el pionero papel de la mujer palestina en nuestra lucha social y nacional, el Consejo Nacional Palestino decide trabajar para fortalecer el papel de la mujer palestina en todos los ámbitos del trabajo nacional y extender la participación de la mujer a todos los departamentos de toma de decisiones”*.

Sin embargo, cuando los primeros logros de las mujeres se hacen visibles, se pone en evidencia que el proceso de paz había sido un espejismo y que a pesar de las limitaciones de vivir todavía en una sociedad patriarcal, los mayores obstáculos a los

que se tienen que enfrentar las mujeres palestinas son todavía la vida en el exilio, la discriminación legal dentro de Israel y sobre todo el de la violencia de la ocupación, siendo la causa más importante de la vulneración de sus derechos.

2. Promesas incumplidas: (2000-2016).

Durante los años 1999 y 2000 las políticas utilizadas por la ocupación israelí se volvieron más agresivas y el proceso de paz llega a un punto de no retorno. La población palestina expresó su insatisfacción con la Intifada del año 2000, conocida también como la Segunda Intifada o Intifada de Al-Aqsa.

En septiembre de 2000, Ariel Sharon, líder de la oposición israelí en aquel momento, visita la mezquita de Al-Aqsa inmediatamente después del fracaso de las conversaciones de Camp David donde se tenía que llegar a un acuerdo final sobre las cuestiones más relevantes y delicadas del proceso negociador: seguridad, Jerusalén, fronteras y refugiados. La visita fue percibida como una gravísima provocación y fue detonante de esta Intifada debido a la tensión acumulada por la ocupación israelí.

Un mes después, en octubre, Naciones Unidas aprueba la Resolución del Consejo de Seguridad 1325, conocida como “Mujeres, Paz y Seguridad”, que promueve la participación de las mujeres en todos los niveles de toma de decisiones y, especialmente, hace referencia al papel y las experiencias de las mujeres en los conflictos armados, destacando su importancia en la prevención y solución de los conflictos, y promoviendo su participación en los procesos de negociación y consolidación de la paz. Es una resolución de especial importancia para las mujeres palestinas, pero que, dada la escalada de la violencia de la ocupación, principalmente desde el año 2000, la AP no podrá adoptar hasta el año 2006.

En 2001 Ariel Sharon resulta elegido primer ministro de Israel que, nada más acceder al poder, no reconoce los acuerdos y las negociaciones en curso y rompe las relaciones con Yasser Arafat al que prohíbe e impide salir de Ramallah, dejando a la AP prácticamente inoperante.

Esta Intifada diferirá de la de 1987 por la escalada de la violencia. Se generaliza el uso de los ataques suicidas por parte de los palestinos e Israel, por su parte, invade de nuevo las ciudades palestinas de las que se acababa de retirar de acuerdo con Oslo (Área A), siendo la población civil el blanco de estos ataques la mayoría de las veces. La invasión con tanques y helicópteros, junto con los bombardeos indiscriminados sobre ciertas localidades, marca un antes y un después en la forma que Israel seguirá ocupando Palestina y violando el Derecho Internacional Humanitario.

En ese contexto de violencia extrema y generalizada, el movimiento de mujeres palestinas se verá forzado a paralizar prácticamente todas sus actividades. De nuevo la supervivencia nacional era la prioridad.

Ante esta nueva crisis humanitaria generalizada, UNRWA lanza su primera llamada de emergencia para la franja de Gaza y Cisjordania, las cuales se realizan con carácter anual hasta el día de hoy para responder a las necesidades humanitarias y de protección de

los derechos humanos de la población refugiada de Palestina. En esta misma línea el Consejo de Seguridad de la ONU aprueba el 12 de marzo de 2002 la resolución 1397 por la que apoya la creación del Estado palestino.

Alegando al principio de legítima defensa frente a los ataques suicidas, el 23 de junio de 2002 Israel inicia la construcción de un Muro que se extiende a lo largo de la Línea Verde aproximadamente en un 20% y el 80% restante de su trayectoria penetra más allá de la Línea Verde en el territorio de Cisjordania. En algunos lugares se adentra hasta 22 kilómetros con el fin de incluir asentamientos israelíes densamente poblados como, entre otros, Ariel, Gush Etzion, y Maale Adumim. Cuando el muro esté terminado, aproximadamente el 9,4% del territorio de Cisjordania, incluida Jerusalén Este, quedará aislado por el muro y conectado a Israel. Una vez finalizado se estima que su longitud total sea de 712 kilómetros, más del doble de la longitud de la Línea Verde (312 km).

El 21 de octubre de 2003, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprueba (con 144 votos a favor, 4 en contra y 12 abstenciones) la resolución A/RES/ES-10/13 sin carácter vinculante propuesta por Jordania en la que se instaba a Israel a detener la construcción del muro y a proceder al desmantelamiento de la parte terminada ya que se apartaba de la línea de armisticio de 1949 y era incompatible con las disposiciones pertinentes del Derecho Internacional.

El 9 de julio de 2004, la Corte Internacional de Justicia, a petición de la Asamblea General de las Naciones Unidas (A/RES/ES-10/14), emitía una opinión consultiva (A/ES-10/273) acerca de las consecuencias jurídicas de la construcción de un muro en el territorio Palestino ocupado.

Asimismo, la Corte Internacional de Justicia afirmaba que *"Israel tiene la obligación de poner fin a sus violaciones del derecho internacional; tiene la obligación de detener de inmediato las obras de construcción del muro que está elevando en el territorio palestino ocupado, incluida Jerusalén oriental y sus alrededores, desmantelar de inmediato la estructura allí situada, y derogar o dejar sin efecto de inmediato todos los actos legislativos y reglamentarios con ella relacionados"*. A pesar del dictamen de la Corte Internacional de Justicia, Israel continúa a día de hoy la construcción ilegal del Muro.

Será en esos años de mayor intensidad de la violencia sobre la población civil palestina derivada de la ocupación israelí cuando a nivel institucional la Autoridad Palestina cree el Ministerio para los Asuntos de las Mujeres (MOWA, de su nombre en inglés *Ministry of Women's Affairs*) en el año 2003, cuyo objetivo fundamental será garantizar la promoción de las cuestiones de género de manera coordinada y armonizada en todos los ministerios. Como resultado, en cada Gobernación (división administrativa provincial) existirá una Dirección de Asuntos de la Mujer conectada a este Ministerio.

Aunque se fecha el fin de esta Intifada en 2005, el bloqueo a ciudades como Nablus se extendería hasta el año 2007.

Hasta el año 2005, el estado de Israel había mantenido una ocupación física sobre la franja de Gaza, tal y como mantiene ahora sobre Cisjordania, incluyendo la presencia del ejército, asentamientos de colonos y otras medidas de presión y control en el interior

de la franja. Ese año, Ariel Sharon ordena el desmantelamiento de los asentamientos, retira el Ejército y da paso a una ocupación efectiva a través del control del espacio aéreo, marítimo y terrestre de la franja, estableciendo un bloqueo socioeconómico que sigue vigente en la actualidad.

En las elecciones legislativas palestinas de enero de 2006 promovidas por parte de la comunidad internacional, Hamás obtuvo la mayoría en todo el territorio palestino ocupado con 76 escaños sobre los 43 de Fatah. A pesar de vencer las elecciones, Hamás tomó el poder en la franja de Gaza después de varios meses de enfrentamientos armados con Fatah. Por su parte Fatah acabó ocupando las posiciones del gobierno de Cisjordania. Como consecuencia, se disolvió el Gobierno Palestino de Unidad Nacional. Las restricciones israelíes de acceso y movimiento de personas y mercancías hacia y desde la franja de Gaza aumentaron, con una consecuente y considerable reducción en el suministro de combustible y electricidad, lo que, unido al aislamiento económico, social y geográfico de la población palestina de Gaza, generó un contexto de crisis humanitaria sin precedentes.

Desde entonces, Israel ha lanzado diferentes ofensivas militares sobre la franja de Gaza, que han supuesto un deterioro de las condiciones de vida de la población palestina en general y de las mujeres en particular.

Entre el 27 de diciembre de 2008 y el 18 de enero de 2009 tuvo lugar la ofensiva militar israelí "Plomo Fundido", dejando un saldo de más de 1.400 personas palestinas muertas y 5.000 personas heridas, la mayoría de ellas civiles. En noviembre de 2012, tuvo lugar la ofensiva "Pilar Defensivo". Durante ocho días, la franja fue atacada por tierra, mar y aire, debilitando aún más las infraestructuras. Como consecuencia, 12.000 palestinos y palestinas se vieron desplazados temporalmente, 1.700 casas fueron destruidas o seriamente dañadas y miles de ellas sufrieron daños menores. Hubo 158 muertos y 1.269 heridos.

Durante 50 días, entre julio y agosto de 2014, Israel llevó a cabo sobre Gaza una devastadora ofensiva, por tierra, mar y aire, denominada "Margen Protector", produciendo un elevado número de muertos y una destrucción masiva de hogares e infraestructuras civiles sin precedentes en la franja de Gaza desde la ocupación de 1967. Se estima que medio millón de personas (28% de la población total de la franja) se desplazó internamente durante la ofensiva, la mayor parte de los cuales se refugiaron en las 81 escuelas de UNRWA designadas como refugios. De los 2.220 palestinos y palestinas muertos, al menos 1.492⁹ fueron civiles, dejando 1.500 niños y niñas huérfanos de uno o ambos padres, y muchos ancianos solos. El número de mujeres viudas de entre 60 y 69 años se ha elevado al 40%. Unas 11.231 personas resultaron heridas, de las cuales al menos 3.374 son niños y niñas, 2.088 son mujeres y 410 ancianos. En el lado israelí, 71 personas perdieron la vida, cinco de ellos civiles, entre ellos un niño y un extranjero, y una docena de civiles resultaron heridos por los cohetes y morteros, seis de ellos niños.

Las mujeres en este contexto tratan de seguir desarrollando su trabajo a pesar de las dificultades. La Unión de Comités de Mujeres Palestinas (UPWC), cumpliendo con el

9 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2014*, OCHA oPt, March 2015.



Bombas de fósforo golpean las instalaciones de UNRWA en Beit Lahiya, Gaza. 2009. Cortesía de © AFP Photo

mandato que se les otorgó en el año 2000, a partir de los años 2007-2008 impulsa de nuevo el trabajo de las organizaciones y comités de mujeres de manera coordinada. Los resultados de todo este trabajo se hicieron palpables cuando en el año 2009 promueven la convocatoria del Congreso de la Unión General de Mujeres Palestinas (GUPW) - que no se celebraba desde el año 1985 -, y organizan por fin elecciones, resultando la UPWC elegida para ostentar la Secretaria de la organización.

Por su parte, en 2009 el Consejo de Ministros de la Autoridad Palestina aprueba una línea presupuestaria para promover las cuestiones de género que más tarde se materializará en una Estrategia Nacional a desarrollar entre los años 2011 y 2013 cuyo objetivo fundamental será transversalizar las cuestiones de género a todos los niveles y en todos los sectores de la sociedad.¹⁰

Ese mismo año, con motivo del Día Internacional de la Mujer, Mahmoud Abbas, firmó el Decreto Presidencial nº 19 por el que reconocía la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW). El 1 de abril de 2014, la AP envió a Naciones Unidas una solicitud para la adhesión del Estado palestino a 15 Convenciones y Tratados Internacionales, entre las que se estaban el Pacto de Derechos Civiles y Políticos, el Pacto de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, CEDAW y la Convención de Derechos del Niño.

Posteriormente, se aprobó la *Estrategia Nacional para Eliminar la Violencia contra las mujeres*, vigente para el periodo 2011 – 2019. A nivel institucional se han ido dando otros pasos, como el establecimiento de Unidades de Género en el resto de Ministerios de la Autoridad Palestina y de Unidades de Protección de la Familia en las Comisarías

¹⁰ Palestine National Authority: *Cross-Sectoral National Gender Strategy: Promoting Gender Equality and Equity, 2011-2013*. PNA, Ministry of Women's Affairs.

de Policía existentes en las ciudades principales de cada Gobernado, establecidas éstas últimas en el año 2008 para abordar la violencia de género, aunque con recursos y personal limitados.

Sin embargo, a pesar de los logros y la imparable lucha de las mujeres palestinas, ellas y su sociedad se siguen enfrentando a la dominación patriarcal, la discriminación y la explotación tanto en los hogares como en el lugar de trabajo. Asimismo, se siguen enfrentando a obstáculos culturales y estructurales que se materializan en sistemas de discriminación legal, social, económicos y políticos que hacen que los retos sean aún mayores. Pero por encima de todo, se siguen enfrentando a los obstáculos derivados de la violencia de la ocupación israelí que Naciones Unidas ha condenado repetidamente desde 1975 como el mayor obstáculo para el desarrollo de las mujeres palestinas. La última de estas condenas la realizaba el Consejo Económico y Social en junio de 2016. Asimismo, el Secretario General de Naciones Unidas emite con carácter anual un informe sobre “La situación de la mujer palestina y la asistencia para su apoyo” que se presenta en la sesión anual de la Comisión Jurídica y Social de la Mujer (CSW, del inglés *Commission on the Status of Women*)¹¹.

Si la lucha por los derechos de las mujeres ya es muy compleja en condiciones normales, en esta situación en la que la existencia del pueblo palestino se encuentra amenazada constantemente, se hace todavía mucho más difícil, si no imposible. Las mujeres palestinas, a pesar de las innumerables dificultades en este contexto, siguen luchando por defender sus derechos y por la autodeterminación del pueblo palestino.

11 El correspondiente a 2016 está disponible en: http://www.un.org/ga/search/view_doc.asp?symbol=E/CN.6/2016/6&referer=http://www.unwomen.org/es/csw/csw60-2016/official-documents&Lang=S



**LA SITUACIÓN HUMANITARIA
EN EL TERRITORIO PALESTINO
OCUPADO EN LA ACTUALIDAD.
UN ANÁLISIS DE GÉNERO**

LA SITUACIÓN HUMANITARIA EN EL TERRITORIO PALESTINO OCUPADO EN LA ACTUALIDAD. UN ANÁLISIS DE GÉNERO

Desde el 29 de noviembre de 2012 Palestina es reconocido como Estado observador no miembro de las Naciones Unidas. Sin embargo, la Autoridad Palestina (AP) no ejerce soberanía real sobre el territorio, las fronteras, el espacio marítimo y aéreo ni sobre la población a la que sirve.

Así, más de 65 años después de la primera guerra árabe - israelí y de que 720.000 palestinos y palestinas tuvieron que abandonar sus hogares convirtiéndose en personas refugiadas, el futuro del territorio Palestino ocupado (tPo) no presenta un escenario muy optimista.

Las políticas y prácticas israelíes asociadas al conflicto y a la ocupación están llevando a una fragmentación continuada en el tPo

Las políticas y prácticas israelíes asociadas al conflicto y a la ocupación están llevando a una fragmentación continuada en el tPo, minando cualquier iniciativa de paz y de estabilidad en la región. La violencia sistemática produce altos índices de ansiedad entre la población e inestabilidad social. En Cisjordania son habituales las incursiones y la violencia en los campos de refugiados por las fuerzas de seguridad israelíes, así como los ataques de los colonos a la población palestina. La política de ocupación israelí lleva a la destrucción de las propiedades palestinas, a la falta de acceso a las tierras de cultivo y a la confiscación de terrenos para la construcción de asentamientos, principalmente en el Área C y en Jerusalén Este. El 60% de las estructuras destruidas en 2011 estaban ubicadas en zonas donde se construirían futuros asentamientos.

El conflicto en el tPo afecta de manera distinta a hombres y a mujeres

Actualmente no existe ningún proceso de paz ni de diálogo directo entre Israel y la AP. En estas condiciones no cabe prever una pronta solución al conflicto, sino, por el contrario, la continuación de la política de hechos consumados desarrollada por Israel, que incluye la ampliación de asentamientos, los castigos colectivos, el asedio a la franja de Gaza y los cierres arbitrarios del tPo. Todo ello lleva a la conclusión de que la crisis humanitaria seguirá agravándose, mientras se retrasa sine die la vuelta a la mesa de negociaciones.

El conflicto en el tPo afecta de manera distinta a hombres y a mujeres, a niños y a niñas, ya que tiene unas dimensiones de género muy específicas. Mientras que los niños y los hombres están expuestos a amenazas arbitrarias a su integridad física, las mujeres y las niñas palestinas se enfrentan a grados de inseguridad alimentaria más elevados, a una mayor dificultad de acceso a la educación y a los servicios de salud, así como a continuas situaciones de violencia de género, traumas causados por la violencia indirecta y otras prácticas sociales dañinas como la denegación o limitaciones en el derecho a la herencia y a la propiedad, el matrimonio temprano de niñas, limitaciones a la movilidad, entre otras. Merece la pena destacar que las mujeres y las niñas en la franja de Gaza se vieron afectadas de manera desproporcionada por las hostilidades del verano de 2014 en múltiples aspectos de su vida. Esto ha exacerbado las vulnerabilidades preexistentes derivadas del bloqueo israelí y de la discriminación contra las mujeres dentro de la sociedad palestina. De particular preocupación es la situación de las viudas, las mujeres y niñas desplazadas internas, con discapacidad, las adolescentes y las mujeres agricultoras¹.

A pesar de las adversidades, las mujeres palestinas son pilares que sostienen y construyen la sociedad palestina. Este sostén se basa principalmente en la resiliencia que caracteriza a toda la población palestina en general y más concretamente a las mujeres. La resiliencia es un proceso transformador por el cual se canalizan los traumas sufridos para minimizar los impactos y sobrevivir en el día a día con la mayor dignidad posible.

Las mujeres palestinas son pilares que sostienen y construyen la sociedad palestina

Este trabajo de sostén de la comunidad no lo hacen habitualmente solas, sino en colectivo. Se organizan para defender sus derechos, ya sea en organizaciones de la sociedad civil o comunitarias de base, en los centros de mujeres de los campos de refugiados o en otros movimientos sociales. Son agentes activas de cambio, comparten, construyen y crean conocimiento, alianzas y redes, cada una atravesada por su propia realidad social, económica y cultural.

En 2015, la población en el territorio Palestino ocupado alcanza los 4,74² millones de personas (un 50,8% son hombres y un 49,2%, mujeres³). En Cisjordania, bajo un régimen de ocupación militar, viven 2,89⁴ millones de personas, mientras que en la franja de Gaza, sometida a un bloqueo a la entrada y salida de bienes y personas desde 2007, e igualmente bajo una ocupación militar, viven 1,85 millones. En torno al 39% de la población está por debajo de los 15 años de edad y la tasa anual de crecimiento es del

1 *The Gaza Strip: the long term impact of the 2014 hostilities on women and girls*, ONU Mujeres y OCHA tPo, diciembre 2015.

2 *Palestinians at the end of 2015*, Palestinian Central Bureau of Statistics (Oficina Central de Estadísticas de Palestina, PCBS de sus siglas en inglés).

3 Press release on the International Women's Day on Tuesday (08/03/2016), PCBS.

4 *Palestinians at the end of 2015*, PCBS.

2,9%⁵, una de las más altas de la región. La densidad de población de la franja de Gaza es una de las más altas del mundo: más de 4.000 habitantes por km². La población refugiada registrada asciende, aproximadamente, a 2,1 millones en el tPo, casi la mitad del total, conformando el 33% de la población de Cisjordania y el 76% de la población de Gaza⁶. Por su condición de refugiada, esta población es una de las más vulnerables al conflicto.

Las políticas y prácticas israelíes asociadas al conflicto y a la ocupación están provocando una vulneración sistemática de los derechos humanos de la población refugiada de Palestina. En este contexto, las necesidades humanitarias de la población a las que se debe responder son diversas:

RESTRICCIONES AL MOVIMIENTO DE BIENES Y PERSONAS

Las restricciones que se imponen al movimiento de la población palestina son tanto físicas (puestos de control militar israelíes – *checkpoints* – y bloques cortando las carreteras, entre otros) como burocráticas (limitaciones a los permisos para desplazarse y acceder a determinadas áreas, la designación de áreas restringidas o cerradas, etc.). Combinadas, estas restricciones impiden la comunicación con sus vecinos u familiares, alterando su vida familiar y social, y el acceso a los servicios más básicos y a sus tierras de cultivo y otros medios de vida, así como agravan la fragmentación del tPo. Estas limitaciones impuestas por el gobierno israelí se incrementaron considerablemente a raíz de la Segunda Intifada de septiembre de 2000.

El principal obstáculo para el movimiento en Cisjordania es el Muro. Con un 62% del mismo construido, el 85% de su trazado se adentra en el territorio cisjordano, confinando a 11.000 personas palestinas en lo que se denomina como *Seam Zone*⁷ (Zona de Exclusión).

El principal obstáculo para el movimiento en Cisjordania es el Muro

El Muro obliga a unas 60 comunidades palestinas, en las que viven 190.000 personas, a tomar rutas entre dos y cinco veces más largas para acceder a servicios básicos como escuelas u hospitales. Más de 90 comunidades palestinas que tienen tierras dentro de o en las proximidades de 56 asentamientos israelíes o *outpost*⁸ sólo pueden acceder a estas tierras previa coordinación con las autoridades israelíes, generalmente por un periodo limitado de días durante la recogida de la aceituna⁹. Asimismo, la población

5 Palestinianians at the end of 2015, PCBS.

6 UNRWA contaba en junio de 2014 con 5.493.115 personas registradas en sus cinco áreas de operación (Siria, Jordania, Líbano, Gaza y Cisjordania (territorio Palestino ocupado)).

7 *Seam Zone* es un término referido a la extensión de tierra en Cisjordania que se encuentra entre la línea del armisticio de 1949, reconocida internacionalmente como Línea Verde, y el Muro.

8 Se denomina *outpost* a los asentamientos informales que se instalan como paso previo a la construcción de un asentamiento estable.

9 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2014*, OCHA tPo, Marzo 2015.

palestina necesita un permiso para acceder a las denominadas “áreas cerradas” ubicadas entre el Muro y la Línea Verde. Una vez concedido, sólo pueden acceder por 85 puertas asignadas para el acceso agrícola. Según datos de OCHA, el rendimiento productivo de los olivos que se encuentran en esta zona es un 60% inferior al de los olivos que se encuentran en el lado palestino del Muro¹⁰.

Por otro lado, se estima que en Cisjordania hay unos 543 obstáculos que dificultan la libre circulación, un 17% de los cuales son controles militares israelíes (*checkpoints*) permanentes o temporales¹¹. El aumento de un 10% en el número de obstáculos entre el año 2014 y 2015 tiene que ver con más restricciones en el acceso en las Gobernaciones de Nablus y Hebrón. En 2015, en la zona H2 de Hebrón, que representa el 20% del total de esta ciudad, donde Israel ejerce total control, había más de 95 obstáculos físicos a la movilidad, incluyendo 18 controles militares israelíes o *checkpoints* permanentes¹². El acceso de más de 4.000 niños y niñas a los 15 colegios ubicados en la zona H2 se ve afectado por estas restricciones¹³.

Unas 297.000 personas (27% de ellas registradas como población refugiada) viven en las 532 áreas residenciales del Área C, que comprende algunas de las comunidades más vulnerables de Cisjordania en términos humanitarios¹⁴. Aproximadamente el 87% del Valle del Jordán y de la ribera del Mar Muerto permanece como área cerrada a la población palestina, zona que en gran parte está clasificada como Área C.

El bloqueo está llevando al retroceso del desarrollo de la población de Gaza

En el caso de la franja de Gaza, el bloqueo impuesto desde 2007 por Israel afecta a los 1,8 millones de habitantes, lo que supone la negación de los derechos humanos más básicos plasmados en la legislación internacional en lo que respecta al castigo colectivo. El bloqueo está llevando al retroceso del desarrollo de la población de Gaza, deteriorando sus condiciones de vida y disminuyendo su acceso a los servicios básicos e infraestructuras.

El acceso desde Gaza al exterior está restringido por tres cruces fronterizos controlados por Israel (Erez y Kerem Shalom, para personas y bienes, respectivamente) y Egipto (Rafah, para personas). Las restricciones a la exportación de bienes desde la franja de Gaza a Israel y Cisjordania, así como a las limitaciones de acceso a las aguas territoriales para la pesca y a las tierras de cultivo, impide el desarrollo económico, desincentiva la inversión y perpetúa los altos niveles de desempleo, inseguridad alimentaria y dependencia de la ayuda.

10 *Fragmented lives. Humanitarian Overview* 2014, OCHA tPo, Marzo 2015.. Según datos de este informe, 9 de estas puertas permanecen abiertas diariamente, 13 de ellas semanal o estacionalmente, y el 63 estacionalmente.

11 *Fragmented lives. Humanitarian Overview* 2015, OCHA tPo, Junio 2016.

12 *Idem/Ibid.*

13 *Idem/Ibid.*

14 *Area C Vulnerability Profile*, OCHA tPo, 2014. http://www.ochaopt.org/documents/ocha_opt_fact_sheet_5_3_2014_en.pdf

El cruce fronterizo con Israel a través de Erez permanece cerrado desde junio de 2007 para toda la población palestina, excepto para casos médicos críticos y para trabajadores de organizaciones internacionales. El cruce de Rafah con Egipto se abre de forma esporádica con el consentimiento de las autoridades egipcias, que permiten cruzar en ambos sentidos. Desde el derrocamiento del presidente egipcio Mohammed Morsi en julio de 2013, se ha limitado mucho la apertura de este paso para la población palestina.

El tránsito de mercancías permanece en menos del 45% de los niveles anteriores a 2007, quedando además muy limitado el comercio de bienes producidos en la franja con sus mercados históricos en Cisjordania. En 2015, salieron al mercado internacional, cisjordano e israelí (éste último, por primera vez desde el bloqueo) 1.350 camiones de productos (en su mayoría agrícolas)¹⁵ procedentes de la franja de Gaza a través del Kerem Shalom comparado con los 5.774 camiones que salían de Gaza al mercado israelí, cisjordano e internacional en el año 2007¹⁶.

Tras la última ofensiva israelí sobre la franja de Gaza en 2014 se llegó a un acuerdo temporal entre la Autoridad Palestina y el gobierno de Israel denominado Mecanismo de Reconstrucción de Gaza (*Gaza Reconstruction Mechanism, GRM*)¹⁷, facilitado por las Naciones Unidas, para permitir la entrada en Gaza de materiales y maquinaria de construcción para la reparación y reconstrucción, considerando programas más que proyectos individuales. Una unidad formada por el Ministerio del Interior palestino, el gobierno de Israel y la Oficina del Coordinador Especial de Naciones Unidas para el Proceso de Paz de Oriente Medio (UNSCO) se encarga de apoyar este mecanismo. Asimismo, se ha estableciendo una base de datos, gestionada por la Autoridad Palestina, de las acreditaciones concedidas a los proyectos enmarcados en el mecanismo, constructores y a proveedores de materiales y equipos de construcción, y que dé seguimiento a los materiales solicitados y distribuidos a la franja de Gaza. El Gobierno de Israel participa también en este proceso de acreditación. Los materiales de construcción representan el 59% del total de las importaciones de la franja de Gaza¹⁸. A marzo de 2016, 78 de los 82 hospitales y centros de salud dañados durante esta ofensiva habían sido reconstruidos o reparados, al igual que 243 de los 259 colegios dañados o destruidos¹⁹.

En declaraciones de 1 de abril de 2015, Robert Turner, ex Director de Operaciones de UNRWA en la franja de Gaza, señaló que aunque el GRM es necesario, no puede sustituir el levantamiento del bloqueo. "*La reconstrucción de Gaza sólo puede desarrollarse si los recursos están disponibles a través del GRM, el bloqueo se levanta y la situación política se estabiliza*".

Como consecuencia del bloqueo en la franja de Gaza un elevado porcentaje de medicamentos esenciales no se encuentran disponibles. Los tratamientos de enfermedades como diabetes, esclerosis múltiple o cáncer, entre otras, se ven interrumpidos

15 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2015*, junio 2016 y *Access of people and goods in 2015*, marzo de 2016, OCHA tPo.

16 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2014*, OCHA tPo, Marzo 2015.

17 <http://www.unsco.org/Gaza%20Reconstruction%20Mechanism%20Fact%20Sheet%209%20October%202014.pdf>

18 *Access of people and goods in 2015*, marzo de 2016, OCHA tPo.

19 *UNSCO Report to the Ad Hoc Liaison Committee*, 19 de abril de 2016, en *Fragmented lives: Humanitarian Overview 2015*, OCHA tPo, Junio 2016.

por ausencia de medicación. Debido a estas carencias, se ha hecho necesario derivar a multitud de pacientes a hospitales fuera de la franja para recibir el tratamiento adecuado. Para poder salir de Gaza es necesario obtener permisos especiales de las autoridades israelíes para cruzar a través de Erez o egipcias para hacerlo a través de Rafah, lo que incrementa aún más la ansiedad y la angustia de las personas enfermas. En los primeros 9 meses de 2015, se aprobaron el 80% de las solicitudes de permisos de pacientes para acceder a servicios de salud israelíes o en Cisjordania a través de Erez, el 5% (780) fueron denegadas y el 16% (2.468) no recibieron respuesta, por lo que perdieron su cita médica y su tratamiento se vio retrasado. En 2015, cruzaron a Egipto por el paso de Rafah 178 del total de 1.670 pacientes referidos por el Ministerio de Salud palestino a Egipto²⁰.

La capacidad eléctrica necesaria para abastecer a la población gazatí se estima en 350 megavatios (MW), pero en la actualidad no se alcanza la mitad de esta cifra. La ausencia de combustibles y los daños en la central y el sistema eléctrico ha llevado a que haya cortes en el suministro eléctrico de entre 12 y 18 horas al día en la franja de Gaza.

DEMOLICIONES DE VIVIENDAS Y DESPLAZAMIENTO DE LA POBLACIÓN

En Cisjordania, la desposesión y el desplazamiento forzoso se están incrementando de forma preocupante debido a la confiscación de tierras, a las restricciones a la construcción, al incremento de la construcción de asentamientos, a planes de reubicación, a la demolición de viviendas y/o estructuras para la generación de ingresos (establos, etc.), entre otros.

Durante el año 2015 hubo un total de 523 demoliciones de propiedades pertenecientes a población palestina en Cisjordania, principalmente en el Área C y Jerusalén Este, las cuales afectaron a un total de 2.434 personas, 630 de ellas desplazadas²¹. Aunque el número de estructuras afectadas por demolición ha disminuido en 2015 y en 2014 (591²²) en comparación con 2013, el número de personas desplazadas a consecuencia de estas demoliciones se vio incrementado en un 6% en 2014 (1.177 personas²³) respecto a las cifras de 2013. Esto se debe al aumento de demoliciones de estructuras residenciales. Según la información provista por la Administración Civil Israelí, las autoridades israelíes expidieron en 2014 911 órdenes de demolición contra estructuras palestinas en el Área C basándose en la falta de permisos de construcción, de las cuales sólo se ejecutaron 36 (4%), mientras que el resto de demoliciones corresponden a órdenes emitidas en años anteriores²⁴. Entre los años 2010 y 2014, 33 de las 2.020 solicitudes de construcción solicitadas por población palestina viviendo en el Área C fueron aprobadas por las autoridades israelíes²⁵.

20 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2015*, junio 2016 y *Access of people and goods in 2015*, marzo de 2016, OCHA tPo

21 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2015*, junio 2016, OCHA tPo.

22 Press Release; UN Resident and Humanitarian Coordinator calls for an immediate halt to demolitions and forced displacement in the West Bank, 23 de enero de 2015.

23 Ibid/Idem

24 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2014*, OCHA tPo, marzo 2015.

25 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2015*, OCHA tPo, junio 2016.

La planificación restrictiva y la zonificación en el Área C es uno de los mayores desencadenantes del desplazamiento forzoso, junto con la expansión de los asentamientos y la violencia que afecta a la población refugiada y pastoril. Más de 7.500 beduinos y pastores palestinos de 46 comunidades de la zona central de Cisjordania están en riesgo de desplazamiento forzado debido al plan de reasentamiento de las autoridades israelíes. En agosto de 2014, la Administración Civil Israelí (ICA en sus siglas en inglés) depositó las líneas del plan para el establecimiento de una nueva población cerca de Jericó para transferir a estas comunidades. Durante ese año, ICA demolió, dismanteló o confiscó unas 70 estructuras de vivienda y medios de vida en al menos 10 de esas comunidades.

La pérdida de los hogares y el desplazamiento forzoso incrementan considerablemente la dependencia de la ayuda humanitaria de las familias

La pérdida de los hogares y el desplazamiento forzoso incrementan considerablemente la dependencia de la ayuda humanitaria de las familias. En la franja de Gaza, el 80% de la población depende de la ayuda externa²⁶. El impacto de Margen Protector de 2014 continúa en 2016. Durante esta ofensiva, más de 145.000 hogares sufrieron daños menores, unas 6.000 daños mayores y unas 18.000 fueron destruidas o presentan daños muy severos. A finales de 2015, sólo el 15% de las familias desplazadas había regresado a vivir a sus casas ya reparadas. Más de 16.000 familias (aproximadamente 90.000 personas, 47% mujeres y niñas y 53% hombres y niños, dos tercios de ellas con estatus de refugiadas²⁷) siguen desplazadas de sus hogares que fueron destruidos o gravemente dañados durante esta ofensiva. Un cuarto de estas familias vive en los escombros de sus hogares dañados.

Aunque oficialmente no se impida a las mujeres poseer viviendas o tierras, tradicionalmente son los hombres los que han figurado como titulares en los documentos relativos a la propiedad y es a través de las relaciones con sus maridos, padres y hermanos como las mujeres palestinas aseguran la tenencia de vivienda. Esto hace que las mujeres sean más vulnerables a perder sus hogares después de la muerte de un miembro masculino de la familia (padre, marido) o tras el divorcio de sus maridos. Aunque el sistema legal islámico de la sharía permite a las mujeres acceder a parte de la herencia, en general, a la mitad de lo que correspondería a un descendiente hombre, muchas mujeres se enfrentan a presiones fuera de los tribunales para que renuncien a sus derechos o acepten una parte más pequeña de lo que legalmente les corresponde.

Las mujeres que pierden sus hogares y se ven desplazadas por las situaciones descritas pierden el espacio que supone el centro de sus vidas, donde disfrutaban de su privacidad, autonomía, construyen su tejido social y desarrollan actividades de generación de ingresos de pequeña escala. Este impacto requiere de una atención especial.

26 2015 Strategic Response Plan oPt, OCHA tPo.

27 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2015*, OCHA tPo, junio 2016.

VIOLENCIA

Las amenazas a la seguridad y las violaciones de derechos humanos son una constante, no sólo en Gaza, sino también en Cisjordania, incluido Jerusalén Este. Durante 2015, resultaron heridas 15.477 personas palestinas y 304 israelíes, y el número de víctimas mortales ascendió a 169 palestinas y 25 israelíes. Más del 90% de estos incidentes sucedieron en Cisjordania, donde se ha producido el mayor número de víctimas mortales y heridas palestinas en incidentes con las fuerzas israelíes desde el año 2005, según datos recopilados por OCHA²⁸.

La violencia de los colonos israelíes hacia la población palestina en Cisjordania se ha incrementado considerablemente desde el año 2009. Durante el año 2014 aumentaron los incidentes violentos de colonos que resultaron en palestinos muertos y heridos, aunque se redujeron los incidentes que provocaron daños en propiedades palestinas. Asimismo, el número de incidentes palestinos que provocaron muertos israelíes ha aumentado de forma considerable frente al año anterior. El número de bajas por estos incidentes (personas heridas y víctimas mortales) pasó de 92 palestinos y 39 israelíes en 2013 a 105 palestinos y 87 israelíes en el año 2014²⁹. En el año 2015 la violencia de los colonos dejó 97 víctimas mortales palestinas y daños a la propiedad palestina en 130 ocasiones³⁰. El número de árboles (principalmente olivos) dañados, arrancados o robados ascendió a 11.254 frente a los 9.390 en 2014³¹.

Las amenazas a la seguridad y las violaciones de derechos humanos son una constante

A finales de 2016, unos 6.000 palestinos se encontraban detenidos bajo el sistema de prisiones israelí, 442 de ellos menores. Hombres, jóvenes y niños suelen ser más objeto de violencia y detención por parte de las fuerzas militares israelíes que las mujeres y las niñas. Sin embargo, las mujeres detenidas se enfrentan a desafíos específicos de género, incluido el acceso inadecuado a la atención médica, los riesgos asociados con el embarazo y dar a luz en la cárcel, y el acoso sexual. Además, después de su liberación, las mujeres son particularmente vulnerables a la estigmatización y la marginación en sus comunidades³².

La mayoría de la población palestina muestra síntomas de ansiedad y miedo a ser herida o asesinada a través de ataques aéreos impredecibles. La mayoría de los niños y niñas han estado expuestos en mayor o menor intensidad al conflicto y han perdido algún familiar o conocido, lo que les lleva a sufrir altos niveles de ansiedad. El trauma ocasionado por los 50 días de la ofensiva Margen Protector, el dolor causado por la pérdida de seres queridos, por las heridas y amputaciones, como por la pérdida de los

28 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2015*, OCHA tPo, junio 2016.

29 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2014*, OCHA tPo, marzo 2015.

30 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2015*, OCHA tPo, junio 2016.

31 *Ibid / Idem*.

32 *Access Denied: Palestinian Women's Access to Justice in the West Bank of the Occupied Palestinian Territory: Where are women? Where is women's accessibility to "justice"? Are there possibilities for justice in the context of military occupation?*, Oficina de ONU Mujeres en tPo, 2014.

hogares, es inmensurable. UNICEF calcula que 360.000 niños y niñas padecen traumas severos a día de hoy y necesitan apoyo psicosocial de manera urgente³³.

Además de la violencia directa de la ocupación israelí, las mujeres palestinas enfrentan la violencia derivada de los valores patriarcales de su propia sociedad. La prolongada crisis de protección a consecuencia de la ocupación y el bloqueo ha agravado los valores patriarcales de esta sociedad y exacerbado la violencia de género en todas sus formas. Muchos hombres se sienten notablemente frustrados, con altos índices de ansiedad, y con una pérdida absoluta de poder y autoridad debido a las humillaciones constantes y violencia continuada que sufren por parte del ejército israelí, así como a las limitadas oportunidades laborales y el nivel de desempleo, que les impide garantizar su rol tradicional de proveedores de sus hogares. Esta situación, sin justificar en ningún momento la violencia de género, ha contribuido, sin duda alguna a su incremento.

Además de la violencia directa de la ocupación israelí, las mujeres palestinas enfrentan la violencia derivada de los valores patriarcales de su propia sociedad

Existen datos, pero son limitados para tener una valoración completa de la prevalencia, alcance y consecuencias de esta problemática, ya que los datos estadísticos no son recogidos con una periodicidad y de forma sistemática. Según la Oficina Central de Estadísticas de Palestina (PCBS), en el 2011 el 62% de las mujeres casadas entre 15 y 49 años en el tPo sufrieron violencia psicológica, el 23% violencia física y el 11% violencia sexual por lo menos una vez a manos de su pareja. Los casos de feminicidio en el tPo registrados ascendieron de 12 en el año 2012 a 28 en el año 2013, según la oficina de ONU Mujeres en el tPo.

En general, las mujeres no denuncian la violencia de género al ser considerada un asunto privado de las familias y los mecanismos de protección que las amparan son muy limitados y poco conocidos. Según datos del PCBS de 2011, ante una situación de violencia de género, sólo el 0,7% de las mujeres encuestadas buscaría ayuda en instituciones especializadas (organizaciones de mujeres, servicios públicos como policía, etc.), el resto preferiría mantenerse en silencio (65%) y buscaría ayuda en la familia (30%). El acceso a los servicios y las restricciones a la movilidad en el Área C y Jerusalén Este dificultan aún más que las mujeres sobrevivientes de violencia de género puedan recibir protección. Las condiciones de vida de las mujeres y niñas desplazadas internas en la franja de Gaza, viviendo en hogares de acogida, apartamentos de alquiler, en los escombros de sus hogares destruidos, etc., donde tienen menos privacidad, aumenta su exposición al acoso y a la violencia de género. Se calcula que unas 294.000 mujeres y niñas necesitan servicios de atención a la violencia de género de carácter legal, sanitario y psicosocial³⁴.

Hay evidencia de que la prevalencia del matrimonio precoz de las niñas ha ido en aumento en los últimos años, especialmente en las comunidades que viven una mayor situación de pobreza y hacinamiento³⁵. Según datos de PCBS de 2014, el 28.6% de las

33 016 Humanitarian Needs Overview, OCHA tPo, noviembre 2015

34 2016 Humanitarian Needs Overview, OCHA tPo, noviembre 2015.

35 Needs of women and girls in humanitarian action in Gaza. Gender Alert for the 2016 Response Plan, ONU Mujeres y OCHA tPo, agosto 2015, y Early Marriage in Gaza: Causes and Impact, Palestine (Draft), Women's Affairs Center, 2015.

mujeres de la franja de Gaza menores de 49 años se casaron antes de los 18 años y el 2.8% antes de los 15 años (en Cisjordania este último dato es del 1.6%). Las condiciones de vida precarias y el hacinamiento, particularmente entre las personas desplazadas internas, junto con la pérdida de medios de vida lleva a las familias a recurrir a medidas como el abandono de la escuela o el matrimonio temprano de las niñas, visto como un mecanismo de protección para las niñas y un alivio de la carga económica que supone un miembro menos dependiente de la familia³⁶.

La inseguridad en la vida de las personas desplazadas internas, la pérdida de medios de vida, el hacinamiento y la pérdida de las redes sociales familiares crean un mayor sentido de urgencia para casar a las niñas adolescentes a la edad de 15 años. Esto es percibido como una medida de protección para las niñas, así como un alivio de la carga económica que supone un miembro menos dependiente de la familia. El matrimonio precoz implica a menudo que las niñas abandonen la escuela como resultado de la presión familiar o a prácticas de la escuela.

Tener estatus de refugiada de Palestina supone enfrentar grandes dificultades, pero tener además una discapacidad agrava estas dificultades y vulnerabilidades, especialmente en el caso de las mujeres, niños y niñas. La discriminación, el aislamiento y la exclusión hacen que las personas con discapacidad sean más vulnerables a la violencia, el abuso, el abandono y la explotación. Los niños y niñas con discapacidad tienen tres a cuatro veces más probabilidades de ser víctimas de la violencia. Las niñas y mujeres con discapacidad sufren la violencia, el abuso y la explotación con el doble de frecuencia que las mujeres sin discapacidad, durante un período de tiempo más largo, y sufren lesiones más graves como resultado de la violencia. Las mujeres solteras con discapacidad tienen más probabilidades de padecer discriminación y marginación³⁷.

SALUD

Mientras que las limitaciones en la circulación obstaculizan el acceso a la asistencia sanitaria de toda la población, mujeres, niños y niñas enfrentan riesgos particulares. La inseguridad alimentaria y una dieta pobre en micronutrientes conlleva que el 70% de los bebés entre 9 y 12 meses, y un 35% de las mujeres embarazadas padezca anemia.

La deficiencia de hierro tiene un impacto directo en la morbilidad y mortalidad materna y fetal. Por primera vez en las últimas cinco décadas, la tasa de mortalidad infantil en la franja de Gaza ha aumentado (hoy es de 22,4 por cada mil nacidos vivos, mientras que en el año 2008 esa tasa era de 20 de cada mil). Los cortes de electricidad, la falta de medicamentos y la dificultad para introducir equipos sanitarios fruto de la ocupación y el bloqueo pone en riesgo la salud de los y las recién nacidos, en particular durante las ofensivas militares israelíes. Durante Margen Protector, 40.000 mujeres embarazadas quedaron privadas del acceso a los servicios de salud por las dificultades que conllevaba acceder a los centros sanitarios.

36 *Needs of women and girls in humanitarian action in Gaza. Gender Alert for the 2016 Response Plan*, ONU Mujeres y OCHA tPo, agosto 2015.

37 *Supporting persons with disabilities. Disability Programme Fact Sheet*, UNRWA, 2016.

Los cortes de electricidad, la falta de medicamentos y la dificultad para introducir equipos sanitarios fruto de la ocupación y el bloqueo pone en riesgo la salud de los y las recién nacidos

El Muro obliga a unas 60 comunidades palestinas en Cisjordania, en las que viven 190.000 personas, a tomar rutas entre dos y cinco veces más largas para acceder a servicios básicos como escuelas y hospitales. Organizaciones humanitarias como UN-RWA y la Autoridad Palestina cuentan con sistemas de clínicas móviles para atender a aquellas poblaciones que no cuentan con centros de salud cercanos o cuyo acceso a los mismos se ve dificultado por el Muro u otro tipo de obstáculos. Los servicios de atención primaria y hospitales en la franja de Gaza son inadecuados, sobre todo para el tratamiento de enfermedades no transmisibles y crónicas, como diabetes, hipertensión o cáncer, requiriendo en algunos casos salir de la franja para recibir esos tratamientos, con las dificultades que esto conlleva, como ya se ha mencionado.

El Muro obliga a unas 60 comunidades palestinas en Cisjordania a tomar rutas entre dos y cinco veces más largas para acceder a servicios básicos como escuelas y hospitales

En Gaza, el trauma psicológico, la pobreza y la degradación del medio ambiente tiene un impacto negativo en la salud física y mental de la población. Según datos de *Gaza Community Mental Health Programme*, organización no gubernamental palestina, el 51% de la población menor y el 31% de la población adulta de la franja sufría estrés postraumático tras la ofensiva de Margen Protector.

AGUA Y SANEAMIENTO

Sólo el 53% de los hogares en el tPo están conectados a la red de saneamiento y tratamiento de aguas residuales (sólo 30% de las comunidades del Área C), con los consecuentes problemas de salud que esto comporta. El precio del agua se ha disparado debido al incremento de los costes de transporte y a la falta de acceso a las fuentes tradicionales de agua.

Se estima que en Cisjordania aproximadamente un millón de personas viviendo en 492 comunidades consumen menos de 60 litros al día por persona, lo que está lejos de las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS) de 100 litros diarios por persona. El consumo de agua en la franja de Gaza es de 90 litros por persona y día, por debajo de los índices recomendados por la OMS, agua que además presenta una baja calidad. Más del 90% del acuífero está contaminado y no cumple los estándares internacionales para el consumo humano. El acuífero de Gaza podría quedar inservible al 100% en el año 2016 y el daño sería irreversible en 2020³⁸.

Más del 95 millones de litros de aguas residuales sin tratar o parcialmente tratadas, son vertidas cada día al Mediterráneo, con el consecuente riesgo para la salud y para el sec-

38 *Gaza in 2020, a Liveable Place?* United Nations Country Team in the oPt, agosto 2012.

tor pesquero. El bloqueo a la entrada de materiales de repuesto y los continuos cortes eléctricos han impedido la construcción de infraestructuras de agua y saneamiento.

Sólo el 53% de los hogares en el tPo están conectados a la red de saneamiento y tratamiento de aguas residuales

El 40% de los hogares de Gaza reciben agua corriente entre unas 5 – 8 horas cada 3 días a la semana³⁹. Esto afecta a la capacidad de las mujeres de disponer de tiempo para sus propias necesidades y de desarrollar actividades generadoras de ingresos. La división tradicional de roles hace que mujeres y niñas sean las principales responsables de las tareas domésticas, como el abastecimiento de agua, a las que tienen que dedicar más tiempo.

Más del 95 millones de litros de aguas residuales sin tratar o parcialmente tratadas son vertidas cada día al Mediterráneo

EDUCACIÓN

La educación es muy importante para la población palestina. La tasa de alfabetización asciende al 96,4% de la población palestina y el 22.7% de la población mayor de 10 años cuenta con 13 años de estudio. El sistema educativo palestino opera en un entorno caracterizado por la inestabilidad permanente y la violencia. Las operaciones militares y las agresiones de los colonos se producen durante el horario escolar y en algunos casos hieren directamente a los niños y niñas.

En Cisjordania, a veces niños y niñas tienen que cruzar controles militares israelíes o tomar caminos más largos que no solían llevar más de 5 minutos para rodear obstáculos diversos que les permitan llegar a la escuela. Además del tiempo, hay que sumarle los costes del transporte. Treinta y nueve escuelas construidas en la zona C estaban amenazadas de demolición según OCHA en agosto de 2013. Se calcula que el número de niños y niñas que abandonan la educación en el duodécimo grado es del 40%.

El sistema educativo palestino opera en un entorno caracterizado por la inestabilidad permanente y la violencia

En la franja de Gaza, el bloqueo y los efectos de las ofensivas militares israelíes Plomo Fundido y Margen Protector han generado numerosas necesidades en términos de infraestructuras. Antes de Margen Protector, había una necesidad de 250 escuelas nuevas, necesidad que se ha visto aumentada ante los daños de diferente grado sufridos

39 2016 Humanitarian Needs Overview, OCHA tPo, noviembre 2015.

por escuelas de UNRWA (83) y gubernamentales (189)⁴⁰. Para paliar esta falta, el 80% de las escuelas gubernamentales y el 93% de las de UNRWA hacen turnos dobles⁴¹.

Un alto porcentaje de niños y niñas presenta cuadros de ansiedad y de estrés a consecuencia de la violencia

Las escuelas cercanas a la valla fronteriza de Gaza están especialmente sometidas a disparos, por lo que han resultado heridos 17 niños y niñas desde septiembre de 2011. Para asegurar la integridad de los menores, los padres y personal de las escuelas trabajan por encontrar rutas escolares seguras aunque sean más largas. A pesar de estas medidas, un alto porcentaje de niños y niñas presenta cuadros de ansiedad y de estrés a consecuencia de la violencia.

INSEGURIDAD ALIMENTARIA Y MEDIOS DE VIDA

La seguridad alimentaria es una de las mayores preocupaciones humanitarias en el tPo. No es una mera cuestión de acceso a los alimentos, sino más bien una cuestión de poder adquisitivo y de acceso económico a la alimentación. Como ejemplo, una familia en Cisjordania invierte de media el 55% de sus ingresos en alimentación, una cifra que baja hasta el 48% en Gaza.

El 27% de los hogares del tPo (el 47% de los hogares en Gaza, el 16% de los de Cisjordania, 39% de los que viven en campos de refugiados y 32% de los encabezados por mujeres), un total de 1.6 millones de personas, padece inseguridad alimentaria⁴² debido principalmente a la ocupación, el conflicto, las restricciones a la movilidad de bienes y personas, al alza de los precios y al creciente desempleo.

Aproximadamente el 50% de la población palestina tiene deficiencia de más de un micronutriente

Tras la ofensiva de Margen Protector, OCHA calcula que el 73% de la población de Gaza padece inseguridad alimentaria. Se estima que un 26,6% de la población vive en absoluta pobreza (18,4% en Cisjordania y 40,3% en Gaza), con menos de 3,5 dólares diarios. Como consecuencia, en la franja de Gaza el 80% de los hogares dependen de la ayuda humanitaria.

Según datos de 2015, la tasa de desempleo es del 41,5% en la franja de Gaza y 15,4% en Cisjordania. Esta tasa es particularmente alta entre las mujeres (63,6%), la población joven entre 15 y 29 años (62%), y las mujeres jóvenes (82,6%) en la franja de Gaza⁴³. Es,

40 2015 Strategic Response Plan oPt, OCHA tPo.

41 Ibid / Idem.

42 2016 Humanitarian Needs Overview (complete document and Dashboard), OCHA tPo, noviembre 2015.

43 2016: Humanitarian Needs Overview, OCHA tPo, noviembre 2015 y *The Gaza Strip: The long-term impact of the 2014 hostilities on women and Girls*, OCHA tPo, diciembre de 2015.

por otro lado, la tasa de participación de las mujeres palestinas en la fuerza laboral del 19.4% igualmente muy baja comparada con la tasa de hombres que alcanza el 71.5%. La desigualdad entre hombres y mujeres también se refleja en la brecha salarial: las mujeres palestinas reciben el 75.8% del salario diario de los hombres (PCBS, 2016).

Aproximadamente el 50% de la población palestina tiene deficiencia de más de un micronutriente. Es particularmente alarmante la situación de las jóvenes adolescentes gazatíes, un 72% de las cuales tiene déficit de vitamina D y un 64% de vitamina A⁴⁴. La subida de los precios y la bajada del poder adquisitivo ha llevado a desarrollar estrategias de supervivencia como el consumo de alimentos más baratos y pobres en nutrientes (56% de la población de Gaza), la venta de objetos personales, la reducción del número de comidas por día (36%) el incremento del endeudamiento de las familias, el abandono de la escuela por parte de los menores (especialmente las niñas), la reducción del gasto en sanidad o la sobreexplotación de los recursos naturales, entre otras.

Las mujeres palestinas encuentran poco espacio en el mercado laboral formal, por lo que muchas trabajan en el sector informal

En Cisjordania, las restricciones en el movimiento y al acceso de los recursos del Área C, donde se encuentra una parte importante de la tierra y los recursos palestinos, las demoliciones de estructuras, la expansión de los asentamientos ilegales israelíes afecta y deteriora los medios de vida de la población palestina. En 2015, las demoliciones y la confiscación de medios de producción han doblado las del año 2014 (174 frente a 81, respectivamente), y 163 comunidades han reportado un descenso en su acceso a la tierra, en su mayoría en el Área C y Jerusalén Este⁴⁵.

La población agricultora de la franja de Gaza no tiene acceso al 35% de la tierra cultivable disponible debido a las restricciones de acceso impuestas por Israel a las zonas cercanas a la frontera (Áreas de Acceso Restringido, ARA en sus siglas en inglés) y a la parte norte de la franja. Durante el año 2015, resultaron 80 personas palestinas muertas y 80 heridas al acceder a estas zonas frente a las 5 muertas y 143 heridas (sin contar con las víctimas de la operación Margen Protector) de 2014⁴⁶. Los pescadores sólo pueden adentrarse seis millas náuticas en el mar para pescar, lo que representa una reducción del 73% del área de pesca pactada en los Acuerdos de Oslo (20 millas náuticas). En el año 2014, 59 pescadores fueron arrestados en el mar y 27 barcos confiscados.

A pesar de que la división tradicional de roles relega a las mujeres al espacio doméstico y a los hombres al trabajo asalariado fuera del hogar, el alto número de hombres asesinados, heridos o en prisión ha llevado a que las mujeres tengan un papel mucho más relevante en el cuidado y el sustento familiar, la provisión de agua y comida, y el acceso a la educación de sus hijos e hijas. Sin embargo, las mujeres palestinas en-

44 2016: *Humanitarian Needs Overview*, OCHA tPo, noviembre 2015 y *The Gaza Strip: The long-term impact of the 2014 hostilities on women and Girls*, OCHA tPo, diciembre de 2015.

45 2016: *Humanitarian Needs Overview*, OCHA tPo, noviembre 2015.

46 *Fragmented lives. Humanitarian Overview 2015*, OCHA tPo, junio 2016.

cuentran poco espacio en el mercado laboral formal, por lo que muchas trabajan en el sector informal, como agricultoras, costureras o vendedoras, la mayoría de las veces en condiciones precarias y carentes de derechos.

Tras la ofensiva militar de 2014 en la franja de Gaza, las mujeres y las niñas han asumido más responsabilidades, sintiéndose muchas veces sobrepasadas por la situación, estresadas o deprimidas por las pérdidas repentinas o por ese aumento de responsabilidades. El daño a las tierras agrícolas y de pastoreo durante esta ofensiva ha tenido un impacto significativo en las oportunidades de empleo disponibles para mujeres.

A veces se convierten en cabeza de familia (8% de los hogares gazatíes⁴⁷), manteniendo a sus hijos e hijas económica y emocionalmente. Esta labor, relacionada con el cuidado y la sostenibilidad de la vida, habitualmente invisibilizada, permite a las comunidades mantenerse y afrontar los impactos de la ocupación y bloqueo israelíes. A su vez, este cambio de roles produce o aumenta la depresión, el estrés y el desempoderamiento de los hombres por su incapacidad de proveer a la familia de las necesidades más básicas, según les ha enseñado la sociedad patriarcal en la que viven, lo cual conlleva muchas veces a situaciones de violencia de género.

PARTICIPACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LAS MUJERES

Las mujeres palestinas han jugado un papel fundamental en la política, tal y como se muestra en el capítulo anterior. Actualmente, se encuentran subrepresentadas en los espacios públicos y de toma de decisiones debido a las restricciones a la movilidad, los valores patriarcales de la sociedad y las dificultades de acceso al empleo.

Las mujeres palestinas se encuentran subrepresentadas en los espacios públicos y de toma de decisiones

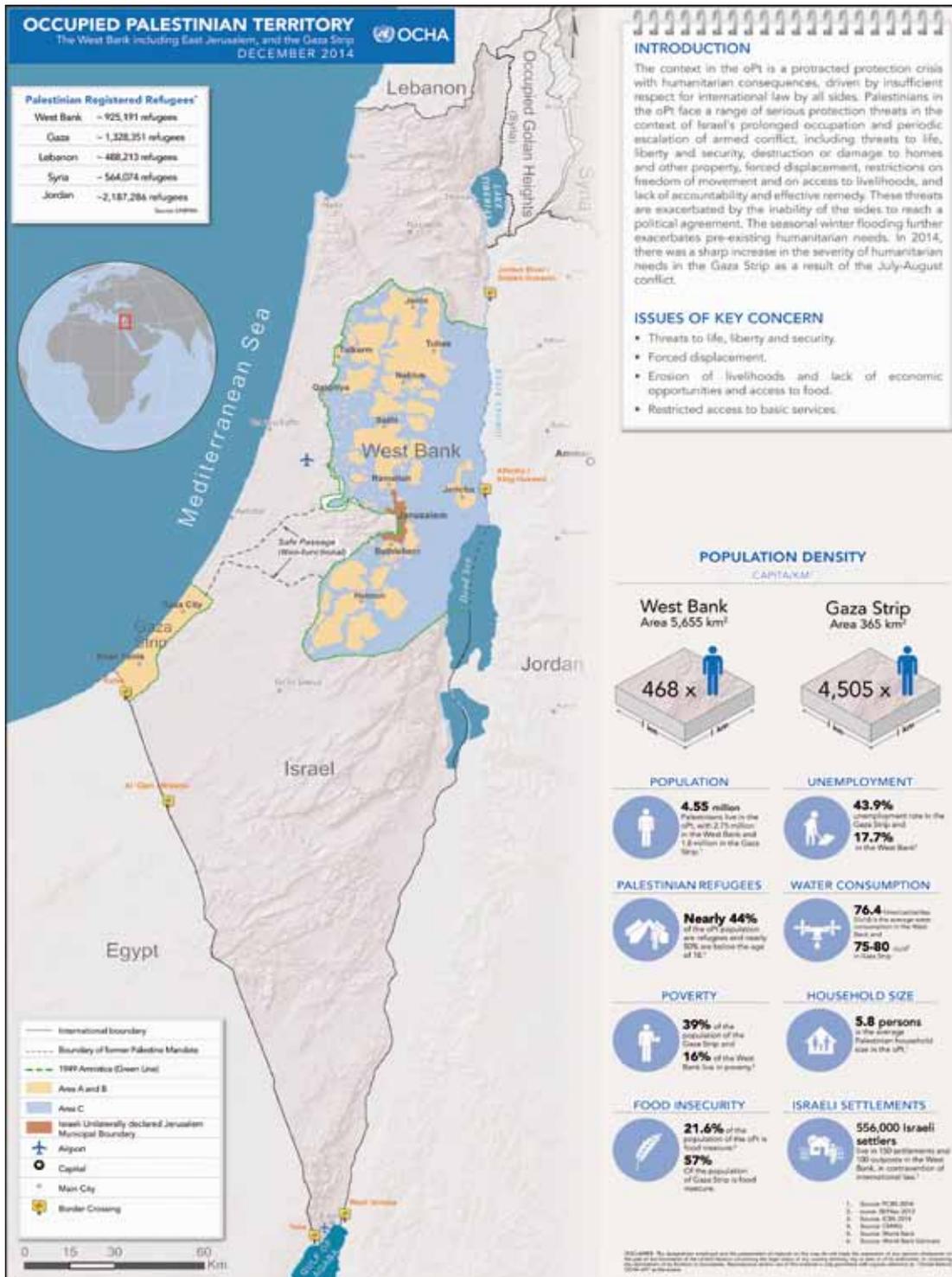
En las elecciones legislativas de 2006⁴⁸, las mujeres ganaron 12,9% de los escaños en el Consejo Legislativo Palestino (PLC), 12% de los escaños en Cisjordania y 15% de los escaños en Gaza. El porcentaje de mujeres candidatas fue del 11,2% (4,3% a nivel local y 16,9% a nivel nacional) a pesar de que el 46% de las personas que votaron eran mujeres. Ocupan 3 de los 17 puestos de nivel ministerial del gobierno de la Autoridad Palestina formado en septiembre de 2015. Durante ese año, el Consejo Central Palestino de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) anunció que adoptaría una cuota del 30% de representación femenina en las instituciones de Palestina, en respuesta a la demanda expresada por la Unión General de Mujeres Palestinas. La representación de las mujeres en los Comités Populares, encargados de la dirección de los campos de refugiados, es muy limitada. El 15,6% de jueces, el 3,4% de agentes policiales y 25% de periodistas son mujeres⁴⁹.

47 *The Gaza Strip: The long-term impact of the 2014 hostilities on women and Girls*, OCHA tPo, diciembre de 2015

48 *Women, political participation and decision-making. Fact Sheet. ONU Mujeres, 2013.*

49 Nota de prensa del 8 de marzo "Día Internacional de la Mujer" del año 2016 del PCBS.

Mapa del territorio Palestino ocupado, diciembre 2014, OCHA







HISTORIAS DE VIDA



ADMA KHOURY:

“No podemos vivir en Iqrit, sólo morir”

Por Beatriz Lecumberri

Adma Khoury era una niña de 12 años cuando el ejército del recién creado Estado de Israel llegó a su pueblo, Iqrit, situado a unos tres kilómetros de la frontera libanesa, a finales de 1948. Tiene aquel día grabado en la memoria. Recuerda perfectamente como los vecinos y vecinas, entre ellos sus padres, izaron rápidamente una bandera blanca en el campanario de la iglesia ante la llegada de los militares israelíes. Eran campesinos y ganaderos, cristianos, estaban desconcertados y en ningún caso querían violencia.

Los soldados se quedaron varios días en el pueblo y comprobaron que no había presencia de guerrillas árabes, pero una mañana dijeron a sus habitantes que tenían que salir de sus casas durante dos semanas ya que la zona no era segura. Las 600 personas que vivían en Iqrit fueron trasladadas a Rameh, una localidad cercana, también en territorio israelí.

“Aún visualizo la escena: todos los niños y niñas del pueblo estábamos emocionados y contentos porque íbamos a montarnos en aquellos autobuses. Nos parecía algo divertido”, explica Adma, hoy con 80 años, mientras prepara café con pastas en su humilde casa del centro histórico de la ciudad israelí de Haifa, al norte del país.

La evacuación de Iqrit se hizo en cuestión de horas. Sólo el cura del pueblo y algunos hombres pudieron quedarse algunos días para cuidar de las tierras antes de ser también obligados a marcharse. El pueblo quedó convertido en un puñado de casas silenciosas abandonadas precipitadamente por quien está seguro de regresar. El plan inicial preveía un rápido retorno, pero la realidad es que nunca se pudo volver. Con el paso de los meses, los vecinos de Iqrit, confinados en Rameh, comenzaron a inquietarse por su suerte e iniciaron acciones legales ante la justicia israelí.



*Aún tengo esperanza de que algo bueno ocurra.
La perderé el día en que muera*



“Mis padres fueron algunas veces a casa, pero necesitábamos un permiso especial del ejército para hacerlo. Sólo iban para revisar que todo estuviera en orden y a dar una vuelta por las tierras. Nunca nos mudamos ni sacamos nada de nuestra casa porque estábamos convencidos de volver”, sigue recordando Adma.

En 1951 el Tribunal Supremo de Israel emitió una sentencia a favor del retorno de los habitantes de Iqrit, pero semanas después, la familia de Adma se enteró por la radio de que el pueblo había sido totalmente destruido el día de Navidad en cumplimiento de una orden militar israelí.

“Desde entonces no podemos vivir en Iqrit, sólo morir. Probablemente sea ése también mi destino”, sentencia entre lágrimas esta anciana. Adma hace referencia a los permisos que los habitantes de Iqrit y sus descendientes reciben desde los años 70 para ser enterrados en el cementerio del pueblo, lo único que quedó en pie tras el bombardeo, junto con parte de la iglesia.

Pese a que Iqrit sólo representa 12 años en la vida de Adma, el pueblo, su destrucción, el calvario del destierro y el anhelo del retorno han marcado su existencia.

Aún hoy, no puede describir la frustración de sus padres, la estéril lucha de décadas por el retorno y las infinitas acciones ante la justicia israelí sin emocionarse. Hablar de casa es para ella hablar de Iqrit.

“Éramos felices, autosuficientes y la tierra nos bastaba para vivir. Mi infancia fue maravillosa y quien ha estado en Iqrit puede entenderlo. Es un paraíso perdido”, dice.

Adma tiene razón. Los restos de Iqrit se sitúan en una frondosa colina verde, en el extremo norte de Israel donde el cielo es azul intenso la mayoría de los días del año y la naturaleza se muestra generosa. En la parte baja del pueblo, se sitúa ese cementerio del que Adma habla y que no para de crecer. Subiendo la ladera aún se distinguen en el suelo las marcas de la antigua calzada y algunos restos de casas, invadidos ya por los árboles y la maleza.

“Sé perfectamente encontrar el lugar en que estaba la puerta de mi casa”, asegura.

La iglesia de Santa María corona la colina. Los habitantes de Iqrit eran católicos melquitas y mantienen viva su fe hasta hoy. El modesto campanario resuena en las fiestas señaladas como Pascua o Navidad y en una misa que se celebra una vez al mes y a la que Adma nunca falta. Últimamente, sus visitas se han espaciado por los problemas de salud de su esposo, Bulus, también natural de Iqrit, que necesita un andador para desplazarse.

“Cuando llego a Iqrit y subo a la iglesia estoy feliz, llena de energía. Pero marcharme es durísimo”, dice, mientras las lágrimas brotan de nuevo.

“Intento imaginarme cómo debería haber sido nuestra vida, la de nuestra familia, que lleva décadas separada y dispersada, e imagino a todo el pueblo reunido. Aún tengo esperanza de que algo bueno ocurra. La perderé el día en que muera”, continúa.

En el momento de la entrevista faltan dos días para que toda la familia acuda al pueblo a celebrar la misa de Pascua y en el rostro de esta mujer se adivina la emoción.

“¿Por qué nos tocó a nosotros y otros pueblos cristianos vecinos no sufrieron ningún daño? Llevo décadas haciéndome esta pregunta”, piensa en voz alta. Adma hace alusión a aldeas cristianas como Fassuta o Mi'ilya, situadas a pocos kilómetros, que fueron preservadas. También menciona Shomera, un pueblo israelí nacido en el término municipal de Iqrit y situado aún más cerca de la frontera con Líbano. Esta cercanía con Líbano fue una de las razones que justificaron la orden militar israelí de salida del pueblo en 1948.

La familia de Adma se quedó varios años en Rameh. Su padre, que trabajaba para la policía británica antes de la creación del Estado de Israel, encontró empleo en otra plantación de olivos y los años fueron pasando. En 1961 Adma se casó con Bulus Khoury. Eran vecinos en Iqrit y volvieron a ser vecinos en Rameh. Ambos recuerdan el inicio de su noviazgo compartiendo risas cómplices. “En Rameh había muchos musulmanes y se reían cuando nos veían bailar juntos. Para ellos era algo inaudito”, citan. Bulus encontró trabajo como carnicero en Haifa y se mudaron a la casa en la que viven hasta hoy.

“De nuestra generación mucha gente se casó con personas del pueblo porque ya nos conocíamos y sentíamos la confianza necesaria. Pero también hubo personas que prefirieron esperar para casarse, convencidas de que volveríamos al pueblo y retomarían su vida entonces. Son gente que ha renunciado prácticamente a su vida, que no tuvo familia”, explica, ante la mirada sonriente y bonachona de su esposo.

Adma tiene la apariencia inconfundible de muchas señoras cristianas de su edad: lleva el cabello corto y teñido con esmero, viste pantalones y luce su alianza de casada y una medalla con un crucifijo. Su casa está decorada con las fotos de sus seis hijos y 15 nietos y una gran imagen de la iglesia de Iqrit. “En todas las casas de las familias de Iqrit está esta misma imagen”, explica.

Ella y su familia regresaron al pueblo por primera vez en los años 70, cuando Iqrit dejó de ser un área militar cerrada. Volvieron con los niños y se instalaron en la iglesia y en los alrededores, en tiendas de campaña o precarias cabañas.



No fueron la única familia que tomó esta decisión y entre todos hicieron turnos para que siempre hubiera alguien en el pueblo, sin que nadie tuviera que abandonar sus trabajos o la educación de los niños. Adma y su familia se quedaron cinco años, esperando una decisión de la justicia para reconstruir que nunca llegó.

“Era duro. No había carretera y teníamos que transportar todo a pie o con burros: la comida, los colchones, los niños... Pero empezamos a reconstruir y a plantar aunque los israelíes siempre venían y arrasaban todo”, lamenta.

En aquella época, en Israel se hablaba de Iqrit. Adma participó en numerosas manifestaciones al principio multitudinarias y con el tiempo menos numerosas. El movimiento se fue apagando y la gente fue regresando poco a poco a sus vidas cotidianas hasta que hace una década comenzó a resurgir, gracias a una generación de descendientes que rescató la lucha de sus abuelos.

“Eran otros tiempos, pero ésta es una batalla donde hombres y mujeres han peleado por igual. Lo hemos hecho todo juntos, éramos un pueblo entero que luchaba. Y para nosotros ésta era una batalla real, no simbólica. Realmente queremos volver. Si me dan una casa, regreso hoy mismo, pero no existe la menor posibilidad”, explica, de nuevo emocionada.

En 1995, una comisión gubernamental volvió a recomendar el retorno de los habitantes de Iqrit, además de una compensación económica. Pero nada fue hecho y en 2003, el entonces primer ministro israelí Ariel Sharon estimó que el retorno era inviable por razones de seguridad y el caso Iqrit sigue congelado.

Sus habitantes se dicen discriminados por ser palestinos y por ser cristianos. Su historia es otro rostro de la *Nakba* la catástrofe, en árabe, expresión que define el éxodo al que se vieron forzados más de 700.000 palestinos tras la creación del Estado de Israel. Adma forma parte de ese 20% de árabes-israelíes, es decir, aquéllos que se quedaron tras la creación del Estado de Israel y sus descendientes. En su caso, tras la guerra de 1948 formó parte de un país con el que no se identificaba por idioma, cultura y religión. Desde siempre se ha sentido una “ciudadana de segunda” y hasta hoy no tiene amigos israelíes pese a que habla bien hebreo y vive en un barrio en el que conviven judíos, musulmanes y cristianos.

“Yo soy palestina, cristiana y de Iqrit. No me defino como israelí. Israel nos ocupó pero yo sigo siendo palestina”, afirma.

Sus seis hijos, sin embargo, están perfectamente integrados en la sociedad israelí, han sido alfabetizados en árabe y hebreo, se casaron con personas totalmente ajenas al pueblo y no tienen la identidad desgarrada de los padres.

Adma apenas terminó la escuela primaria y no pudo ir a la universidad. Es una mujer sencilla y discreta que saca una fuerza sorprendente cuando habla de su lucha por Iqrit. Uno de sus grandes orgullos es haber podido ofrecer estudios superiores a sus hijos. “A los chicos y a las chicas. Nuestras tres hijas fueron a la universidad, las tres tienen su carrera y trabajan. Las mujeres ahora tienen un protagonismo que en mi época era impensable. Y me parece muy bien. Es algo necesario”, explica.



Ésta es una batalla donde hombres y mujeres han peleado por igual



La mayor parte del día la pasa en casa con su esposo, que no puede salir a la calle sin ayuda. Viven en un segundo piso sin ascensor y eso limita enormemente sus movimientos. Sus nietos vienen a menudo, prácticamente todos los días. Uno de ellos, Julian, acaba de irrumpir en casa de sus abuelos para merendar. “A veces voy a misa sola, pero no quiero dejarlo tiempo solo en casa”, explica.

“Pero Dios me ha ayudado mucho. Gracias a mi fe he mantenido la esperanza. Además, lo único que quedó en el pueblo fue la iglesia, una iglesia que se convirtió en nuestra casa”, agrega.



Adma se considera afortunada porque a diferencia de los palestinos y palestinas de Cisjordania y Gaza ella ha sido libre para viajar, ha conocido países como España, Grecia o Turquía y cuando quiere puede visitar a puntos de Cisjordania como Belén o Nablus. “Pese a todo es más fácil vivir aquí que bajo ocupación en Ramallah”, considera.

Desde Haifa, una de las ciudades israelíes donde diferentes pueblos y religiones han conseguido articular una coexistencia a menudo pacífica, el conflicto palestino-israelí parece a veces lejano. A Adma las rondas de negociaciones, hojas de ruta, fronteras de 1967, etc. le parecen cuestiones demasiado complejas. Su noción de paz es mucho más básica. “Dos Estados, un Estado... nosotros sólo queremos vivir en paz y la paz pasa por el retorno. Israel es responsable de nuestra salida y nos tienen que dejar volver”, insiste.

A Adma también le cuesta soñar, saber si cambiaría algo si pudiera dar marcha atrás o pensar en cuál es su mayor deseo. Una resignación sincera y bondadosa preside su existencia y acepta su vida tal y como es. “Si mi familia está bien yo también lo estoy”, repite en varias ocasiones.

“Creo que si tuviera 20 años de nuevo estudiaría e intentaría trabajar con niños y niñas pequeños, que siempre fueron mi pasión, junto con nuestra lucha por el retorno. Pero pese a mi tristeza creo que no podemos vivir anclados en el pasado y a mis 80 años yo miro hacia el futuro”, se despide, sonriente.

“ La sociedad no me acepta, ¿por qué tengo que preocuparme yo de la sociedad? ”



Por Isabel Pérez

En la oficina de una productora audiovisual de Gaza, un grupo de gazatíes, camarógrafos, editores y corresponsales, todos ellos hombres, discuten sobre la inestable situación en la que está sumido Oriente Medio. Amjad aparece por la puerta, tras dar los buenos días con una espléndida sonrisa, la joven se sirve un café e interviene en la conversación. Sus compañeros la miran y le dicen con aire sarcástico: - Pero, ¿tú sabes de estos temas?

LA EDUCACIÓN, LA PUERTA AL FUTURO

Amjad Saed Shabat tiene 25 años y es parte de la tercera generación de refugiados de Palestina que se asentaron en Beit Hanoun, norte de la franja de Gaza, cuando fueron expulsados de sus hogares en 1948. Hoy vive en la ciudad de Gaza, donde sus padres se mudaron cuando ella y su hermana eran todavía pequeñas.

“Vivimos en un piso en una zona tranquila de Gaza. El piso es propiedad de mi madre. En Beit Hanoun vivíamos de forma tradicional: en la casa familiar dividida por pisos para las parejas y sus hijos. - Explica Amjad.- La diferencia entre Beit Hanoun y Gaza está en la mentalidad. En Gaza la gente es menos tradicional y cerrada. La mudanza a Gaza me ayudó a formar mi modo de pensar”.

En el piso donde habita Amjad sólo hay mujeres: madre y dos hijas, su padre murió de cáncer en 2009. La joven denuncia que los largos periodos de cierre del paso fronterizo de Rafah con Egipto, que comenzaron cuando, en 2007, Hamás subió al poder en la franja de Gaza, afectaron negativamente a pacientes de cáncer como su padre. Israel prohíbe la entrada a Gaza del material hospitalario necesario para tratarlos, así que las personas enfermas deben viajar fuera para acudir a otros hospitales.

“Mi padre era profesor en un colegio de UNRWA y después de los acuerdos de Oslo y la formación de la Autoridad Palestina se hizo policía.- Relata la joven.- Mi madre trabajó en una guardería. Cuando mi padre murió seguimos cobrando una pensión del gobierno palestino. Somos una familia pequeña, no pagamos alquiler, así que no sufrimos muchos problemas económicos”.

Amjad cuenta cómo sus padres empezaron a ahorrar para enviar a sus hijas a la universidad cuando todavía éstas eran muy pequeñas. Querían que ocurriera lo que ocurriera, ellas tuvieran estudios universitarios. La educación era lo más importante.

“Mi padre quería que estudiase Medicina. Aquí en Gaza es una obsesión de los padres en general. Antes de morir habló seriamente con mi madre y mis tíos, y les pidió que me apoyaran incluso si quería ir a estudiar a Egipto.- Amjad toma aire y continúa.- Mi padre murió un mes antes de que yo hiciera la selectividad”.

La joven Amjad no quería abandonar Gaza, tampoco estudiar Medicina. Ella quería estudiar Literatura y vivir con su madre:

“Le dije a mi madre: ‘si quieres que me pase catorce años estudiando Medicina en Egipto, iré’. Así la convencí y me quedé en Gaza. Elegí la carrera de literatura inglesa y francesa”.

A pesar de haber estudiado literatura extranjera, Amjad adora la literatura árabe. Sus escritos favoritos son el libanés Amir Maalouf y el palestino Ghassan Kanafani.

“Kanafani es fascinante. Era un hombre guapo, inteligente, luchador.- Dice Amjad.- Él explicó la situación de Palestina de un modo anacrónico, de modo que hoy todo lo que escribió es totalmente válido. Cada vez que leo ‘Volver a Haifa’, como hija de refugiados que soy, lloro”.

AMJAD QUIERE, AMJAD PUEDE

Al finalizar la universidad, en 2014, Amjad se topó con una cruda realidad difícil de cambiar. El bloqueo en Gaza había alcanzado su culmen con el cierre de los túneles que unían la franja con Egipto y ahora se precipitaba al vacío. Para jóvenes recién licenciados esto se traduce en un 60% de tasa de desempleo. Encontrar un trabajo era inverosímil, pero no imposible. Amjad quería trabajar.

“Tengo inglés y francés, lo cual es destacable.- Reconoce una Amjad optimista.- Vi que el sector público es muy hermético, así que me fui a por el privado”.

Su primer trabajo comenzó en enero de 2014. Un amigo le dijo que una productora audiovisual necesitaba a alguien.

“Soy muy habladora- asegura Amjad,- y buena relaciones públicas, así que la entrevista fue fácil. Tampoco me hicieron muchas preguntas. Eso sí, me preguntaron si estaba casada porque no querían chicas casadas. Esto pasa mucho en Gaza, no quieren mujeres que un día puedan quedarse embarazadas”.

Amjad destaca también que en la productora no quisieron informarle sobre el salario.

“Cuando le pregunté por el salario, me dijo que no se hablaba de salario en el primer encuentro”, dice Amjad riéndose y negando con la cabeza mostrando total rechazo.

La joven fue aceptada para el puesto de trabajo que requería la búsqueda y contacto de nuevos canales de televisión.

“Todos mis colegas eran chicos. Como hablo inglés y tengo un carácter fuerte, pude imponer algo de respeto. - Aclara Amjad.- Pero había algunos que no me hablaban. Recuerdo que había un islamista radical él no me decía ni hola. Yo tampoco le hablaba”.

Con la confusa situación de tener que lidiar con un trabajo nuevo, sobre el cual no le dieron mayores explicaciones, y con ciertos comportamientos machistas, Amjad reconoce que el respeto que se ganó no fue realmente lo que ella esperaba:



Todos mis colegas eran chicos. Como hablo inglés y tengo un carácter fuerte, pude imponer algo de respeto



“Ellos siempre encontraban una razón para mofarse de mí. Yo soy curiosa, pregunto mucho. Cuando se me ocurría preguntar sobre la edición de videos se reían de mí, cuando hablaban de política, también se reían de mí”.

El primer mes pasó sin que la joven cobrara un salario. En el segundo mes Amjad fue a la oficina del director y exigió que le informaran sobre este punto tabú:

“Me comentó que cobraría unos 500 NIS (115€) por más de ocho horas de trabajo diarias. Yo le contesté que mis colegas cobraban más y que yo tengo estudios superiores, ellos no. No me dio la razón, así que dejé el trabajo”.

Amjad siguió en búsqueda activa de trabajo durante meses. Hoy trabaja como traductora en inglés y árabe en una web de noticias, pero sólo durante unas pocas horas al día

LA BICICLETA

Amjad mira a su madre con cariño y veneración, ella formó parte del movimiento de mujeres palestinas durante los años 70 y 80. En plena Intifada palestina, unos islamistas le lanzaron fruta podrida por andar sin el *hijab*, el velo islámico que cubre el cabello. Desde entonces, la gran mayoría de mujeres musulmanas de Gaza lo porta.

“Mi madre es una mujer modelo para mí.- Asiente Amjad.- Es una mujer fuerte y está sacando adelante a dos hijas, sola. Mi familia es de mentalidad conservadora. Cuando



murió mi padre, mis tíos paternos querían controlar nuestras vidas, querían que les pidiéramos permiso siempre que saliéramos de casa, pero mi madre le dijo: ‘mis hijas tienen un solo padre y ha muerto, ahora son mi responsabilidad, tú no tienes poder ni sobre mí ni sobre mis hijas’. Discutieron y no se volvieron a hablar”.

Sin embargo, la madre de Amjad está preocupada: su hija está sobrepasando el límite de edad para casarse.

“Yo personalmente no pienso en casarme.- Niega Amjad.- Ya desde la universidad los padres les dicen a sus hijas que no dejen pasar la oportunidad de casarse. Muchas chicas estudian duro porque quieren ser activas y contribuir en la sociedad. Algunas, en el segundo semestre o tercero, se casaron y sé que han luchado por continuar sus estudios”.

Esta joven no sólo desafía los cánones del matrimonio tradicional de Gaza, también los sociales. Hace unas semanas decidió comprarse una bicicleta, un vehículo socialmente vetado a las mujeres.

“Me compré una bicicleta aun sabiendo a lo que me enfrento. No puedo comprarme un coche, así que la bicicleta es la mejor opción”, dice Amjad encogiéndose de hombros con una sonrisa desafiante.

Sin un mercado laboral igualitario, sin una sociedad totalmente consciente de la necesidad de acabar con la discriminación y la violencia de género, a la joven Amjad le queda mucho por lo que luchar y ella parece estar dispuesta a ello.

“La sociedad no me acepta, ¿por qué tengo que preocuparme yo de la sociedad? Además, yo creo que las mujeres aquí no van en bici porque no lo han probado nunca. Es como cuando mi madre empezó a conducir un coche. En aquella época la miraban y la insultaban, pero hoy en día muchas mujeres y chicas conducen en Gaza”, determina la joven con confianza.



“ Las palestinas
estamos
acostumbradas a un
segundo
plano ”

Por Beatriz Lecumberri

“Hay días en que me levanto y me pregunto quién soy realmente y en qué tierra vivo. Soy una madre de familia palestina, soy de Jerusalén pero me siento despojada de mi identidad”. Mientras piensa en voz alta, Ayat Gharabli mira desde una de las ventanas de su casa la impresionante pared de hormigón situada a pocos metros y la torreta de vigilancia del ejército. Es parte del Muro construido desde 2004 por Israel en Cisjordania y en torno a Jerusalén que pasa justo al lado del nuevo domicilio de Ahmad y Ayat Gharabli, en el barrio de Beit Hanina, en Jerusalén Este, al que se mudaron hace unos meses con sus tres hijos: Tía, Qusai y Yasmín.

Ellos están del “lado bueno” de esta barrera, pero la casa familiar, que pertenece al padre de su marido, quedó del “otro lado” y está vacía desde que los Gharabli se dieron cuenta de que se quedarían fuera de Jerusalén y se mudaron rápidamente para no perder su residencia en la ciudad.

“A veces prefiero no pensar mucho y seguir viviendo. Detrás de este muro también está mi país y nuestra casa, pero no puedo ir libremente y tengo que atravesar un control militar israelí. Tan cerca y tan lejos...”, suspira, señalando el otro lado de la pared de hormigón.

Al otro lado de la casa y visible también a través de una de las ventanas, se alza el asentamiento israelí de Nabi Iacov, donde el número de colonos aumenta “prácticamente cada día”, según Ayat. “En esta familia es imposible olvidar que vivimos bajo ocupación”, lamenta.

Los asentamientos de colonos israelíes en Cisjordania y Jerusalén Este son ilegales, según las disposiciones internacionales, y constituyen uno de los mayores obstáculos para una paz futura. En su informe anual de 2015, el Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos (OHCHR, según sus siglas en inglés) estimó que a finales de 2014, 570.000 personas vivían en estos asentamientos. Teniendo en cuenta que el ritmo de crecimiento de la población de estas colonias es de unas 14.000 personas por año, en estos momentos, unas 600.000 personas vivirían en estos asentamientos.

“Pese a todo, nunca he pensado en marcharme de Palestina”, continúa Ayat. “Me partiría el corazón alejarme de mis padres. La familia es lo más importante para mí”, dice esta palestina de 27 años, volviendo a concentrarse en el ir y venir de sus dos hijos pequeños, que corretean ruidosamente por la casa, y en la preparación del *makloubá* del mediodía, un tradicional plato palestino a base de arroz, verduras y carne.

Ayat es enfermera, terminó los estudios meses antes de casarse y nunca ejerció porque rápidamente se quedó embarazada y desde entonces se ocupa de sus hijos. Nada en su discurso denota frustración u obligación.



Detrás de este muro también está mi país y nuestra casa, pero no puedo ir libremente y tengo que atravesar un control militar israelí. Tan cerca y tan lejos...



“Aquí las mujeres tienen unos cuatro meses de baja maternal. No sé cómo hacen para poder volver a trabajar. Yo creo que los niños llegan sólo una vez en la vida y cuando los llevas a la guardería, está claro que no están bien. Ellos necesitan estar con su madre, jugar y aprender con ella. A los tres años irán al colegio. No creo que tres años dedicados exclusivamente a ellos sea tanto tiempo”, estima.

El sueño de Ayat es abrir una guardería junto con su hermana, dentro de dos años, cuando su hija pequeña cumpla cuatro. Le gusta trabajar con niños y niñas, sabe ocuparse de ellos y es un trabajo que le permitiría tener horarios correctos y estar disponible cuando su hijo y sus dos hijas salgan de la escuela. “Creo que nunca podré ejercer de enfermera. No lo veo compatible con mi familia, no podría trabajar durante la noche o hasta tarde durante el día”, admite.

Esta vida consagrada a sus tres hijos hace que esta palestina no recuerde la última vez que salió únicamente con su marido. Los restaurantes, los paseos o las escapadas a la playa son siempre en familia. “Me gustaría irme unos días con Ahmad a algún lugar, pero al mismo tiempo si me voy sin Tía, Qusai y Yasmín no estoy feliz, vivo

pendiente del teléfono, por si les ha pasado algo y me llaman". Tampoco sale por su cuenta con sus amigas y deja a los niños con su esposo. "En realidad ya no tengo amigas. Nos casamos todas y hemos perdido el contacto. Sólo nos hablamos por Facebook. Ellas también tienen niños y se ocupan de ellos. Además el trabajo de Ahmad hace que sea complicado dejarlos con él. Si pasa algo en Jerusalén tiene que salir de casa rápidamente a hacer fotos", explica.



¿Mi sueño? Que mis hijos sean más libres que yo, para viajar, para estudiar, para elegir



A primera vista, la vida de Ayat podría parecer plegada a las costumbres de una sociedad muy tradicional, pero bastan unos minutos de conversación para comprobar que su existencia también está sembrada de una gran voluntad personal y de convicciones que a menudo la han hecho ir a contracorriente y enfrentarse sonoramente a su familia.

Ayat es la mayor de seis hermanos (cuatro chicas y dos chicos). Ha vivido siempre en Beit Hanina y se crió en el seno de una familia religiosa y conservadora.

A los 21 años, un tío, hermano de su padre, manifestó su deseo de que sus dos hijos mayores se casaran con Ayat y su hermana. Ayat estuvo comprometida durante cuatro meses antes de decidir que no pasaría el resto de su vida junto a su primo.

"En Palestina, la tradición hace que haya muchas bodas dentro de las familias. Existe la idea de que no es bueno que las chicas se casen con hombres que no pertenecen al clan. No tuve elección y soporté ese compromiso hasta que no pude más. El sólo buscaba una mujer para que cocinara y tuviera hijos y yo quería seguir estudiando, viajar, preservar mi libertad. Mi padre me vio tan triste que me apoyó. Anulamos todo y nuestro tío no nos habló durante cuatro años", recuerda.

Dos años después apareció Ahmad, un fotógrafo de prensa hermano de una compañera de estudios, también de Beit Hanina. Empezaron a llamarse por teléfono pero la tradición y las costumbres hacían que no pudieran ir al cine o tomar un café a solas. Un día, él la invitó a dar un paseo y ella aceptó, pero su madre se enteró y la discusión en la familia fue durísima porque en su entorno no está bien visto que una pareja salga a solas sin estar comprometida.

"Él vino inmediatamente a casa para pedir mi mano y proteger mi reputación. Nos comprometimos y nos casamos cuatro meses después. En esos meses previos a la boda sí pudimos salir juntos en ocasiones, pero aquí no es como en Europa: no pasamos de los besos. Si me hubiera acostado con él antes de la boda y alguien se enterara habría sido terrible para mí. Hay chicas a las que matan por eso en Palestina", explica.

Dos fotos presiden el salón familiar: una muestra a Ahmad y Ayat sonrientes y abrazados el día de su boda y otra es una imagen de la pareja con sus hijos.



“Quiero a Ahmad porque es como yo. Nos gustan las mismas cosas y soñamos con la misma vida. Él me quiere y me respeta muchísimo. Eso para mí es esencial”, dice, dulcemente.

La conversación gira en torno a sexualidad y métodos anticonceptivos y Ayat habla sin tapujos. “Mi tercera hija, Yasmín, fue un accidente. No queríamos tener más pero no usamos ninguna protección y ocurrió. Ahora quiero ponerme un diafragma, pero me da miedo. Cada mes cuando tengo la regla llamo a Ahmad para contarle con alivio que no estoy embarazada pero no podemos seguir así. Él me dice que haremos lo que yo decida”, dice.

Otra de las batallas de Ayat, probablemente la primera, ha sido su decisión de no usar *hijab*, el velo musulmán. Debía tener unos 14 años y desde entonces sufre la presión de una parte de la familia, sobre todo de los varones como su abuelo o su padre.

“Sólo lo usé dos años, cuando iba a la universidad y me lo pongo cuando voy al centro de Jerusalén a casa de mis abuelos o paso cerca de la mezquita Al Aqsa (tercer lugar santo para los musulmanes, situada en la ciudad vieja de Jerusalén) Mi padre insiste mucho en que lo use, como hace mi madre. Es normal, lo entiendo, somos una familia musulmana”, explica.



Pese a todo, nunca he pensado en marcharme de Palestina



Ayat es una chica coqueta, siempre arreglada y maquillada con esmero para resaltar sus enormes ojos grises azulados. Pasa horas mirando revistas de moda en internet y conoce las mejores tiendas de ropa y costureras en toda Cisjordania. Nunca ha sufrido presión de su marido para usar el velo, pero sí se siente más vulnerable en la calle al no usarlo, pese a que Beit Hanina ha recibido en los últimos años a numerosos extranjeros, sobre todo trabajadores humanitarios, y también a palestinos cristianos.

“Creo que el velo cubre de respeto a las mujeres y las hace en cierta forma intocables. Algunos me dicen en la calle: ‘haram’ (pecado en árabe) ponte el velo, eres musulmana. El *hijab* es un compromiso muy importante. Si un día decido llevarlo será para siempre y sólo me descubriré ante mi marido. Es algo en lo que pienso mucho, pero por ahora no estoy preparada”, explica.

Su hija mayor, Tía, de 4 años, acaba de volver del colegio. Ayat come con sus hijos, como cada día, e irá a casa de su madre por la tarde. En el Este de Jerusalén el ocio es muy limitado: “Los parques son pocos y están viejos, no hay un sitio para jugar al fútbol o una piscina para los niños y niñas. Las calles están muy sucias. El conflicto también está presente en este aspecto. Pagamos tasas municipales a Israel, pero ellos no nos dan los servicios básicos. La vida en el Este es complicada”, explica.



Cualquier israelí va a ver en mí sólo a una mujer árabe y un falso movimiento por mi parte puede hacer que acabe arrestada o que me peguen un tiro



Ayat iba a menudo a la parte oeste o israelí de Jerusalén a hacer compras o a pasear con su hijo y sus dos hijas. En estos momentos en que la tensión y la violencia entre israelíes y palestinos han aumentado, limita sus movimientos.

“Puedo parecer cristiana, pero da igual. Cualquier israelí va a ver en mí sólo a una mujer árabe y un falso movimiento por mi parte puede hacer que acabe arrestada o que me peguen un tiro. Hay mucho miedo en la calle”, explica.

Pese a que su discurso denota indignación e impotencia ante la situación política y social, Ayat nunca ha participado en política ni en movimientos populares o de mujeres. “Creo que es una tarea que me queda grande. Me da mucha tristeza porque hay poca representación femenina en las instituciones públicas palestinas. Creo que



estamos acostumbradas a un segundo plano. Es culpa nuestra y de los hombres también. Tenemos que aprender todos que las cosas no están bien hechas porque así las hicieron nuestros padres y nuestros abuelos”, piensa.

Hablar del futuro es hablar de una gran incógnita. Como muchos palestinos y palestinas, Ayat vive el presente y le cuesta proyectarse. “Me encantaría viajar”, dice, mientras le brillan los ojos recordando su luna de miel en Turquía o cuando viajó con su familia a Londres, siendo una adolescente.

De aquellos viajes también le queda el regusto amargo de la humillación y de los controles en el aeropuerto de Ben Gurion, en Tel Aviv, donde terminó desnuda en un habitáculo “sólo por ser palestina”. Ayat tiene pasaporte jordano y residencia en Jerusalén. Para viajar, las autoridades israelíes le extienden un salvoconducto que debe pedir con antelación.

“No sé si los dirigentes israelíes y palestinos quieren terminar con este conflicto. A veces pienso que nunca veré la paz, que jamás tendré mi propio pasaporte ni la libertad de ir y venir. Hasta para ir al médico tengo que pasar un control militar israelí. ¿Mi sueño? Que mis hijos sean más libres que yo, para viajar, para estudiar, para elegir”.

“ Cuando era joven pensaba que chicas y chicos teníamos el mismo derecho a manifestarnos ”

Por Isabel Pérez

En una sala de bodas de la ciudad de Rafah, en el sur de la franja de Gaza, un grupo de palestinos y palestinas se preparan para dar comienzo a una obra de teatro sobre violencia contra la mujer. El público toma asiento: los notables de Rafah se sientan cerca del escenario y un numeroso grupo de mujeres eligen las últimas filas. Aparece una joven, de unos 20 años de edad: lleva atada a su cintura una gruesa cuerda que va arrastrando de un lado a otro. La actriz habla con su madre ficticia pidiéndole ayuda porque quiere estudiar en la universidad. Su padre (ficticio) aparece en escena y le grita: “¡Tú vas a casarte!”

En la siguiente parte, dividida por un momento musical, la misma joven sale con un bebé entre sus brazos. A su lado, su marido inquieto, levantándole la voz, le ordena que le sirva un té. El desenlace final muestra a la joven resistiendo mientras, por un lado su padre y por otro su marido, tiran de las cuerdas que la mantienen atada. Finalmente, se deshace de ellos y de las cuerdas, se divorcia y explica a su madre que quiere desarrollar un proyecto: un lugar de encuentro para las madres divorciadas y sus hijos e hijas cuya custodia tienen, por ley, sus exmaridos.

UNA ASOCIACIÓN CLANDESTINA PARA LAS MUJERES

Buzaina Soboh es la directora de la asociación Wefaq, la primera asociación en Rafah para el empoderamiento económico, el apoyo jurídico y psicológico y la rehabilitación de las mujeres afectadas por la violencia de género que, entre otras cosas, organiza obras de teatro para la sensibilización de *qadiyat al-mara*, la 'causa de la mujer'.

El germen de la asociación fue el departamento encargado de 'Formación para la mujer' de la Comunidad para la Salud Mental en Gaza (*Gaza Community Mental Health Program*, GCMHP), ONG gazatí fundada en 1990 por el célebre psiquiatra Eyad al-Sarraj.

"Cuando el GCMH me propuso ser la directora de ese departamento había recibido otra propuesta de trabajo como funcionaria, como profesora del Ministerio de Educación palestino. Hablé con mi marido y mi familia y todos me decían que ser funcionaria era mucho mejor y más seguro.- Recuerda Buzaina.- Al día siguiente, me levanté de la cama, dejé a mis hijos con mi madre, tomé un taxi y le dije: ¡Lléveme al *Gaza Community Mental Health!*".



Más del 80% de la población de la franja de Gaza tiene problemas financieros y eso recae en la madre del hogar



No era la primera vez que Buzaina se involucraba en la labor de apoyar a las mujeres. A los 17 años ya formaba parte de la juventud de una de las facciones palestinas. En la universidad se sumó a la Unión de Acción Social de Mujeres (*Women's Committee for Social Work*, WCSW).

"Cuando era joven pensaba que como chicas teníamos el mismo derecho a manifestarnos en la calle que los chicos. - Explica Buzaina.- Aunque los roles femeninos sí los asimilé, no era rebelde en ese sentido. Si mi madre me decía limpia o prepara el café, lo hacía, y luego salía a manifestarme".

El primer trabajo de esta mujer, dentro del departamento creado por la GCMH, se articuló como si sólo se tratase de dar formación a las mujeres. Un modo de encubrir el verdadero propósito de dicho departamento:

"Bajo el gran título de que es un lugar de formación, ofertando cursos, lo que hacíamos sobre todo era apoyo y rehabilitación para mujeres. No era fácil que vinieran a contarnos sus problemas, los centros de apoyo para la mujer son como un estigma para ellas en esta sociedad", clarifica la mujer.

Los folletos eran distribuidos en tiendas y lugares públicos. Debajo de toda la amalgama de cursos, ellas añadían: *servicios legales y psicológicos*.

“Las mujeres palestinas son inteligentes - dicen sonriendo Buzaina.- Leían esa línea, venían y preguntaban por esos servicios”.

MÁS EMPODERAMIENTO Y APOYO

En 2010, el pequeño departamento para apoyo, rehabilitación, y también formación, de la mujer tomó sus propias riendas y se restableció como una asociación, la asociación Wefaq.

“Yo iba a ser la directora en Rafah, pero tenía algo de miedo. Fui al director del GCMH y le pedí ayuda para que Hamás me diera el permiso y pudiera asentar la asociación sin problemas. Él asintió y lo único que me pidió era que también trabajáramos para los niños y niñas porque son el futuro”, relata Buzaina.

Así comenzó su andadura y, en estos momentos, la asociación Wefaq tiene varias sedes abiertas, no sólo en Rafah, también en la ciudad de Khan Yunis. Ahí acuden mujeres de diferentes perfiles y por diferentes razones: unas han sufrido, o sufren, violencia física por parte de su marido, otras violencia psicológica. Hay jóvenes que han sido objeto de abusos sexuales en el seno familiar, incluidas mujeres violadas por sus maridos.

“Hoy por hoy el mayor problema es, sin duda, la pobreza.- Señala la mujer.— Más del 80% de la población de la franja de Gaza tiene problemas financieros y eso recae en la madre del hogar, en la mujer. Si no hay trabajo ni dinero, el marido se vuelve más violento y pega a los niños o a la mujer. El marido puede escaparse de sus responsabilidades: se despierta y se va todo el día a un café para no afrontar los problemas. La mujer no hace eso”.



*En la guerra y el conflicto
las mujeres son las más castigadas*



Para explicar este razonamiento, Buzaina habla de un sentimiento de maternidad que supera al sentimiento que pueda anidar en el padre de la familia. También del sistema patriarcal.

“Vivimos en una sociedad machista que prefiere al hijo. A él le dan los privilegios, le cargan con menos trabajo, mientras, la hija se encarga de más responsabilidades y tiene pocos o ningún privilegio”. Resalta Buzaina y continúa explicando: “Si, por ejemplo, quieren pagar la universidad a alguien en casa será al hijo y lo enviarán a él a estudiar Medicina. Además, no estoy contra la Sharía (ley islámica), pero veo que se interpretó a favor del hombre, injustamente”.

La asociación de Buzaina se dedica, asimismo, al empoderamiento de la mujer. Las mujeres participantes adquieren empoderamiento económico que les da más



opciones para ser independientes y menos vulnerables. Para todos sus proyectos, la asociación cuenta con donantes y ayudas de ONG internacionales u organismos de la ONU, como UNRWA.

“En 2013 empezamos con UNRWA una iniciativa de género para proyectos de formación de jóvenes líderes. - Detalla Buzaina.- Son varios meses de formación en ofimática para romper la brecha tecnológica que afecta a las chicas. Asimismo, hay clases de lengua inglesa para que desarrollen sus capacidades tras finalizar la universidad”.

La asociación posee también un foro de divorciadas, un espacio donde organizan encuentros en zonas públicas con madres, hijos e hijas que de otro modo no podrían verse debido al desigual sistema jurídico de Gaza.

“Tenemos un comité de mediadores y mediadoras que acuerdan estos encuentros con los exmaridos de forma pacífica. Invitamos a participar a líderes y miembros de las facciones palestinas islamistas para que vean qué hacemos y cómo trabajamos”, asegura Buzaina.

GUERRA, CONFLICTOS Y PODER: ENEMIGOS PARA LAS MUJERES

Con el gran cargo de trabajo de la asociación Wefaq, que en árabe significa ‘conciliación’, Buzaina intenta conciliar su propia vida familiar con la vida laboral. Hoy en día es mucho más fácil, sus hijos son mayores de edad.

“Lo más complicado fue cuando estudiaba, trabajaba y mis hijos eran pequeños. Todo al mismo tiempo. Si tenía que salir a las 7.30 de la mañana, me levantaba a las 5.30 para arreglar la casa, vestir a mis hijos y llevarles a casa de mi madre”, describe la mujer.



*Vivimos en una sociedad machista
que prefiere al hijo*



Buzaina es hija de refugiados palestinos de la *Nakba* (1948). Su familia vivía en Bashit, cerca de la actual la ciudad israelí Yibna. Cuando llegaron a la franja de Gaza y levantaron el campo de refugiados lo nombraron como su pueblo de origen, Bashit.

“La gente no quería dispersarse.- Dice Buzaina.- En Rafah sucedió que los y las refugiadas pusieron los nombres de su pueblo a los campos. Recuerdo que mi abuelo me decía: *si queréis abandonar Rafah, que sea sólo para volver a Bashit*”.

La familia de Buzaina se vio, sin embargo, separada en el momento en el que se levantó la alambrada de la frontera entre Egipto y la franja de Gaza. Rafah era una ciudad más grande que en la actualidad y se extendía por territorio egipcio. Es por esto que hoy existe la Rafah palestina y la Rafah egipcia.

“Fue uno de los peores momentos para nuestras familias.- Afirma Buzaina.- Dos tercios de mi familia, mis tíos, mis primos, estaban en la Rafah egipcia. Cada semana hacíamos un encuentro a lo lejos. Acudíamos a la frontera para vernos y no olvidarnos”.



*Si mi madre me decía limpia o prepara el café,
lo hacía, y luego salía a manifestarme*



Otro duro golpe que sufrió Rafah fue durante la ofensiva militar israelí de 2014, en la que la ciudad se vio cubierta por un manto de fuego israelí, con bombardeos por tierra y aire. Buzaina cuenta cómo su asociación siguió trabajando durante esos días asistiendo con ayuda alimentaria y con sus psicólogas. Recuerda también uno de los casos más violentos de abuso sucedido mientras la población buscaba refugio.

“Una mujer le dijo a una chica de 17 años que fuera a su casa a tomar una ducha y ahí la violaron. Tras la guerra, su madre nos pidió ayuda para ver qué pasaba con su hija porque no era la misma que antes. Trabajamos con discreción - apunta la mujer.-



Finalmente, la chica me contó que fue violada. Descubrimos que la mujer que la llevó a casa era parte de una red de prostitución de Gaza. Lo dejamos en manos de la policía”.



Wefaq, la primera asociación en Rafah para el empoderamiento económico, el apoyo jurídico y psicológico y la rehabilitación de las mujeres afectadas por la violencia de género



En la guerra y el conflicto, deja claro Buzaina, las mujeres son las más castigadas, incluso en el conflicto interno político que sacude a los palestinos. La enemistad entre Hamás y Fatah además de bloquear su trabajo en ocasiones, es un obstáculo para avanzar dentro de la sociedad.

“La división política interna palestina ha roto el tejido social.- Asegura Buzaina.- Yo era de Fatah cuando me casé con un hombre que era de Hamás. Esto es impensable hoy por hoy. No tenemos suficiente con el bloqueo que nos vemos atrapados en una sociedad que no es capaz de mejorar sus relaciones sociales por la política y el poder de los hombres”.

“Las mujeres rurales son más fuertes que las de ciudad”



Por Isabel Pérez

Campeños y campesinas, familias sedentarias y nómadas beduinas palestinas, fueron protagonistas de la revuelta palestina del año 1936 contra los puestos militares ingleses y asentamientos judíos. La revuelta fracasó. Por aquel entonces, la sociedad rural vivía una doble opresión representada por la ocupación de su tierra a manos de Gran Bretaña y el sistema feudal de la estructura socioeconómica palestina. Las mujeres tuvieron en dicha revuelta un importante papel; sin embargo, como ha sucedido hasta ahora, la prioridad era la lucha contra la ocupación, no la lucha contra la opresión patriarcal.

UNA ACTIVISTA FEMINISTA BEDUINA

Vivir en la zona rural de la franja de Gaza significa vivir en continuo contacto con la ocupación israelí. Las zonas agrícolas más fértiles están situadas cerca de la Línea Verde desde donde, en cualquier momento, los soldados israelíes disparan o penetran con excavadoras blindadas para allanar la tierra, destruyendo los campos. Las agricultoras palestinas que trabajan en el campo tanto como en el hogar, son las personas más

vulnerables. Además, los servicios sociales que reciben de las autoridades palestinas son escasos ya que las infraestructuras y prestaciones como colegios, clínicas u hospitales suelen concentrarse en las zonas urbanas.

E'itimad Mutawa lleva dieciocho años dedicándose a mejorar la situación de las mujeres rurales.



Lo primero es luchar por la igualdad de las mujeres



“El trabajo con el movimiento de mujeres en el ámbito rural llegó antes de que estuviera concienciada totalmente sobre nuestros derechos, como mujeres y seres humanos.- Afirma E'itimad.- En el instituto me afilié a la política y me nombraron jefa del comité de chicas. Cuando terminé el bachillerato empecé a ser muy activa, incluso hacíamos reuniones en mi casa. Mi padre me decía que lo que estaba haciendo era más asunto de chicos que de chicas. Mi madre nunca me hizo comentarios negativos”.

E'itimad vive con sus padres, hermanos y hermanas. Son una numerosa familia beduina campesina que antaño vivía al lado de la Línea Verde hasta que el ejército de Israel le expulsó de su casa por segunda vez. La primera vez fue en 1948 cuando huyeron de Beersheba. Siempre sonriente, esta activista por los derechos de la mujer rural aparenta mucha menos edad de la que tiene.

“Tengo 39 años y estoy soltera. Nosotras las negras siempre aparentamos menos edad de la que tenemos”, dice orgullosa. Y continúa explicando: “Las familias beduinas, los clanes, no son todos iguales. En algunas casas un hombre extraño no puede entrar sin presencia de un hombre de la familia, en mi caso esto no pasa. Todo depende de las costumbres del clan”.

E'itimad cuenta cómo en su casa no encuentra trabas para salir a trabajar libremente como coordinadora de varias organizaciones que apoyan a la mujer en el ambiente rural.

“En general, los beduinos son muy duros con las mujeres. - Recalca.- Algunos, aunque no haya comida en casa y ella tuviera la oportunidad de trabajar fuera, no quieren que ella salga porque lo más importante es mantener el honor de la familia que recae en la mujer. El honor, para las familias beduinas, es más importante que para las familias sedentarias palestinas”.

MICROPROYECTOS Y SERVICIOS PARA LAS MUJERES EN ZONAS RURALES

Tras haber escuchado historias de mujeres oprimidas y abogadas palestinas hablar de la lucha por la igualdad jurídica E'itimad comenzó a construir su ideología feminista. Está convencida de que hombres y mujeres deben tener las mismas oportunidades y que la violencia contra la mujer ha de desaparecer.

“Hay varios tipos de violencia en las zonas rurales. Algunas mujeres ni siquiera hablan sobre ello ni lo denuncian.- Explica E’itimad.- Aquí las mujeres no pueden defender sus derechos, no pueden defenderse a sí mismas”.



La vida de la mujer rural es agotadora



E’itimad es responsable de los proyectos para mujeres que se desarrollan en la zona centro de la franja de Gaza en dos organizaciones: Unión de Comités de Acción Agrícola (*Union of Agricultural Work Committees*) y la Unión General de Mujeres de la Organización para la Liberación de Palestina (*General Union of Palestinian Women*, GUPW). Su trabajo en UAWC consiste en estudiar la situación de las mujeres, establecer las necesidades y dar servicios. Para ello, E’itimad cuenta con grupos de mujeres que se organizan como un nodo con sub-zonas de trabajo y sub-coordinadoras. Con la GUPW trabaja ofreciendo y gestionando servicios sociales a las mujeres.

“No tengo dificultad para trabajar en ambas instituciones porque es un trabajo semejante y en la misma zona.- Dice E’itimad.- En UAWC soy jefa de los Comités de la Mujer en esta zona central y participo en las reuniones para transmitir las necesidades de las mujeres. No hay cuotas específicas para ellas y normalmente se dedica en torno al 35% de los proyectos a las mujeres. Es poco y somos nosotras las que peleamos para que se nos dedique una parte”.

E’itimad coordina, entre otras cosas, la explotación de campos agrícolas para las mujeres de las zonas rurales que necesitan ingresos.

“Les damos ayuda para riego, abono o les enseñamos cómo hacer un plan de trabajo para que ahorren tiempo y energía.- Detalla E’itimad.- También hay microproyectos que consisten en darles animales de granja, ovejas, pollos, conejos, para que los críen y saquen provecho”.

DAR A LUZ MIENTRAS TRABAJAS LA TIERRA

La vida de la mujer rural, cuenta E’itimad, es agotadora. No salen de casa más que para trabajar el campo, no tienen tiempo para visitas, para su salud o educación. Las activistas del movimiento de mujeres en zonas rurales se esfuerzan por cubrir sus necesidades y para que sus derechos sean respetados. Son mujeres solteras, casadas, divorciadas o viudas.

“Darles trabajo es más un apoyo moral que económico muchas veces.- Reconoce E’itimad.- Me he reunido con oficiales del gobierno palestino para conseguirles un seguro médico porque trabajan con químicos. Estamos trabajando para hacer una petición a nivel de toda la franja, quizás también tengamos que organizar protestas”.

Esa es otra de sus responsabilidades: organizar manifestaciones o protestas con las



mujeres. Unas veces conmemorando fechas nacionales palestinas, como la *Nakba* o el Día de la Tierra palestina, otras como denuncia frente a ataques israelíes.

“A ellas les encanta participar en las manifestaciones.- Asegura E’itimad.- Participan también en protestas contra las incursiones terrestres que Israel realiza en las zonas limítrofes a la Línea Verde”.

En la franja de Gaza, las mujeres campesinas se ven obligadas a llevar a sus hijos e hijas menores al campo, incluso cuando son bebés. A algunas incluso les ha sorprendido el parto mientras trabajaban la tierra.

“Hay mujeres que dan a luz en el campo, en el lugar de trabajo. Dicen ‘un poco más, aguanto un poco más’ y terminan dando a luz ahí mismo. Otras trabajan bajo fuego israelí cuando se producen ataques- explica E’itimad.- Las mujeres rurales son más fuertes que las de ciudad, sin lugar a dudas”.

Pero las mujeres rurales podrían morir al dar a luz en semejantes circunstancias, sin mencionar la dificultad a la que se enfrentan para poder llevar a sus recién nacidos a los hospitales y clínicas, en muchos casos lejos de su hogar.

EL MACHISMO EN EL CAMPO

En el ámbito rural, las mujeres trabajan embarazadas, enfermas o cansadas. Recogen la cosecha, cuidan del ganado, de las aves domésticas, preparan fuego para cocinar, crían a sus hijas e hijos. A veces, sólo a veces, descansan una o dos horas en la tarde. La mayoría sólo descansan unas horas cuando consiguen conciliar el sueño por la noche. La sobrecarga de las tareas domésticas o del trabajo fuera de casa es mucha. En la esfera pública y laboral, el peso de la discriminación es evidente.

“En nuestros proyectos me he topado con dueños de campos que no aceptan que sean mujeres las que trabajen sus tierras.- Critica E’itimad.- A algunos les convencemos de que eso no está bien, a otros no”.

En la franja de Gaza la gran mayoría de los propietarios son hombres. E’itimad explica que hay algunas mujeres que heredan terrenos, “terrenos que no valen lo que la mujer debe heredar”, puntualiza. Otra forma de discriminación llega a la hora de obtener los beneficios de lo cosechado.

“Cuando llega la hora de vender su producción es el marido el que lo vende. Puede que él no le dé todo el dinero que le corresponde y sólo le dé una parte”, describe E’itimad.

Es este un tipo de violencia económica muy generalizada en la franja de Gaza y un problema añadido es, como señala E’itimad, que ellas no lo denuncian.

“Hay muchas mujeres que preservan los roles tradicionales, que dejan que su marido les grite y así lo transmiten a sus hijas que al final serán también sometidas por sus maridos”, apostilla E’itimad.



Hay varios tipos de violencia en las zonas rurales. Algunas mujeres ni siquiera hablan sobre ello ni lo denuncian



“Ellas deberían ser conscientes de lo que podrían llegar a ser, que podrían disfrutar de sus derechos, pero no se sienten capaces, tienen miedo a perder su dinero. Para muchas de ellas, acudir a nuestros talleres es algo complicado, dicen que no tienen tiempo”, lamenta la activista.

E’itimad describe la situación actual de la mujer en Gaza como “bloqueada”, afirma que ella es testigo de más violencia y acoso en las calles, insultos y menos respeto hacia las mujeres.



“En el trabajo a veces los agricultores nos preguntan qué hacemos fuera de casa. Yo les contesto que nosotras, como ellos, tenemos derechos y deberes y que es gracias a nosotras por lo que tienen proyectos funcionando”, dice frunciendo el ceño con disconformidad.

Con 39 años, E’itimad representa a una escasa proporción de la población femenina en Gaza que con dicha edad no está casada.

“Muchos han pedido mi mano, pero me he negado porque quiero conocerles antes, no quiero casarme como hacen las demás mujeres. Quiero saber con quién voy a convivir. -Razona la activista- Una vez, la familia de uno de ellos rechazó que tuviéramos un periodo de noviazgo para conocernos, así que no quise aceptarle”.

Se case o no, ella asegura querer seguir trabajando con y por las mujeres en el ámbito rural de la franja de Gaza.

“Para mí, lo primero es luchar por la igualdad de las mujeres. Una vez haya igualdad, que hombres y mujeres estén mano con mano, la lucha nacional por Palestina alcanzará su éxito. Si las mujeres finalmente llegaran a conocer sus derechos e intentaran alcanzarlos, si rechazaran la injusticia, todo mejoraría en la franja de Gaza que es mayoritariamente rural”, asiente con confianza.

EMTYAZ ALMOGRABI:

“ La liberación de la mujer no es quitarse el velo o fumar en público ”



Por Beatriz Lecumberri

Siendo una niña, Emtyaz Almograbi subía a jugar al tejado de su casa, en el campo de refugiados de Balata, al norte de Cisjordania y el juego era casi siempre el mismo. “No me gustaban las muñecas ni preparar comiditas de mentira como hacían otras niñas: yo soñaba que era directora de cine e inventaba ya mis propias historias”.

Los sueños de aquella niña siguen intactos. A sus 43 años, Emtyaz vive en Ramallah, consagrada a la realización de documentales, dedicados en su mayoría a los problemas de la sociedad palestina, busca financiación para su primer largometraje y su nombre ya suena en el mundo cultural palestino. El camino para llegar hasta aquí ha sido largo y a menudo penoso, pero al escucharla, se cae rápidamente en la cuenta de que sus ideas claras, la perseverancia, un optimismo inquebrantable y su amor por el cine han sido los motores que la han impulsado hasta donde se encuentra hoy.

El antes y el después de su vida ocurrió a los 35 años, cuando decidió dejar “para siempre” el campo de Balata, a las afueras de la ciudad de Nablus, donde nació y se crió. Su padre era refugiado de Palestina en Gaza y su madre en Nablus. Eran primos y cuando se casaron se mudaron a Balata, donde tuvieron a sus nueve hijos. Emtyaz

asegura que su condición de “mujer refugiada de Palestina” y su infancia en este campo de refugiados, a menudo sinónimo de pobreza y violencia, marca hasta hoy su vida y su trabajo.



*Lo más importante era formarme, construirme.
Llevo años trabajando mucho*



“Esperé 35 años para tomar la decisión de marcharme. Lo más importante para mí era huir pero mi familia se opuso a que me fuera a vivir sola. Sufrían por lo que la gente pensaría de mí. Pero aún así me fui. En Ramallah las cosas son diferentes y la gente es más abierta”, explica.

Emtyaz usa varias veces la palabra “huir”. ¿De qué? Asegura que la lista de ejemplos es larga, pero recuerda especialmente uno, ocurrido cuando empezó a trabajar como periodista en la Primera Intifada (1987-1993) e iba frecuentemente a los hospitales a interesarse por las víctimas. Un día contó la historia de un joven que había sido herido. Un vecino la vio en el hospital entrevistándole, fue a decir a sus padres que estaba conversando con un hombre desconocido y tuvo un gran problema en casa. “Mostré el artículo que había escrito sobre él, pero a mi familia le importa mucho lo que la gente piense o diga. Todo eso me asfixiaba. Tenía que marcharme”, insiste.

Durante años Emtyaz se limitó a estudiar, primero Economía y después Comunicación Audiovisual, y a trabajar para pagar sus estudios. No tuvo novios, nunca pensó en casarse y menos en ser madre. “Lo más importante era formarme, construirme. Llevo años trabajando mucho. Y de todas maneras ¿qué relación podría haber tenido en Nablus? ¿Alguien a quien no puedes conocer y te limitas a mirar hasta el día de la boda? Tuve pretendientes, pero si hubiera querido conocer mejor a aquellos chicos y se entera mi familia podría haber terminado golpeada y encerrada en casa. Hay chicas a las que aún matan por eso en los pueblos palestinos”, explica.

En Ramallah su vida no se parece a la de la mayoría de mujeres de su edad: alquila una casa humilde y pequeña en un barrio residencial de la ciudad donde el objeto central y máspreciado es su ordenador. Sale temprano y llega tarde cada día, no tiene tiempo para cocinar o para poner orden en sus pilas de libros y apuntes. Sus vecinos conocen su historia y su trabajo, y la protegen y velan de alguna manera por ella.

Tras la decisión de independizarse, la presión de su familia para que volviera a casa y dejara de vivir sola fue tal que a los 38 años decidió casarse “para que las cosas se calmaran y la gente dejara de hablar”.

“Fui débil y pensé que era la solución. Organizamos todo en algunas semanas. Fue un acuerdo, pero pagué un alto precio por eso. Estuvimos casados un año y medio y en ese tiempo las cosas con mi familia tampoco mejoraron tanto y mi matrimonio era un infierno: yo mantenía a mi marido y llegaba a casa después de todo el día trabajando y tenía que ponerme a cocinar para él. *Jalash* (basta en árabe)”, zanja, con gesto amargo.

En el tiempo en que estuvieron juntos tampoco se planteó ser madre. “No tengo espacio para un hijo. Me da miedo, es una gran responsabilidad y además tampoco encontré al buen padre. Realmente, gracias a Dios que no hubo hijos”, dice, segura de sí misma.

Emtyaz decidió separarse y en este momento está a punto de concluir el proceso de divorcio. Su familia y sus amigos de Balata sólo saben que están separados por cuestiones laborales: que su esposo está en Jordania y ella en Ramallah y pronto volverán a vivir juntos. No se ha atrevido a decirles que en algunas semanas será una mujer oficialmente divorciada.

“Nadie lo sabe. Si mis padres se enteran me van a obligar a volver a su casa durante seis meses. Es lo que ocurre en las familias palestinas más tradicionales: encierran prácticamente a la chica en casa durante meses para ver si está embarazada. Si lo está, el bebé es sin duda del ex marido. Yo no puedo pasar por eso”, dice, sin poder evitar una sonrisa.

Emtyaz sufre por vivir en esa gran mentira. Sus padres o hermanos nunca vienen a visitarla. Ella va a Balata de vez en cuando y finge tener una vida muy diferente. “Sé que resulta difícil de creer. Para hacer cine me enfrento sin problema a las tradiciones y a las autoridades, pero no consigo tener esa coherencia con mi vida. Pese a todo estoy convencida de que lo mejor en este momento es mentir para protegerme”, admite.





Las mujeres tienen una doble limitación: la ocupación israelí y las tradiciones de una sociedad muy patriarcal



La vida que desea preservar comienza temprano. Esta realizadora no vive gracias a sus documentales y trabaja en múltiples lugares: revistas femeninas, una televisión local, la universidad y como formadora de mujeres que desean saber manejar una cámara. Además da charlas y organiza talleres, fundamentalmente para jóvenes y en muchos casos para chicas.

La discriminación y violencia contra las mujeres, sobre todo la que ocurre cuando se cierran las puertas de la casa, le indigna y obsesiona.

Su primer documental, “Revolucionarias”, se centró en mujeres ex prisioneras, con el fin de describir qué tipo de protección social o política se les brinda una vez abandonan la cárcel israelí. “La respuesta es que prácticamente ninguna y que estas mujeres pagan un alto precio”, concluye.

Después dirigió “Noor”, sobre una pareja de drogadictos; “Estigma”, sobre enfermos de VIH/Sida en Palestina; y finalmente “Alloush” un documental sobre la muerte de un bebé y sus padres, quemados vivos en un ataque de extremistas judíos al sur de Cisjordania en 2015.

Sus documentales informan, provocan y dejan de lado los tabúes. “Trato temas que no se conocen o que la gente tiene miedo de tratar”, resume, explicando que consigue financiar su trabajo a través de fundaciones y ONG, y gracias también a toda la gente que trabaja gratis con ella.

En este momento su proyecto es lanzarse a la ficción y hacer un largometraje sobre los crímenes de honor, es decir, los asesinatos, la inmensa mayoría de mujeres, perpetrados por un pariente, a veces incluso los propios padres, que acusan a la víctima de ser el origen de una deshonra familiar o infringir las normas de la comunidad por acciones como por ejemplo rechazar un matrimonio concertado, mantener una relación amorosa no aprobada o supuestas relaciones sexuales extramatrimoniales u homosexuales, ser víctima de una violación, vestirse de manera inapropiada o faltar a la religión.



La liberación de la mujer tiene que venir desde dentro



El presidente palestino, Mahmoud Abbas, abolió el artículo de la ley que atenuaba las penas por asesinatos considerados como “crímenes de honor”. No obstante, siguen perpetrándose y numerosas organizaciones de defensa de los derechos de la mujer piden una legislación específica para disuadir a los autores potenciales.

“La película se llamará ‘La bolsa negra’. Cuando yo era adolescente en Balata oí a una vecina gritar una noche. Horas después, al asomarme por la ventana vi a su marido arrastrando una inmensa bolsa negra. Luego supimos que la había matado, supuestamente tras descubrir una infidelidad. Dentro de la bolsa estaba su cadáver. Es una historia que me marcó mucho porque todos oímos aquellos gritos pero nadie hizo nada”, explica.

A Emyaz le brillan los ojos hablando de su trabajo y de sus proyectos como directora. Sus documentales han sido vistos en varios países del mundo árabe y algunos han sido traducidos a otras lenguas como el italiano o el inglés y han atravesado las fronteras de Oriente Medio.

Es una mujer guapa, expresiva y sonriente. Lleva velo desde los 14 años, se viste con colores vivos, siempre bien conjuntados y se maquilla cuidadosamente. “El *hijab* (pañuelo que cubre el cabello) fue elección mía. Para mí es un confort psicológico. Trabajo con muchos hombres, a menudo soy la única mujer, y el velo marca un espacio necesario entre ellos y yo. Además, la gente en Ramallah sabe que vivo sola y una mujer divorciada para muchos palestinos es sinónimo de mujer fácil”, resume.

Emyaz escribe los guiones, graba y sabe montar. La falta de medios financieros y técnicos y el deseo de mostrar su valía hacen que trabaje sin tregua. El objetivo es que sus películas hablen por ella. “¿Si soy respetada? Depende. Hay compañeros en la televisión en la que trabajo que no están cómodos obedeciéndome. Cuando voy a grabar un documental hay gente que me pregunta si soy realmente la directora. Creo que no encaja con el físico que ven en las revistas”, bromea.

Su trabajo es también su manera de luchar. No ha participado nunca en movimientos feministas y considera que muchos de ellos no se adaptan a los problemas reales



que sufren las palestinas. “La liberación de la mujer no es quitarse el velo o fumar un cigarrillo en público. Tiene que venir desde dentro, tienes que saber lo que quieres y poseer los medios para lograrlo y, sobre todo, perder el miedo a decir hasta aquí. Hablo por mí también”, admite.

Emtyaz considera que en Palestina las mujeres tienen una doble limitación: por un lado la ocupación israelí y por otro las tradiciones de una sociedad muy patriarcal que “terminan cortándoles las alas”.

Pese a los obstáculos, su vida dentro de 10 o 20 años, Emtyaz la imagina en Palestina, haciendo cine de calidad que pueda ser exhibido en otros países, teniendo la libertad y los medios de seguir formándose y participando en festivales en el extranjero.

“He tenido oportunidades de irme pero no he querido. Sin duda sería mejor directora sin la ocupación israelí que torna complicadas cosas simples como ir a filmar a 20 km. de aquí. Todos seríamos mejores personas sin la ocupación. Por ejemplo, yo creo que el palestino que es maltratado en un control militar israelí, llega a casa y maltrata a su mujer. En muchos casos, el humillado, humilla y los niños ven todo eso y lo repiten después”, se despide.



HANEEN HANNA:

“ En la sociedad
palestina la mujer
no puede ser
libre ”

Por Ana Alba

Haneen Hanna no recuerda cuánto tiempo hace que no ve el mar. Evoca con nostalgia una infancia en la que jugaba con frecuencia en las playas de Jaffa y San Juan de Acre, dos ciudades israelíes con una gran población palestina.

“Cuando era pequeña los palestinos obtenían permisos de trabajo con más facilidad y mi padre tenía uno que servía para que entrara toda la familia. Mi hermano pequeño y yo le acompañábamos a veces. Pasamos una infancia muy buena en Acre y en Jaffa, muchos domingos comíamos pescado en Acre. No he vuelto allí desde que era pequeña”, relata en tono dulce Haneen, de 25 años.

Aunque nació en Jerusalén, donde no puede entrar sin permiso israelí, se considera de Taybeh (Cisjordania, territorio Palestino ocupado por Israel) porque su familia es oriunda de allí, “de muchas generaciones”, recalca Haneen, que se crió en este pueblo de vecinos cristianos donde ha vivido la mayor parte de sus años. La localidad, llena de iglesias y que atrae a peregrinos de todo el mundo, es famosa por fabricar la que hasta hace poco era la única cerveza palestina, bautizada con el nombre del municipio.

Sólo uno de los bisabuelos de Haneen procedía de un lugar distinto a Taybeh: Reineh, cerca de Nazaret. Pero en la guerra de 1967 -en la que los israelíes ocuparon Gaza, Cisjordania, Jerusalén Este, los Altos del Golán y la península egipcia del Sinaí- se vio obligado a marcharse a Taybeh.



Las ideas de nuestra generación son diferentes, pero seguimos lo que marca la sociedad



Ahora Haneen reside en Belén (Cisjordania), a 8 kilómetros al sur de Jerusalén. Comparte piso con dos amigas, estudia para ser guía turística y trabaja en un hotel como recepcionista. En esta ciudad palestina donde la Biblia asegura que nació Jesucristo, Haneen pasó sus años de estudiante universitaria y se licenció en Hostelería en 2013.

“Vivir fuera de mi casa familiar me da más libertad”, asegura esta joven de ademanes pausados pero personalidad fuerte, que suele salir con sus amigos -chicas y chicos- hasta la medianoche. “Cuando trabajo, acabo a las 12 de la noche. Si alguien me ve llegar a casa tarde y piensa mal, me da igual, hago lo que quiero”, señala Haneen en tono tajante.

“Si eres mujer, todo el mundo mira con quién vas y qué haces. En la sociedad palestina, la mujer no puede ser libre, necesita permiso para todo, de sus padres o de su marido. Es insoportable. A los chicos no les ocurre, se limitan a informar de lo que van a hacer”, expone esta joven menuda que transmite serenidad.

Haneen es la mayor de cuatro hermanos, tres chicas y un varón. Asegura que para él, todo es más fácil. “Él puede llegar más tarde a casa. Mis hermanas y yo, en cambio, tenemos que pedir permiso, no podemos pasarnos de la hora a no ser que llamemos a mi madre antes y le demos explicaciones”, comenta Haneen, que ha optado por tratar de cambiar las reglas.

“Estoy intentando hacer lo mismo que mi hermano respecto a mis padres: sólo les informo de lo que hago, no les pido autorización. Les digo que de pequeña me enseñaron cómo tenía que comportarme, que tienen que confiar en mí”, subraya.

En su casa familiar de Taybeh, de las tareas domésticas se encargan las mujeres. Haneen rechaza esta situación y a menudo discute con su familia. “Mi hermano sólo tiene que hacer su cama y limpiar un poco su habitación. En mi familia y en la sociedad creen que las cosas de casa son de mujeres, que un hombre no sería buen hombre si se encargara de estas tareas”, comenta Haneen. Y aclara que “no importa si las familias son cristianas o musulmanas, actúan igual, es un problema de la sociedad, de la tradición, no de una u otra religión”.

La costumbre en Palestina es contraer matrimonio joven y Haneen recibe presiones por parte de sus abuelos para buscar marido. “Me dicen que me tengo que casar ya porque si no, será demasiado tarde. No estoy en contra de casarme, pero tengo tiempo

por delante y no he hallado al hombre que me sepa entender. Les digo: dadme tiempo para encontrar a esta persona, pero ellos sólo quieren que me case”, indica con una expresión que denota cierto hartazgo.

Confiesa que cuando inicie una relación con un chico, no se lo revelará a sus padres hasta que no esté muy segura de que va a ser su marido. “Si se lo cuento antes, me pondrán limitaciones y no podré reunirme con él libremente para conocerle bien. Por mi padre no habría problema, pero falta el resto de la familia”, argumenta Haneen.

“Mis padres estaban enamorados, pero sus padres no lo aceptaban. Siguieron viéndose y luchando por su relación durante siete años y consiguieron que les dejaran casarse. Se querían mucho. Yo creo en el poder del amor”, constata con una sonrisa, sentada en un banco del recinto de las piscinas de Salomón, construidas hace 2.000 años cerca de Belén. Es un lugar que frecuenta porque le parece bello y sosegado.



*En la sociedad palestina, la mujer no puede ser libre,
necesita permiso para todo*



Haneen subraya que en la sociedad palestina, mantener relaciones sexuales antes del matrimonio es totalmente inaceptable. “Si ocurre y se sabe, supone un problema enorme para los implicados. Para la chica sería terrible, podrían llegar a matarla”, advierte.

En Palestina y en comunidades árabes dentro de Israel aún se perpetran “crímenes de honor”. Se denomina así al asesinato de una persona -la mayoría mujeres- cometido por un pariente que acusa a la víctima de provocar la deshonor familiar por rechazar un matrimonio concertado, tener una relación amorosa no aprobada, mantener supuestas relaciones sexuales extramatrimoniales, ser víctima de una violación, tener relaciones homosexuales o renunciar a su religión.

El presidente palestino, Mahmoud Abbas, abolió el artículo de la ley que atenuaba las penas por asesinatos considerados como crímenes de honor. No obstante, siguen perpetrándose y numerosas ONG piden una legislación específica para disuadir a los perpetradores potenciales de cometer estos crímenes.

Haneen, a quien le gusta relajarse tomando el sol, apunta que otro gran problema en la sociedad palestina es enamorarse de alguien que pertenece a una confesión diferente. “Mis padres rechazan totalmente la posibilidad de que me case con un musulmán porque la sociedad quiere que los cristianos se casen con cristianos. Lo hablamos un día y yo les dije que se trata de amor y de la vida de las personas. Ellos me contestaron que tenemos amigos musulmanes y lo compartimos todo con ellos menos casarnos, que no es posible. Si me enamoro de un musulmán, lucharé por él, pero sin perder a mis padres”, aclara Haneen.

Para esta joven discreta, la situación de las mujeres en Palestina es “estable, mejora, pero muy despacio, el cambio es lento”. “Las ideas de nuestra generación son diferentes,



pero seguimos lo que marca la sociedad, a veces tienes que actuar de una manera contraria a tus pensamientos para no quedarte fuera de esta sociedad”, opina.

“Pero aún hay mucha gente de 20 años que piensa como la de 80, que tiene una mentalidad antigua”, matiza Haneen, que estudió castellano durante dos años en la Universidad de Belén y además, habla francés e inglés y tiene intención de estudiar hebreo.

Asegura que intenta hacer sólo aquello en lo que cree y cambiar las cosas en la práctica. “A veces me canso de luchar porque no hay resultados, pero aún no he desistido. Es difícil cambiar las mentalidades, especialmente de la gente mayor, pero intento incidir en mi generación”, recalca.

Haneen representó junto a sus compañeras de clase de castellano “La Casa de Bernarda Alba” en Belén y en Jerusalén. Destaca que se vieron reflejadas en las hijas de Bernarda y se identificaron con algunas de las situaciones que sufrían. La experiencia teatral de Haneen y sus compañeras fue recogida en el documental “Bernarda Alba en Palestina” de la cineasta española Cristina Andreu.

“Lucho por la igualdad en mi vida diaria. Soy la mayor de los cuatro hermanos. A mi padre solían llamarle Abu Haneen (padre de Haneen) y a mi madre Um Haneen (madre de Haneen), pero cuando llegó mi hermano Hanna, empezaron a llamarles Abu Hanna y Um Hanna porque la costumbre es llamarlos por el nombre del primer varón. Aún discuto por esto. ¿Por qué ese cambio? ¿Es que a caso he muerto? No, sigo existiendo, sigo siendo la mayor y mi padre aún es mi padre. Quitar mi nombre no es justo, haciéndolo me tachan, me borran, es como decirme “tú no eres importante, tu hermano lo es más”, lamenta contrariada.



La ocupación es dura, afecta mucho nuestra vida diaria



Haneen considera, no obstante, que sus padres son comprensivos y bastante abiertos. La animaron a estudiar y apoyan su carrera. Toda la familia quería que las chicas fueran a la universidad, trabajaran y tuvieran sus ingresos.

Nunca ha sido blanco de comentarios ofensivos sobre su género ni ha oído frases como “deja los estudios y dedícate a cocinar en casa”, excepto de alguna persona anciana. “Siempre me ha respetado todo el mundo y he podido demostrar mi valía tanto en la universidad como en el trabajo”, señala satisfecha.

A Haneen apenas le queda tiempo libre, el trabajo y los estudios absorben sus días. Es tenaz, constante y trabajadora. Anhela finalizar las clases y obtener el título de guía turística. Valiente y decidida, está convencida de que alcanzará su meta de ser “una buena guía de Palestina”. Su amor por su tierra y el deseo de “explicar la narrativa correcta” sobre ella a los que la visitan fue lo que la llevó a encaminar su carrera profesional en el ámbito del turismo.

“La ocupación israelí no se lleva a cabo sólo con armas, también intentan enseñarles a los niños y niñas en los colegios que esto no es Palestina, intentan cambiar la historia. Quiero ofrecer la información correcta y que se difunda, también es una manera de resistencia”, apunta Haneen, que ha participado en protestas contra la ocupación israelí en muy pocas ocasiones.

“La ocupación es dura, afecta mucho nuestra vida diaria. Los ocupantes controlan a la Autoridad Palestina (AP), controlan nuestras vidas y deciden sobre ellas”, denuncia. Haneen, que tiene numerosos amigos que han sido arrestados alguna vez por las fuerzas israelíes, considera que Israel “no quiere acabar con el conflicto porque hasta ahora es el más fuerte y puede tener cada vez más territorio de Palestina”. A pesar de todo, se define optimista a largo plazo y espera ver el final del conflicto y la creación de un Estado palestino.

El sueño de Haneen, además de ser guía turística, es tener una niña a la que enseñará “a pensar y actuar según sus ideas, no a seguir el dictado de la sociedad”. “Daré libertad a mis hijos e hijas, daré confianza a mi hija, ella sabrá cuáles son sus limitaciones, como yo”, afirma.

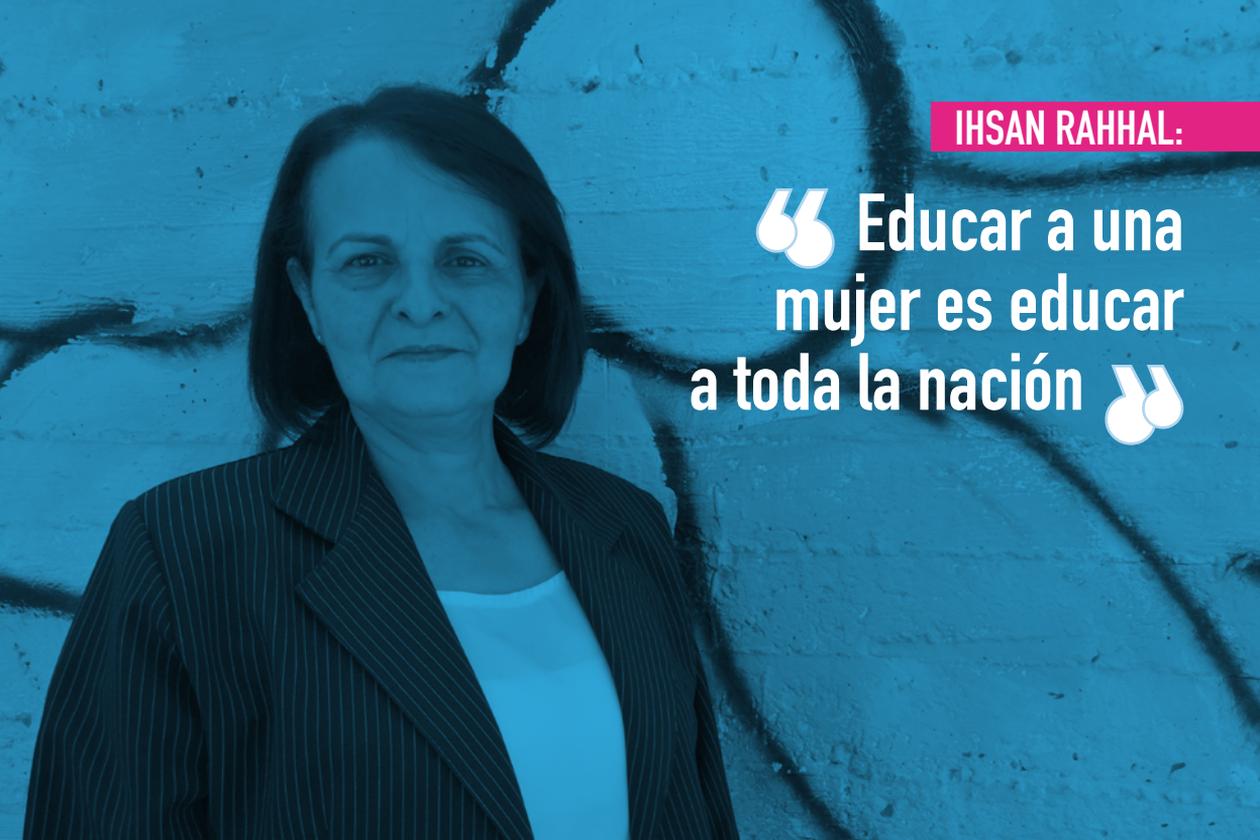


Con los ojos brillantes y una sonrisa dulce revela que a su hija le dará el nombre de Jaffa en homenaje a esta ciudad que adora. “Ella también la querrá, estará arraigada en su tierra y luchará por sus derechos. Enseñaré a mis hijos e hijas a amar a Palestina y a luchar por ella sin armas, a resistir, a quedarse aquí”, explica Haneen, para quien las mujeres juegan un papel central en la resistencia palestina.

Tuvo la oportunidad de obtener la nacionalidad estadounidense a raíz de que su padre se fue a trabajar a Estados Unidos por falta de empleo en Palestina, donde el porcentaje de parados es muy alto. Pero la rechazó.

“No quiero el pasaporte estadounidense, estoy orgullosa de mi carné de identidad palestino. Sé que la situación económica en Palestina es muy mala, mi salario es bajo, pero no me quiero ir de aquí”, insiste Haneen, muy combativa a la hora de defender a Palestina, pero que no está implicada en movimientos políticos. Cuando vivía en Taybeh, organizaba actividades culturales y de ocio en grupos de jóvenes, uno de ellos vinculado a la iglesia.

Haneen opina que la gran fortaleza de la población palestina es “que resistimos, aún estamos aquí”, y la gran debilidad es la falta de unidad. “Estamos divididos en muchos grupos políticos y luchamos unos contra otros. Si queremos tener una Palestina libre y que nos devuelvan nuestra tierra, tenemos que estar unidos”, sentencia.

A portrait of Ihsan Rahhal, a woman with dark hair, wearing a dark pinstriped blazer over a white top. The background is a textured wall with some graffiti. The image is overlaid with a semi-transparent blue filter.

IHSAN RAHHAL:

“Educar a una
mujer es educar
a toda la nación”

Por Ana Alba

Ihsan Rahhal nunca ha abandonado su infancia. Si un resquicio de su atareado tiempo se lo permite, sale al patio a jugar con las alumnas del colegio que dirige, la Escuela Elemental de Niñas de UNRWA (Agencia de la ONU para la Población Refugiada de Palestina) en el campo de refugiados de Dheisheh, en Cisjordania.

“Adoro a nuestras niñas, estoy muy orgullosa de ellas”, afirma Ihsan con una sonrisa emocionada. El centro acoge a 400 pequeñas de entre 6 y 9 años “con muchas ganas de aprender”. Las alumnas del colegio tienen estatus de refugiadas, son descendientes de los más de 700.000 palestinas y palestinos expulsados de sus hogares tras la creación del Estado de Israel en 1948.

La educación es para Ihsan un pilar fundamental en la vida de cualquier persona, y más en la de las chicas. “Educar a una mujer no es un acto individual, es educar a toda la nación porque ella es madre, es quien enseña a sus hijas e hijos”, subraya Ihsan.

Para esta mujer fuerte de 56 años, educación es una palabra amplia que engloba infinidad de conceptos, que pesa y merece un lugar privilegiado en el diccionario.

“Con educación, las mujeres tienen oportunidad de aumentar su conciencia sobre sí mismas, de aprender más sobre sus responsabilidades y derechos, de formarse, tener una carrera profesional, un trabajo que les permita ser independientes económicamente, más libres”, recalca Ihsan, licenciada en Literatura Inglesa.

Los padres de Ihsan eran analfabetos y consideraban la educación como la prioridad en la vida de sus siete hijas y seis hijos. El padre era picapedrero y se partió la espalda en canteras de Kuwait y Jordania para que tuvieran estudios universitarios.

“Cuando volvimos a Beit Safafa (Jerusalén), después de vivir en Kuwait, él se quedó trabajando en el extranjero para ahorrar dinero y que pudiéramos comer, cubrir las necesidades básicas y, sobre todo, ir al colegio y a la universidad”, explica Ihsan con admiración por sus padres.

“Mi madre fue una buena madre y estoy segura de que si hubiera podido estudiar, habría sido una mujer famosa en el mundo de la economía porque los ingresos de mi padre eran muy pequeños y ella conseguía que alcanzaran”, afirma convencida.

“En casa nos animaron mucho a estudiar, especialmente a las chicas. Mi padre decía que un certificado de estudios para una mujer era como un arma en la batalla”, explica Ihsan, que nació en Kuwait en febrero de 1960. Era el vástago número once de esta familia musulmana. “Todas mis hermanas, como mínimo, obtuvieron una licenciatura y algunas, además, un máster o un doctorado. Una de ellas estudió en la Universidad de Jordania y vivió allí sola”, destaca orgullosa.

Cuando tenía seis años, Ihsan regresó a Palestina con su madre, hermanas y hermanos. Fue a vivir al barrio de Beit Safafa, en la parte este de Jerusalén, de donde procedía su linaje, en 1966. Al año siguiente, estalló la Guerra de los Seis Días en la que Israel ocupó la zona oriental de la ciudad. Posteriormente, en 1980, el Gobierno israelí proclamó que todo el municipio era “la capital indivisible” de Israel. Según el derecho internacional, el este de Jerusalén está ocupado y anexionado de forma ilegal.



Estoy convencida de que una mujer puede llegar a un nivel alto en su carrera si tiene fe en ella misma y es consciente del esfuerzo que representa



Ihsan estudió hasta el séptimo grado en una escuela de UNRWA en Beit Safafa porque tiene estatus de refugiada. Octavo y noveno lo cursó en otro colegio de UNRWA, en el campo de refugiados de Aida, en Belén, a 8 kilómetros al sur de Jerusalén. Para llevar a cabo sus estudios superiores, eligió la Universidad de Belén, donde se licenció en 1984.

De esa ciudad es oriundo su marido, a quien conoció “por casualidad” en casa de unos amigos. Él trabaja como técnico de laboratorio de análisis clínicos en el Hospital al Yamama de Belén, donde se instalaron tras casarse cuando Ihsan tenía 29 años.

Esta ciudad -hace años mayoritariamente cristiana y ahora de predominancia musulmana- es menos conservadora que otras en Cisjordania y la visitan con frecuencia los turistas. Con los años se ha expandido y ha engullido tres campos de refugiados: Dheisheh, Aida y Beit Jibrin. El primero se estableció en 1949 a las afueras de Belén para albergar a 3.000 personas. Ahora se encuentra a lo largo de una de las principales avenidas de la ciudad y sus habitantes son 15.000.



Las madres palestinas tienen miedo constante a perder a alguno de los suyos



Dheisheh está en Área A, una de las tres zonas en las que los acuerdos de paz de Oslo, firmados por palestinos e israelíes en 1993, dividieron Cisjordania. El Área A está bajo control administrativo y de seguridad de la Autoridad Palestina (AP), no obstante, las fuerzas israelíes entran en este territorio cuando se les antoja para efectuar arrestos.

“Dheisheh está conectado con Belén, siento que es parte de la ciudad. La mayor diferencia entre los dos lugares es el espacio físico, en el campo es muy limitado, está superpoblado y esto hace que la gente compita por los servicios, no hay espacios para los niños y niñas y les puede afectar psicológicamente, crea sensación de inseguridad e inestabilidad. Estar en el campo es algo a lo que los han forzado, las familias no lo han escogido. Además, sufren restricción de movimientos”, explica Ihsan, que trabaja en UNRWA desde 1991.

Entró como profesora de la Escuela Elemental de Niñas de UNRWA en el campo de refugiados de Dheisheh ese año y dio clases allí hasta 1996, cuando la nombraron directora. En este centro que dirige hace 22 años tienen servicio de asesoramiento psicológico y un programa especial de protección familiar que supervisa los casos de algunas alumnas en colaboración con sus familias.

Los colegios de UNRWA, que siguen el programa escolar del país o el territorio en el que se ubican -en este caso, el de la AP- también ofrecen programas sobre derechos humanos y resolución de conflictos. “A través de ellos, la enseñanza y la educación en un sentido amplio, las niñas tienen la oportunidad de conocer mejor sus responsabilidades y derechos”, indica Ihsan en tono firme.

A las alumnas del colegio les ofrecen “educación formal e informal”, dice Ihsan. “Las escuelas de UNRWA, donde la educación primaria es gratuita, forman parte de diferentes programas como los de Derecho a Jugar, el de la Fundación Real Madrid o Música para Todos, entre otros, que ayudan a mejorar el carácter de las y los estudiantes y les dan herramientas”, señala.

Las escuelas públicas de la AP y las de UNRWA no son mixtas. En comunidades muy pequeñas, niñas y niños van juntos a clase porque no cuentan con suficientes alumnos para separarlos por género o por falta de docentes.



Ihsan asegura que en el campo de Dheisheh, las niñas y las mujeres participan mucho en la vida social, en movimientos de base y asociaciones culturales. “La mayoría de las niñas del campo va a grupos de teatro, de baile, de *dabke* (danza tradicional). Algunos actúan en el mundo y dan una buena imagen de Palestina”, afirma Ihsan. “Dheisheh es una fuente de libertad”, sentencia.

Ihsan ha escuchado esta palabra desde que nació. “Mis padres nos educaron de la misma manera a hijas e hijos, nos dieron total libertad. Viajábamos dentro y fuera de Palestina, fuimos a Bagdad y a Kuwait, cuando ya no vivíamos allí”, cuenta esta docente que admite ser una fumadora empedernida.

“A mis hijas también les doy toda la libertad, sabiendo que si la toman, al mismo tiempo tienen sus responsabilidades. Envié a una hija mía tres meses sola a un curso en EEUU, y a otra, a Grecia”, señala Ihsan, madre de tres chicas y un chico con estudios superiores.

Ni Ihsan ni sus hijas llevan *hijab* (velo). “La religión depende de ti y de tu relación con Dios. Yo no me cubro la cabeza, en cambio, la mayoría de mis hermanas sí. Nunca se me ocurrió que mis padres, aunque fueran religiosos y hubieran peregrinado a la Meca, pudieran forzarme a ponerme velo porque se trata de algo personal”, asevera Ihsan, que cree en Dios y ha observado el ayuno del mes de Ramadán.

Esta mujer energética y a la vez de maneras amables asegura que en su casa -vive con su esposo, sus hijas y su hijo- todos participan en las tareas domésticas y que en este sentido también ha educado a sus vástagos por igual. “Mis hermanos ya colaboraban en el trabajo del hogar, limpiaban y ordenaban los colchones que extendíamos para dormir en el suelo. Y mi padre era un hombre bueno que trabajaba muchísimo y cuando tenía fiesta nos hacía pasteles y dulces especiales”, rememora Ihsan con cierta nostalgia.

No obstante, apunta que el peso del hogar y la familia recae sobre la espalda de las palestinas. “Como cualquier otra mujer del mundo, la palestina es “multitareas”, esposa, madre, trabaja y a veces constituye la fuente principal de ingresos de la familia. En el caso palestino, hay una característica especial: que vive bajo ocupación”, expone esta directora de escuela metódica que no permite que se le acumulen los papeles en la mesa.

“En muchas familias palestinas, el padre-marido está preso o es un mártir (muerto a manos de las fuerzas israelíes o al cometer un ataque). En estos casos, las mujeres se convierten en la principal fuente de financiación de la familia. Las madres palestinas tienen miedo constante a perder a alguno de los suyos o temen la situación política”, indica Ihsan.

“En otros casos, las madres están separadas de sus familias porque tienen un carné de identidad distinto al del resto y se quedan al otro lado del muro de separación o sufren la demolición de sus casas, un castigo colectivo que se usa contra los palestinos. Todo esto provoca falta de seguridad en las mujeres palestinas”, destaca.

El muro que Israel levantó en Cisjordania no sigue la línea que delimita este territorio y lo separa de Israel sino que arrebató tierra palestina y la incorpora ilegalmente a zona israelí. En algunos casos, el muro divide municipios palestinos.

Ihsan, convertida en una institución en la escuela y muy respetada por todo el personal, lamenta que en la sociedad palestina haya discriminación entre niñas y niños, mujeres y hombres en diferentes cuestiones, aunque matiza que no le gusta generalizar y que hay situaciones muy diversas.

“Las mujeres tienen dificultades. Algunas no son conscientes de sus derechos. Como son “multitareas”, su producción en algunas áreas queda minimizada. Las tradiciones pueden limitar sus ambiciones y perspectivas en esta sociedad patriarcal hegemónica. Y la ley no se cumple como se debe cuando se trata de violencia contra las mujeres. No estamos al mismo nivel que los hombres en la sociedad ni tenemos los mismos derechos”, denuncia Ihsan contrariada.

“Los hombres monopolizan ciertos trabajos y no hay suficiente participación de las mujeres en la toma de decisiones. Esto es debido a la manera en que la sociedad percibe a las mujeres. En muchos casos, los chicos, sólo por ser hombres, pueden salir hasta muy tarde, mientras las chicas tienen que quedarse en casa”, comenta.

“Pero la situación de desigualdad de las mujeres depende de las familias, de la educación, de la localidad donde vivan”, matiza Ihsan, e inmediatamente asegura que en su entorno familiar y laboral no percibe discriminación contra las mujeres y goza de todos sus derechos. “Incluso, a veces, ser mujer tiene ventajas”, observa con mirada risueña.

Afirma que en su carrera nunca ha topado con escollos por ser mujer. “Mi creencia en la educación, mi propia personalidad, la manera en que viví y vivo me pusieron en una posición donde no encontré dificultades. Estoy convencida de que una mujer puede llegar a un nivel alto en su carrera si tiene fe en ella misma y es consciente del esfuerzo que representa”, asevera Ihsan.



Esta mujer decidida y trabajadora es optimista respecto a los avances en la situación de las palestinas. “Creo que hemos experimentado una mejora. Las mujeres han jugado un mayor rol en los últimos años y es porque hay más mujeres con estudios, esto hace que sean más conscientes de sus derechos. Tenemos mujeres en el Consejo Legislativo, una (Samiha Jalil) que se presentó a las presidenciales (en 1996) y compitió con (el difunto líder histórico palestino) Yaser Arafat”, opina Ihsan.

Confiesa que su sueño es que “se acabe la discriminación contra las mujeres palestinas en general y respecto a las opciones de trabajo, que se acabe la subordinación de las mujeres a los hombres, que las palestinas puedan tomar sus propias decisiones, liderar la toma de decisiones y que se active la ley sobre la violencia contra las mujeres”.

“Todas estas cosas cambiarán con más educación y más conciencia de nuestros derechos. Tenemos que confiar en nuestros hijos”, subraya Ihsan, que confía plenamente en los efectos de la educación para cambiar el mundo y para conseguir la paz en lugares de conflicto como Palestina e Israel.

“La educación y los programas como los que seguimos en las escuelas de UNRWA sobre derechos humanos y resolución de conflictos pueden contribuir a lograr la paz. Si la educación no trae paz, ¿qué es lo que puede alcanzarla?”, se pregunta esta profesora ilusionada por las posibilidades de crecimiento personal y adquisición de conocimientos que el colegio ofrece a sus alumnas.

“Los conflictos acaban cuando la paz se hace presente. El nuestro terminará cuando se devuelvan los derechos a los palestinos. Deseo poder vivir en un Estado independiente donde tengamos autonomía y control sobre nuestras fronteras y entonces nos sintamos seguros. Espero ver ese final”, sentencia. “Bueno, si vivo muchos años, claro, dependerá de la voluntad de Dios”, añade riendo.



MARIAM ASHTIYEH:

“ Cuando te intentan quitar todo, hay que salir a defender lo tuyo ”

Por Beatriz Lecumberri

Mariam Ashtiyeh aprendió a escribir su nombre tras quedarse viuda en 2007. Sus hijos le enseñaron. Con unas manos endurecidas y resacas por el trabajo en los campos de olivos realiza, con un cierto orgullo, una firma con caligrafía temblorosa. Es la única palabra que sabe leer y escribir porque Mariam jamás pisó una escuela.

“Mi vida ha estado marcada por el sufrimiento y por un trabajo muy intenso. Diría que he sido medianamente feliz en contadas ocasiones”, dice, serenamente, a modo de presentación, esta palestina de 53 años en el humilde salón de su casa en Salem, una aldea de agricultores a las afueras de la localidad de Nablus, al norte de Cisjordania. “Cincuenta y tres años más o menos, porque nunca vi mi partida de nacimiento”, apunta.

El sufrimiento del que habla Mariam empezó a los cinco años, cuando falleció su madre. Su hermano pequeño tenía tan sólo cinco meses y recuerda cómo se lo ataba con un pañuelo alrededor de la cintura e iba a ayudar a su padre en el campo.

“¿La escuela? Nunca pude ir. Cuidé de mis tres hermanos durante toda mi infancia. A los 10 años cocinaba, limpiaba y trabajaba de sol a sol en el campo junto a mis

hermanos. Recuerdo que me levantaba a las 4 o 5 de la mañana e íbamos en burros al campo. A veces estaba tan cansada que mi padre me ponía a dormir un rato a la sombra de un árbol y después volvía a trabajar. Cuando regresábamos a casa y ya era de noche.”, explica, con la mirada perdida.



Las mujeres hemos luchado mucho por proteger la tierra y creo que en general las mujeres palestinas deberían tener más responsabilidades en la defensa de la tierra



Su padre se volvió a casar, pero los recuerdos de su madrastra no son muy agradables. “No era una buena mujer con nosotros”, zanja.

Sólo cuando sus hermanos fueron mayores, Mariam contrajo matrimonio. Tenía 26 años y su marido, Fahim, era un primo segundo, también de Salem. “No quise abandonar a mis hermanos antes. Quería que estuvieran bien y me casé tarde”, explica.

Fahim y Mariam tuvieron cinco hijos.

“Esos sí fueron años felices. La llegada de los niños, nuestra instalación en esta casa. No éramos ricos pero tampoco nos faltaba de nada”, recuerda. Eran finales de los años 80 y detrás de la puerta de su casa familiar estaba en pleno auge la Primera Intifada (1987-93). Siete años después estallaría la Segunda (2000-2005). Las dos revueltas dejaron un saldo global de casi 7.000 muertos palestinos y más de 1.100 israelíes. En esta zona del norte de Cisjordania las Intifadas se tradujeron en enfrentamientos y muertos cotidianos, toques de queda, restricciones de movimiento para ir a la vecina Nablus o para cultivar sus tierras. Acudir al hospital por una emergencia o al trabajo por la mañana podían convertirse en proezas inimaginables.

“En aquella época ayudábamos a los que se enfrentaban con piedras a los soldados, les dábamos agua, refugio, les curábamos algunas heridas y mentíamos a los israelíes para que no los encontraran. Las puertas de nuestra casa siempre estuvieron abiertas. Hemos llegado a recoger muertos en esta casa”, explica.



Me gustaría haber tenido una vida más fácil y también saber leer y escribir porque eso me habría hecho sentir más libre



En la Primera Intifada su esposo también fue arrestado durante una manifestación. No era activista, simplemente pasaba por allí, según Mariam. Durante cuatro meses no supo nada de él, ni siquiera si estaba vivo, hasta que un ex compañero de celda pudo darles noticias sobre su paradero. En aquellos años de violencia un asentamiento, Elon Moreh, comenzó a crecer silenciosamente a poca distancia de Salem.

El pueblo de Mariam está situado en el Área C de Cisjordania, una división establecida entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) tras los acuerdos de Oslo de 1993 con el objetivo de crear de forma provisional diferentes jurisdicciones en Cisjordania e ir transfiriendo más poderes de forma paulatina a las autoridades palestinas con vistas a la creación de un Estado. Pero la situación se congeló y esta división de Cisjordania prevalece hasta hoy.



Mi vida ha estado marcada por el sufrimiento y por un trabajo muy intenso



En la práctica, el área C, que representa un 60% de Cisjordania, está controlada militar y administrativamente por Israel e incluye decenas de pueblos y localidades palestinas además de todos los asentamientos israelíes en territorio Palestino ocupado, carreteras y zonas de seguridad.

“Me acuerdo de Salem sin colonias. Tengo grabado el momento en que vi por primera vez una familia de colonos y también la época en que empezaron a construir su carretera”, cita, refiriéndose a los años 70.

Elon Moreh, ilegal a ojos de la comunidad internacional, al igual que todos los asentamientos israelíes que se han alzado y se alzan en territorio Palestino ocupado y en los que ya viven cerca de 600.000 personas, es conocido por el radicalismo de sus habitantes. Los enfrentamientos entre los vecinos de Salem y los colonos son constantes. Mariam explica que actualmente los vecinos necesitan un permiso israelí para acudir a sus propias tierras. No obstante, ella y muchos otros acuden sin autorización.

“Cerca de la tierra de nuestra familia vive una familia de colonos. Los tenemos realmente al lado. Llevan años provocándonos, destrozando nuestros olivos con la complicidad de los soldados israelíes y robándonos tierra. Hace un par de años un colono robó 200 ovejas a vecinos de Salem. Las mujeres del pueblo fuimos a su casa a recuperarlas. Nos peleamos con toda la familia, nos gritamos y hasta nos golpeamos, pero salimos de allá con nuestras ovejas”, recuerda.



En aquella época ayudábamos a los que se enfrentaban con piedras a los soldados



Sus pequeños ojos tristes se iluminan y su rostro surcado por las arrugas se rejuvenece al recordar ese incidente. Es el único momento de la conversación en que estalla en una carcajada. Mariam puede ser una agricultora analfabeta y pobre que nunca salió de Palestina pero tiene mucha vida que contar y parece contenta de ser escuchada. Habla con libertad y muestra un ánimo y unas convicciones sorprendentes y firmes que la han mantenido en pie en los momentos más difíciles de su vida.



Hasta el día de hoy, Mariam, limitada por serios dolores de espalda y por una artritis fruto de años de intenso trabajo en el campo, acude a plantar aunque “termine de rodillas”.

“En otros pueblos la gente ha abandonado las tierras, pero en Salem están llenas de olivos. No tenemos miedo. Creo que la gente es más fuerte hoy que hace algunos años, cuando tirábamos piedras a los soldados y huíamos”, considera.

Mariam se refiere a las Intifadas palestinas que, según ella, no fueron inútiles pero no emplearon los métodos adecuados y la situación, finalmente, “acabó empeorando”. Su discurso es radical, pese a que nunca ha estado involucrada en movimientos palestinos. “Creo que si hubiéramos usado otras tácticas para resistir y hubiéramos

tenido menos miedo no habría colonos en esta tierra. Quienes tienen miedo ahora son los israelíes, que nos disparan sin razón, nos acusan de ser criminales sin hacer nada y no nos dan la posibilidad de defendernos”, lanza.



Cerca de la tierra de nuestra familia vive una familia de colonos. Llevan años provocándonos



Mariam se refiere al repunte de la violencia entre israelíes y palestinos registrado desde octubre de 2015, a los ataques, la mayoría con arma blanca, perpetrados por palestinos anónimos y sin especial militancia política, contra soldados y colonos y a la fortísima represión llevada a cabo por los militares israelíes para abortar o disuadir estas agresiones.

“Lo mínimo que se puede hacer cuando te intentan quitar todo es no quedarse en casa y salir a defender lo tuyo. Aquí, por ejemplo, en Salem las mujeres hemos luchado mucho por proteger la tierra y creo que en general las mujeres palestinas deberían tener más responsabilidades en la defensa de la tierra. Si fuera más joven no me involucraría en política ni en movimientos palestinos sino en asociaciones de defensa de lo que es nuestro”, afirma.

Las paredes de la casa de Mariam están prácticamente desnudas. El hogar es tan austero y modesto como la apariencia de su dueña. Mariam se viste de negro desde el 28 de agosto de 2007, día en que falleció su marido, al sufrir un ataque al corazón entre dos jornadas de trabajo en territorio israelí. Había conseguido un empleo en la construcción y cruzaba ilegalmente desde Nablus a Israel cada semana. Tenía 47 años. Una gran fotografía de Fahim rodeada de rosas de plástico preside el salón de la casa familiar.



A los 10 años cocinaba, limpiaba y trabajaba de sol a sol en el campo junto a mis hermanos



“Desde que él murió no me interesa usar ropa bonita. Antes sí llevaba muchos vestidos bordados a mano con colores, como es típico de Palestina”, explica.

Mariam vive ahora con sus cinco hijos, la esposa de su primogénito y su primera nieta, Katryn, de un año y medio. Subsisten gracias al salario de dos de sus hijos. La ocupación, según ella, impide que el resto encuentre un trabajo digno. Cuando se quedó viuda siguió trabajando con ahínco en el campo y cuidando a los animales que poseían. Sus cinco hijos terminaron la escuela y tres fueron a la universidad.

“Cuando murió mi esposo la gente me dijo enseguida que sacara al mayor de la escuela para que me ayudara pero me negué. Quise que estudiaran y tuvieran la oportunidad de elegir. Si después si quieren trabajar en la tierra que lo hagan,



pero que estudien primero. No lo pasamos bien, no comíamos tan bien como otras familias pero logramos sobrevivir”, explica.

En Palestina, si bien es normal que los hombres que se quedan viudos contraigan de nuevo matrimonio, ocurre menos a menudo que las mujeres que pierden a sus esposos se vuelvan a casar. En el caso de Mariam, ella ni se lo planteó. “No podía querer a nadie después de a mi marido”, afirma.

A Mariam le cuesta imaginarse un futuro en paz. Ya en su día a día y ante la violencia de los colonos, afirma sentirse desprotegida. “Hace años que nos defendemos solos”, zanja. Su fe, inquebrantable como su tesón, le ha hecho sacar fuerzas de flaqueza en los momentos duros. El viaje más largo de su vida ha sido a Jerusalén, situado a unos 70 km, donde desde hace años “por ser ya vieja”, no necesita autorización especial de Israel para ir a rezar a la mezquita Al Aqsa.

“¿Si pudiera cambiar algo de mi vida?”, repite, mirando al techo del salón. Le cuesta contestar y pensar por un momento sólo en ella. Levanta los brazos al cielo y al final responde. “Me gustaría haber tenido una vida más fácil y también saber leer y escribir porque eso me habría hecho sentir más libre”.

“ Mi sueño es ser presidenta de Palestina ”

Por Ana Alba

Maysoun Qawasmí recuerda las mariposas en el estómago el día que cruzó por primera vez el paso fronterizo Rey Husein-Allenby, entre Jordania y Palestina, controlado por Israel. Tenía 23 años, estaba recién casada y regresaba a su tierra.

La familia de Maysoun, cuyo apellido de soltera es Al Banna, procede de Jaffa, ciudad costera palestina que en 1948 pasó a formar parte de Israel. Una parte de la casa de los Al Banna sigue en pie, pero no la pueden recuperar porque Israel la confiscó. A sus dueños los echaron en la *Nakba* (catástrofe en árabe), palabra que designa la huida forzosa y expulsión de más de 700.000 palestinos al crearse el Estado de Israel. Los Al Banna se refugiaron en el Líbano y unos años después se trasladaron a Jordania. Allí nació Maysoun en 1969.

“Cuando crucé Allenby sentí una emoción muy grande, nunca había pisado Palestina” rememora Maysoun mientras se lleva las manos al corazón. “Mi padre nos contaba cada día una historia de Jaffa y de Haifa, cómo los sacaron de su tierra y se fueron en barco al Líbano, y que mi abuelo murió tras estar una noche llorando por haber visto naranjas de Jaffa unos años después de que los echaran...”, relata con tristeza.

“Amamos nuestra tierra, la Palestina histórica, y todos los refugiados estamos convencidos de que volveremos”, afirma. Maysoun -que no tiene estatus de refugiada de la Agencia de la ONU para la Población Refugiada de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA) porque su padre renunció a inscribirse al no necesitar asistencia- vio por fuera la casa de su abuelo en Jaffa cuando pudo entrar en Israel.

“Mi sueño era retornar a mi tierra. Mi marido y yo nos prometimos que lo haríamos. Nos casamos cuando acabé la universidad, en 1992, y viajé a Palestina con un permiso de la ocupación israelí para estar allí tres meses”, relata.

Su esposo, Omar Qawasmi, pertenece a un conocido linaje de Hebrón. El suegro de Maysoun, Fahed Qawasmi, fue alcalde del municipio entre 1976 y 1980, hasta que Israel lo deportó al Líbano. Luego lo mataron en Jordania. El grupo palestino Septiembre Negro reivindicó su asesinato.

“La llegada a Hebrón fue dura, es una ciudad conservadora. Soy de una familia musulmana abierta y no me cubría la cabeza. Estábamos aún en la Primera Intifada (levantamiento palestino contra la ocupación). Regresar a Palestina en estas condiciones fue duro, pero me dije que tenía que adaptarme y trabajar”, explica con entusiasmo.

En Hebrón, de 215.452 habitantes, yacen los patriarcas y matriarcas del pueblo judío encabezados por Abraham, patriarca y profeta importante para el Islam. Es la ciudad más grande de Cisjordania y, hasta hace unos años, su economía era boyante. La ocupación israelí aquí es especialmente demoledora. El ejército israelí, incrustado en el corazón de la ciudad vieja, protege a unos centenares de colonos judíos atrincherados que han expulsado a la población palestina de una buena parte de la zona histórica y agreden a quienes resisten.

Recién llegada y a pesar de su juventud, Maysoun empezó a trabajar como directora de la Sociedad Benéfica para Mujeres de Hebrón. “Era una extraña, era muy difícil integrarse porque son muy cerrados. En la asociación aprendí mucho de las mujeres. Para conocer una sociedad tienes que conocer a sus mujeres. Fue clave para que me respetaran”, comenta esta mujer fuerte y decidida.



*Para conocer una sociedad tienes que
conocer a sus mujeres*



Maysoun venía de estudiar en la universidad, en Amán (Jordania) y en Beirut, la capital libanesa, quizás la ciudad más liberal del mundo árabe. Allí se licenció en Literatura Árabe y obtuvo diplomas en áreas de Administración y Sanidad. Estaba acostumbrada a viajar sola, a salir con amigos y a colaborar como voluntaria en asociaciones.

“Mi padre quiso que estudiáramos en la mejor escuela de Jordania. Nos animó a estudiar a hijos e hijas”, destaca Maysoun. “Era un hombre increíble, muy abierto. A mis hermanas y a mí nos dejaba ir a todas partes y me apoyó en mi trabajo de voluntaria. Me enseñó a exigir mis derechos, ser fuerte y no temer a nada”, relata. No obstante, recuerda que su padre no participaba en las tareas de casa.

Mientras Maysoun habla, su móvil suena a menudo y en su oficina entran constantemente empleados del lugar donde trabaja. Es directora de la agencia oficial de noticias palestina Wafa en Hebrón. “No es nada fácil para una mujer ostentar una posición de toma de decisiones y decirles a hombres lo que tienen que hacer, es difícil que lo acepten. Cuando me nombraron en Wafa, hace diez años, muchos me rechazaron. ¡Me enteré de que algunos no les dijeron a sus esposas que tenían una jefa!”, exclama en un tono entre serio y cómico. “Ésta es la mentalidad patriarcal, los hombres piensan que las mujeres no tienen que participar en la toma de decisiones”, recalca.



No es nada fácil para una mujer ostentar una posición de toma de decisiones



Maysoun, que tiene tres hermanas y dos hermanos, lamenta que en el mundo árabe, a las mujeres trabajadoras se les exige llegar a casa antes que su marido para preparar la comida y encargarse de los hijos. “Ellos aportan su sueldo y lo demás es responsabilidad de la mujer. No hay ningún reparto de las tareas domésticas. En muchos casos, la costumbre es que sólo se permite trabajar a la mujer como profesora o enfermera. Rechazo esta manera de pensar”, subraya con vehemencia.

Asegura que en su casa, el peso de las tareas del hogar lo lleva ella, pero todos colaboran. “El vecindario sabe que mis tres hijos varones me ayudan en casa y no nos avergonzamos. Al principio, algunos vecinos me preguntaban por qué. Ahora, muchos hacen lo mismo”, indica Maysoun. “La mentalidad sigue siendo que el hogar es cosa de mujeres. No obstante, entre la gente joven son palpables los cambios. Las redes sociales y los medios contribuyen. Ahora entienden que pueden fregar y tender la ropa y no pasa nada. Pero falta convencerlos a todos”, comenta.

“Hoy la mujer tiene estudios, comprende sus derechos, no quiere construir una familia como lo hicieron sus padres e intenta convencer a su marido de que tienen que compartir. Las jóvenes quieren maridos como los de Europa, pero les resulta prácticamente imposible”, señala. “Para construir una buena familia, el hombre y la mujer tienen que participar por igual. Omar y yo lo hicimos como socios de una empresa, lo compartimos todo, el dinero también, y criamos a nuestros hijos e hijas adecuadamente. Estoy orgullosa de ellos”, explica Maysoun.

“Mi marido me apoyó, si no, no hubiera podido lograr mi posición en mi vida profesional y personal. Y me respaldó cuando decidí no llevar velo en Hebrón. Las cuestiones religiosas son entre Dios y yo”, asevera. Después de la Segunda Intifada, empezó a cubrirse la cabeza. “Mataron a muchos amigos. Decidí ponerme el pañuelo porque... soy musulmana. Hay que separar la religión de la política”, opina. Su hija de 17 años no lleva velo y a sus padres les parece bien “porque es su decisión”. Ser musulmana y no ir cubierta en Hebrón es excepcional.

“Mi padre me dijo que tenía que ser fuerte para que mis hijos e hijas y mi país lo fueran. La mujer es la que cría a los niños y niñas aquí, por eso me fijo en las madres”, reconoce.



A la vez, critica que la sociedad controle a las mujeres. “La principal dificultad que he encontrado en mi carrera es la tradición, que no ve bien que seas política, feminista o trabajes en medios de comunicación”, indica.

“La sociedad te carga la responsabilidad y te pregunta si puedes hacerlo todo: trabajar, ocuparte de tus hijos, tu marido, los parientes y la casa”, dice Maysoun. “Gracias a que mi madre se quedaba con mis hijos, pude viajar y desarrollar mi carrera”, puntualiza.

Desde 2013, Maysoun preside la Sociedad de la Mujer Activa (*Woman Active Society*) en Hebrón, que ofrece formación profesional a mujeres y en 2007 dejó de depender de su fundadora, UNRWA. “Si no tienes empoderamiento económico no puedes conseguir nada”, subraya.

Maysoun, tenaz y animada, considera que las mujeres “pagan más que los hombres por la ocupación israelí. También las arrestan y encarcelan. Y si a quien detienen es a su marido, son madre y padre, educan solas a sus hijos, sufren dificultades económicas, esperan a su esposo 20 años, la sociedad las observa y las juzga. Si tu marido va a la cárcel, toda su familia será tu marido, todos los vecinos serán tu marido. Preguntarán: ¿por qué sale, por qué entra, por qué trabaja, por qué se maquilla?”, recalca.

Maysoun, que también es coordinadora en Hebrón de la ONG Iniciativa Palestina para la Promoción del Diálogo Global y la Democracia (*The Palestinian Initiative for the Promotion*

of *Global Dialogue and Democracy*, Miftah) rechaza la violencia, pero considera que la del ejército israelí en el territorio Palestino ocupado pone a prueba a cualquiera. “Tenemos que ver cómo acabamos con la ocupación y decirles a nuestros niños y niñas que los necesitamos vivos, que no vayan a un control militar con un cuchillo. Tienen que crecer amando la vida”, recalca en referencia a los ataques o presuntos intentos de agresión por parte de palestinos contra israelíes en Israel y Palestina.



Amamos nuestra tierra, la Palestina histórica, y todos los refugiados estamos convencidos de que volveremos



“No he permitido a mi hija ver nada en la televisión sobre los hechos ocurridos (desde octubre) porque nunca se sabe qué reacciones y emociones pueden provocar las imágenes”, apunta Maysoun, que espera ver el final de la ocupación, “aunque tenga cien años”. “Para acabar con ella hay que poner fin antes a la división entre Fatah y Hamás”, señala.

Miembro de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (*Women’s International League for Peace and Freedom WILPF*), Maysoun considera que la lucha feminista es paralela a la que combate la ocupación, pero asegura que la prioridad en Palestina es la segunda. Explica que las mujeres son activas en Hebrón, pero que muy pocas forman parte del movimiento feminista.

Con gesto de preocupación alerta de que “el movimiento de mujeres en Palestina era más fuerte antes que ahora”. “Estamos poco coordinadas, a veces dos asociaciones quieren trabajar en lo mismo y no se ponen de acuerdo”, confiesa Maysoun, que da cursos a mujeres de formación en comunicación y liderazgo, empoderamiento y habilidades políticas.

“En algunas ocasiones, el movimiento feminista no ha aportado más derechos a las mujeres o no las ha apoyado bastante, no ha respaldado a una mujer porque tenía una posición fuerte, por celos o porque no la ha entendido”, asegura Maysoun, que critica la falta de apoyo al ingreso de jóvenes en grupos feministas. También advierte de que formaciones islamistas como Hamás tienen grupos femeninos, pero no defienden los derechos de las mujeres.

Para Maysoun, el auge de fuerzas islamistas es muy perjudicial. “No les importan las mujeres, las tienen, pero no para defender sus derechos”. El crecimiento, en particular en Hebrón, de grupos islamistas radicales como Hizb ut Tahrir (Partido de la Liberación) la inquieta.

También le preocupa que los partidos palestinos no apoyen a las mujeres. “Vienen a buscarnos sólo cuando nos necesitan. Por eso establecí una candidatura femenina para las elecciones municipales del 2012”, explica. “Aunque no ganara, quería demostrar que se podía presentar una lista femenina”, apunta. Integrada por 11 mujeres, su lista no logró votos suficientes para tener un escaño en el consejo municipal. Entre los nuevos concejales hubo mujeres por el 20% de cuota femenina.

Maysoun se queja que algunas mujeres que colocan los partidos obedecen lo que dice su formación, pero no trabajan por sus derechos. “Estoy en el movimiento feminista desde

hace 25 años y me pongo nerviosa cuando oigo a un partido que afirma que apoya a las mujeres porque no es cierto. Luchamos mucho para tener una cuota de representación en organismos. Respecto a las formaciones, sólo algunas de izquierdas la establecieron”, señala Maysoun.

En el 2005, el Consejo Legislativo Palestino (CLP, Parlamento) introdujo una cuota femenina del 20% en la ley electoral que se aplicó en las elecciones parlamentarias del 2006 (no se han celebrado otras). Los partidos prometieron aumentar la cuota al 30%, pero no lo aplicaron.

“Mi sueño es presentarme a las elecciones y ser presidenta de Palestina, aunque no es fácil. Trabajo duro para ser miembro de la OLP. Me gustaría estar en el CLP, ser ministra, aunque es complicado porque los partidos no permiten que te presentes si no lo deciden ellos”, recalca Maysoun.

Esta mujer de ideas claras confiesa que simpatiza con Fatah, aunque no milita en ningún partido, y anuncia que cuando se convoquen elecciones parlamentarias volverá a encabezar una lista independiente pero paritaria, con un 50% de mujeres y un 50% de hombres. La experiencia de 2012 le demostró que “la sociedad aún no entiende lo que es votar a una lista de mujeres”.

Para cambiar la sociedad patriarcal y en particular la palestina, Maysoun cree necesario “educar a los niños desde pequeños, enseñarles que las niñas tienen los mismos derechos, formando sólo a las mujeres no se consigue el cambio, hay que focalizarse en los hombres”. “Di cursos en la ciudad vieja de Hebrón a hombres que viven bajo ocupación. No fue fácil que me escucharan. Algunos alegan que los queremos perjudicar con los derechos de las mujeres y la ley”, destaca Maysoun.



La sociedad te carga la responsabilidad y te pregunta si puedes hacerlo todo: trabajar, ocuparte de tus hijos, tu marido, los parientes y la casa



Para ella, las mujeres están “mejor en Palestina que en otros países árabes” y en la sociedad palestina se han producido avances como la derogación, por parte del presidente palestino, Mahmoud Abbas, de los atenuantes en “crímenes de honor”. Se trata del asesinato de personas -la mayoría mujeres- cometido por un pariente que acusa a la víctima de deshonorar a la familia por rechazar un matrimonio concertado, tener una relación amorosa no aprobada, mantener relaciones sexuales extramatrimoniales, ser víctima de una violación, tener relaciones homosexuales o renunciar a su religión. Estos crímenes siguen perpetrándose y las ONG piden una legislación específica para disuadir a los perpetradores potenciales de cometerlos.

Maysoun, que intenta concienciar sobre los derechos de las mujeres a través de un programa de radio, admite que, a veces, tiene que ceder al dictado de la sociedad patriarcal y “aceptar el sistema de clanes para solventar problemas, en lugar de acudir a la ley”.



NADIA ABU NAHLA:

“ Como movimiento feminista, deberíamos tener un programa claro y unido ”

Por Isabel Pérez

Hace más de treinta y cinco años, el periódico ‘al Fayr al Adabi’ (La madrugada literaria) publicaba cada domingo la columna de su más joven colaboradora. Sólo tenía 13 años, pero Nadia Abu Nahla dejaba boquiabiertos a los y las lectoras con su columna La Luz Verde.

Nadia creció en el seno de una familia de refugiados de Palestina, culta y acomodada, todos musulmanes liberales, por eso les sorprendió que ella creciera aferrándose cada vez más a una versión conservadora del Islam. Nadia no sabía entonces de ideologías, sólo seguía los dictámenes de su corazón, y así continuó escribiendo para ‘al Fayr al Adabi’, un periódico de izquierdas liberal.

LA CUNA DEL FEMINISMO

Nadia Abu Nahla fue una niña precoz, siempre fue la más joven en todos los ámbitos donde actuó. Comenzó la universidad tan sólo cuando tenía 16 años:

“En la universidad era la estudiante más joven porque mi madre, que era directora de escuela, no sabía qué hacer conmigo mientras ella trabajaba.- Explica Nadia sonriente.- Así

que decidió meterme a la escuela a los 4 años. Terminé el bachillerato y era la más joven, terminé la universidad y lo mismo”.

La madre de Nadia era, además, profesora de Lengua Árabe, su padre, un comerciante adinerado. Ambos provenían de familias liberales acomodadas.

“Mi madre leía mucho, era muy culta - continúa Nadia.- Ni ella ni mi padre eran personas religiosas. Mi madre ni siquiera llevaba *hijab* (el velo islámico que cubre el cabello), por eso se asombró muchísimo cuando decidí ponérmelo”.

Con 13 años Nadia era la única musulmana que portaba el *hijab* en la escuela y siguió con él hasta los primeros años universitarios. Sus padres temían que los israelíes la encerraran en una cárcel por todo lo que escribía o que se convirtiera en una “radical islamista”. La experiencia de su madre con los islamistas no había sido positiva: siendo miembro del Consejo Administrativo de la Asociación General de la Media Luna Roja en Gaza, los Hermanos Musulmanes habían atacado la sede, incendiándola.

“Llevaba velo, sí, me comportaba como una mujer religiosa, pero escribía como una mujer de izquierdas”, afirma Nadia.

Dentro de la Universidad Islámica de Gaza Nadia se topó con una realidad diferente a lo que se había imaginado. Por aquel entonces, ya se había puesto las *gafas feministas* y, de este modo, fue testigo incrédula de cómo los islamistas controlaban los movimientos de los jóvenes en el campus, imponiendo su propia versión del Islam.

“Los islamistas vigilaban cómo íbamos vestidas, cuánto maquillaje usábamos, cómo nos comportábamos”, recuerda la feminista. “Yo escribía como una persona de izquierdas, pero no dentro de un marco ideológico o conciencia política, escribía sobre cosas que me parecían naturales. Cuando los islamistas supieron que escribía en ‘La madrugada literaria’ me encasillaron como de izquierdas y comenzaron a atacarme, difamando sobre mí”.

LA LUCHA SIGUE EN CASA Y EN LA ORGANIZACIÓN

Nadia finalizó sus estudios de Historia en la Universidad Islámica de Gaza, después realizó un diploma en la Universidad Birzeit sobre gestión de ONG.

“Trabajé en la Media Luna Roja palestina durante un tiempo y, en 1995, empecé a trabajar aquí en el Comité Técnico de Asuntos de la Mujer (*Women's Affairs Technical Committee*, WATC). Tenía 30 años”, apunta Nadia.

En 1991, con la Conferencia de Madrid, el mandatario palestino Yaser Arafat organizó una delegación palestina formada por comités técnicos, entre ellos un comité de mujeres. Tras la firma de los Acuerdos de Oslo, en 1993, los comités técnicos se convirtieron en ministerios de la Autoridad Palestina. Todos excepto el comité de asuntos de la mujer.

“La responsable de dicho comité de mujeres, Soraida Hussein, se molestó muchísimo y, en 1994, creó WATC desafiando esta decisión política”, esclarece Nadia.

El Comité Técnico de Asuntos de la Mujer se convirtió así en una organización palestina referente. Nadia es la directora de su rama en la franja de Gaza, está casada y tiene dos hijos y una hija que son estudiantes universitarios. Su marido, como ella, también trabaja fuera de casa, pero dentro del hogar es principalmente ella quien se encarga de las tareas domésticas.



En la política la representación femenina es escasa



“Soy feminista y, sí, me ocupo de las tareas domésticas. Mi marido echa una mano. Si estoy fuera o viajando, él sabe que debe hacer las cosas de casa. Aunque es muy lento y no hace bien las tareas domésticas. Le da todo igual”. Nadia dice esto riéndose, pero también negando con desaprobación. Su marido “no se queja”, pero tampoco toma la iniciativa a la hora de hacerse cargo de las responsabilidades dentro del hogar, algo que puede considerarse positivo teniendo en cuenta cómo es la sociedad patriarcal gazatí.

Hablando sobre la situación de la mujer en la franja de Gaza, Nadia destaca cómo el bloqueo sobre la franja ha perjudicado notablemente las circunstancias provocando incluso una involución.

“Antes del bloqueo, del cierre de los pasos fronterizos en la franja, las mujeres tenían un papel en el comercio. Posteriormente, en la economía sumergida de los túneles con Egipto, ya no hubo representación de mujeres.- Describe Nadia haciendo alusión a los túneles que unían la franja con Egipto y que provocaron cierto alivio a la economía de la sitiada franja de 2006 a 2013.- Además, el bloqueo ha desatado otra problemática: los hombres mantienen una mentalidad cerrada, no pueden salir de aquí, no han visto otra cosa”.

La discriminación laboral, el obsoleto sistema jurídico de Gaza basado en antiguas leyes, la escasa presencia de mujeres al cargo de carteras ministeriales en el gobierno palestino es, según Nadia, una barrera a destruir.

LEYES ESCRITAS POR ELLOS Y EN SU PROPIO BENEFICIO

“La experiencia dice que cuando trabajamos sólo por el movimiento nacional palestino nos mandan a casa”, subraya Nadia con tono mordaz haciendo alusión a lo sucedido con los comités de la mujer tras los Acuerdos de Oslo.

Nadia pone el ejemplo de la decisión del Jefe del Consejo Supremo de Tribunales Islámicos en la franja de Gaza que prevé la protección del hombre que sufre “violencia doméstica”. La decisión establece que en estos casos los hombres puedan divorciarse de sus mujeres sin tener que pagarles lo estipulado en el contrato matrimonial.

“Todas estamos en contra de cualquier tipo de violencia doméstica, pero esta decisión podría poner en peligro todos los derechos de la mujer.- Opina Nadia.- Nosotras, como movimiento feminista, deberíamos tener un programa claro y unido porque es importante luchar para que modifiquen la legislación palestina. Tampoco tenemos ninguna ley que proteja a la mujer de la violencia de género”.



El estatus legal palestino no es el mismo en la franja de Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este. En la franja imperan órdenes y leyes de la época del Mandato Británico, del Imperio Otomano o de la época de la administración egipcia. La llamada ley islámica (Sharía) establece las normas sobre asuntos personales, esto es, matrimonio, poligamia y obediencia, divorcio unilateral por parte del marido (*talaq*), disputas matrimoniales, pos-divorcio, custodia de hijas e hijos y herencia.

“El presidente palestino ratificó el plan contra la violencia de la mujer y un plan para integrar a la mujer en el gobierno que dura hasta 2017. Casi ha terminado el tiempo y todavía no hay resultados ni presupuesto para temas de género.- Crítica Nadia.- Queremos hechos, no palabras”.

Mientras las feministas esperan las enmiendas oportunas del sistema legal, las prestaciones económicas para familias con menores a cargo van dirigidas al hombre, no a la mujer. Y los salarios más altos son mayoritariamente para ellos.

“La ley de servicio civil palestino incluye un pago extra en el salario del hombre por cada hija o hijo, no en el salario de la mujer.- Explica Nadia.- Siempre consideran al hombre como cabeza de familia. Esto sin hablar del salario, porque las mujeres cobran menos incluso si tienen estudios universitarios. En la política, la representación femenina es escasa, los puestos más altos son para los hombres”.

Para Nadia la filosofía es clara: “tiene que haber un equilibrio en la lucha por la causa del proyecto nacional del pueblo palestino y en la lucha por la causa de la mujer”.

Ella desearía que la independencia palestina llegara acompañada de la independencia de la mujer porque la mujer sale perjudicada debido tanto a la ocupación israelí como al sistema patriarcal palestino.

“El feminismo es un proceso y tiene muchas dimensiones.- Asegura Nadia.- Aquí, la feminista palestina que no critica la ocupación israelí y no ve una soberanía de Palestina no es feminista”.



NAWAL AL-GHSEIN:

“La mujer debe tener independencia económica para que su situación en la sociedad mejore”

Por Isabel Pérez

“No hay que parar, hay que seguir, seguir siempre hacia adelante”.

Las palabras de Nawal al-Ghsein, más conocida como Um Ibrahim, son el claro reflejo de una mujer emprendedora. Una mujer que no se rinde nunca a pesar de los obstáculos que no tienen por qué ser siempre de índole económico. También son sociales o políticos.

Um Ibrahim jamás ha tirado la toalla. Con sus 60 años, es la responsable de la rama en Gaza del Foro de Mujeres Emprendedoras palestinas (*Business Women Forum*), un cargo más que justificado por sus años de experiencia en el duro trabajo de abrir un negocio en un lugar castigado continuamente por las ofensivas militares israelíes. Siempre tuvo claro que el asociacionismo de mujeres, el trabajo tenaz y profesional codo con codo, es la clave para luchar en un mundo dirigido por y para hombres.

UN PRÓSPERO ASOCIACIONISMO DE MUJERES

La familia de Um Ibrahim es beduina, una comunidad patriarcal donde a las mujeres les está permitido tener su propia fuente de ingresos sin que el marido, teóricamente, pueda arrebatárselos. Um Ibrahim cuenta que su abuela, además, era consejera en la ciudad palestina de Beer Asaba'a, tras 1948 la ciudad israelí de Beersheba.

Tras casarse siguió disfrutando de un modesto pero más que suficiente poder adquisitivo hasta que las fuerzas israelíes detuvieron a su marido durante la Primera Intifada palestina. Um Ibrahim se quedó sola a cargo de los hijos y la situación económica empezó a deteriorarse.

“Yo tenía que arreglármelas para alimentar a mis cuatro hijos. Así que decidí abrir una tienda de bordados y vestidos palestinos.- Cuenta Um Ibrahim.- Yo había trabajado anteriormente. En casa cosía *tatriz* (bordados en árabe) tradicionales palestinos y los vendía. Mi madre era costurera. Siempre la veía trabajar con la Singer y aprendí de ella todo lo que sé”.

En 1992, su marido fue liberado y Um Ibrahim decidió cerrar la tienda. El negocio le había proporcionado dos elementos importantes: una amplia red de contactos y el concepto de solidaridad entre mujeres. Era el momento de seguir avanzando.

“Durante los años que tuve la tienda vi cómo las mujeres y las más jóvenes necesitaban que alguien les diera un empujón. Así, al cerrar la tienda, creé una asociación de mujeres que en poco tiempo se convirtió en una asociación con una sede de tres plantas a cargo de una fábrica de productos lácteos y una tienda de maquillaje. Teníamos grupos de mujeres en cada barrio de las localidades del centro de la franja de Gaza”, afirma orgullosa Um Ibrahim.

Los productos alimenticios se repartían en las escuelas de UNRWA. Los beneficios eran óptimos y esto animó a Um Ibrahim a tomar el siguiente paso y cubrir las necesidades de trescientos huérfanos de la franja. La asociación ofrecía una oportunidad de empoderamiento económico para las mujeres que participaban en ella, además de formación, ayuda humanitaria tras la ofensiva militar israelí de 2008/2009 y, sobre todo, los consejos de Um Ibrahim, atenta en cada momento para darles ese “empujón”. A su vez, el apoyo que recibió la emprendedora fue, como ella dice, “inmenso”.

“Nos ayudaron desde diversos ámbitos: la sociedad, los ayuntamientos, pero en 2010, tras quince años de andadura y profundo desarrollo, Hamás nos dio un golpe a todas las organizaciones más fuertes de la franja de Gaza- Relata Um Ibrahim mientras cambia la expresión de su rostro, hasta ahora jovial y animoso.- Nos cerró la asociación, que era algo más que eso, era una cooperativa de mujeres”.

CAER Y VOLVER A LEVANTARSE

Um Ibrahim se sumió entonces en una profunda depresión. Había estado trabajando veintiocho años de su vida, luchando por sacar adelante su sueño, haciendo que la vida de más de ciento cincuenta mujeres mejorara notoriamente.

“Hablé con mi marido, él siempre me ha apoyado en todo, y me dijo que decidiera lo que decidiera para él estaría bien. Quería seguir adelante, ¿cómo iba a abandonar a todas esas mujeres con las que había trabajado?”, explica Um Ibrahim.

Así es como, en 2011, decidió abrir de nuevo una tienda de bordados y vestidos tradicionales palestinos en el campo de refugiados de Nuseirat. La tienda, sencilla y no muy amplia, es el referente en toda la franja de Gaza en cuanto a vestimenta tradicional palestina.

“Ahora solamente puedo dar trabajo a quince mujeres. Desgraciadamente, el negocio ya no es lo que era por culpa del bloqueo que impuso Israel en 2007. Sin bloqueo podríamos participar en más exposiciones fuera de Gaza, tendríamos más ventas, más producción, habría más trabajo para ellas”, asegura Um Ibrahim señalando a dos de las jóvenes que trabajan para ella y que en ese momento están en la tienda atendiendo a las clientas. Las jóvenes le devuelven una sonrisa que refleja la profunda admiración y respeto que tienen por la mujer que les da esa oportunidad y que sigue desviviéndose para que ellas puedan tener sus ingresos. En algunos casos, es el único dinero que entra en sus hogares.

Por su parte, Um Ibrahim dice no conciliar el sueño al recordar los tiempos de bonanza, tiempos en los que las fronteras estaban abiertas y ellas podían exportar sus productos a Europa. Ella nunca pudo viajar a Francia o Inglaterra, a las exposiciones en las que ella era invitada especial como representante de Palestina, pero no pierde la esperanza.

“Es un desafío continuo. Yo me mantengo fuerte y así la gente que está a mi alrededor también se mantiene fuerte.- Reconoce la emprendedora.- Además, el trabajo del bordado palestino es una labor que mantiene viva la identidad palestina. Es también una cura psicológica: nos concentramos en el trabajo y vaciamos nuestras mentes de todo lo malo que nos ocurre”.

MUJERES PRODUCTORAS EN UNA SOCIEDAD CONSERVADORA

Um Ibrahim piensa que el apoyo de la figura del marido es imprescindible para que una mujer pueda salir adelante en un lugar tradicional y patriarcal como lo es Gaza. El primer reto es convencer al esposo de que el tiempo no estará enteramente dedicado al hogar.

“Mi marido me ha ayudado siempre, proponiendo ideas para mi trabajo o incluso compartiendo algunas tareas domésticas”, asiente la mujer que reconoce su “suerte” ya que su marido es “un hombre con estudios” que admite cierta flexibilidad.

Sin embargo, aun con la actitud benévola de su marido, esta emprendedora nunca ha logrado alcanzar la conciliación de la vida pública, doméstica, familiar y privada.

“El trabajo de casa siempre es una sobrecarga para mí.- Apunta Um Ibrahim.- Cuando mis hijos e hijas nacieron todo lo hacía yo, preparaba la masa del pan y cocinaba por la noche. Tras la detención de mi marido, les enseñé a mis hijos a que cada uno debía asumir una tarea del hogar, a pesar de eso yo nunca tenía tiempo para mí ni para mis cuidados personales. Ni siquiera dormía lo suficiente”.

El segundo reto para una mujer emprendedora es la sociedad. Um Ibrahim fue construyendo su propia red social como ella dice “respetando la sociedad y también siendo firme e imponiendo ser respetada”. La escasa presencia de mujeres en la vida pública gazatí no se lo ponía fácil, pero ella aprovechó una ventaja: la buena reputación de su familia y de su marido.

“Yo era una mujer muy activa, la gente conocía mi familia. Cuando tenía algún problema o era rechazada, organizaba una reunión con mujeres y hombres”, aclara Um Ibrahim.

Haciendo uso de los usos y costumbres de la sociedad palestina, Um Ibrahim sorteó los obstáculos. Con el tiempo, además, sus hijos e hijas crecieron hasta el punto de que no



representaban ya más una ocupación que le restara mucho tiempo. Um Ibrahim habla hoy satisfecha de su hija más joven:

“Es muy inteligente.- Asiente sonriente.- Es la estudiante más joven que ha terminado Magisterio en una universidad palestina. Ahora está estudiando Derecho. Habla francés e inglés y trabaja de vez en cuando en una ONG haciendo traducciones”.

Um Ibrahim es un ejemplo a seguir para su hija, pero también para muchas jóvenes que acuden a ella en busca de ayuda.

“Me piden ayuda y yo les digo: *Mirad, aquí tenéis una aguja. Coged las herramientas y os ofrezco un trabajo.*- Aclara.- Lo más importante para mí es que ellas no conozcan nunca el sufrimiento que yo pasé”.



La mujer debe tener independencia económica para que su situación en la sociedad mejore



Con la escasez de empleo, muchos son los hombres que han cambiado su parecer ante la idea de tener una esposa o una hija que salga de casa a trabajar y ayudar financieramente a la familia. A pesar de que ha habido cambios en la aptitud de la sociedad, el conservadurismo familiar y el control sobre las mujeres siguen existiendo:

“La situación de la mujer desde los años 90 hasta hoy ha mejorado, pero no de forma muy significativa.- Explica Um Ibrahim.- Antes no era aceptable que la mujer trabajase y siempre preguntaban a dónde vas, a qué hora llegas a casa. Ahora cada vez más chicas van a la universidad, salen de casa, trabajan, pero no es suficiente: las cosas negativas que nos afectan siguen siendo más que las positivas”.

Um Ibrahim deja claro que la mejor forma para que la mujer avance en la sociedad gazatí, se le dé mayor visibilidad y respeto, es trabajando.

“Mi teoría es que la mujer debe tener independencia económica para que su situación en la sociedad mejore. Debe ser productora, no una simple consumidora”, sentencia Um Ibrahim convencida.

SAMA AWEIDAH:

“ Mi abuela era de mente más abierta que las madres de ahora ”



Por Ana Alba

Sama Aweidah debía ser un hombre. Al menos, así lo esperaba ansiosamente su padre, después de tener dos hijas. Anhelaba un varón a quien darle el nombre de Osama, pero su esposa dio a luz por tercera vez a una niña. Estaba muy decepcionado, no quería entrar a verla, y su madre lo persuadió de que lo hiciera. Cuando miró a la pequeña Sama, ésta sonrió y su mueca lo cambió todo. El padre se lamentó por haberla rechazado y aseguró que no tendría más hijos porque ya no deseaba un varón. Como no podía ponerle Osama a la pequeña, decidió borrar la O y llamarla Sama.

“Mi padre nos mimó mucho a las tres, se convirtió en el defensor de las mujeres en la familia”, explica Sama, de 57 años y nacida en Jerusalén. Habla en tono pausado, no eleva la voz. Su aspecto apocado no hace justicia a un espíritu luchador forjado desde muy joven en movimientos políticos y feministas y fortalecido por una situación personal dura.

Es directora general del Centro de Estudios de las Mujeres (*Women's Studies Centre, WSC*), una ONG secular y feminista que trabaja por los derechos de las mujeres y la igualdad de género. El WSC -que se fundó en 1989 en Jerusalén y está en ciudades de Cisjordania

como Nablus, Belén y Hebrón- implementa programas de empoderamiento y lucha para institucionalizar el principio de la igualdad de género y reformar las tradicionales estructuras sociales, económicas, políticas y legales de Palestina.



La ocupación israelí afecta más a las mujeres



El centro desarrolla desde hace años el programa “Mujeres, ocupación y pérdida” porque “la ocupación israelí (de Palestina) afecta más a las mujeres”, asegura Sama. “Las culpan si matan a sus hijos porque son las que tienen que encargarse de ellos, tienen que ocuparse de su familia cuando demuelen su casa y gestionar un hogar en los escombros. Se suman los temas políticos a los de género”, subraya. Además, “la prioridad es luchar por la causa nacional y cambiar las normas sociales está en segundo plano”, alerta Sama.

En Palestina es difícil desligar la lucha de las mujeres por sus derechos de la causa palestina. “Tras la guerra del 48 empezó el movimiento feminista así: una parte de las mujeres estaba implicada en la causa nacional y lideraba una vía política. La otra, era un movimiento benéfico por los refugiados”, relata Sama, que militó en el Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP).

Las mujeres de esta formación impulsaron en 1978 la creación de comités comunitarios femeninos para focalizarse en cuestiones de género y equilibrar la lucha feminista y la causa nacional. El primer comité era unitario, con representantes de cuatro partidos: Al Fatah, el Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP), el FDLP y el Partido Comunista. En la Primera Intifada, las mujeres se dedicaron en cuerpo y alma a la causa nacional.

“Las mujeres fuimos muy activas en la Primera Intifada, estábamos en las protestas, organizando actos, protegiendo a los hombres. Por nuestro papel destacado, los partidos establecieron el Alto Consejo de Mujeres, la mano derecha del liderazgo unido de la Intifada”, cuenta Sama.

“Arrestaron a muchos líderes, hasta tal punto que el consejo de mujeres dirigió la Intifada un tiempo”, recuerda. “En esa época, aun conservo ese sentimiento, pensábamos que conseguiríamos la liberación, el fin de la ocupación. De hecho, estuvimos a punto de lograrlo, pero los acuerdos de Oslo consiguieron lo contrario y perdimos la unidad”, lamenta.

Al quedar arrinconadas las cuestiones de género en la Primera Intifada, algunas feministas vieron la necesidad de crear el WSC y centros de mujeres en Nablus y Gaza, que no están bajo el paraguas de la Unión General de Mujeres Palestinas. No obstante, muchas de sus integrantes miembros pertenecen a este organismo a título personal.

“Tras la Conferencia Mundial de Mujeres de Pekín, en 1995, se estableció la Estrategia de Mujeres Palestinas, pero nadie controló la implementación. Lo escrito no se ha traducido en programas y luchamos para que se haga”, comenta Sama, que piensa que la mayoría de palestinas no se siente cercana al movimiento feminista.

Sama considera un avance la introducción del 20% de cuota para mujeres en el Consejo Legislativo Palestino (Parlamento) y los consejos locales, aunque algunas formaciones colocan a representantes femeninas “que no están suficientemente preparadas, pero cumplen órdenes”. “En el caso de los partidos islamistas, algunas delegadas van contra los derechos de las mujeres”, apunta.

Sama opina que los políticos no se toman en serio las cuestiones de género y por eso pocos partidos aplican cuotas en sus órganos dirigentes. “Tenemos que trabajar para que la sociedad esté preparada para votar a hombres y mujeres, sin cuotas”, dice.

La presión del movimiento feminista logró que el presidente palestino, Mahmoud Abbas, derogara los atenuantes que reducían las condenas a autores de “crímenes de honor”. Se denomina así a los asesinatos de personas -la mayoría mujeres- cometidos por un pariente que acusa a la víctima de provocar la deshonra de la familia por rechazar un



Tenemos que trabajar para que la sociedad esté preparada para votar a hombres y mujeres



matrimonio concertado, tener una relación amorosa no aprobada, mantener relaciones sexuales pre-matrimoniales, ser víctima de una violación, tener relaciones homosexuales o renunciar a su religión. A pesar del cambio en la ley, se siguen cometiendo estos crímenes en Palestina y las ONG piden una legislación específica para disuadir a los perpetradores potenciales de cometerlos.

“Socialmente no avanzamos mucho. Mientras trabajamos para concienciar a la sociedad, están los que predicán lo contrario, hay dos movimientos de mujeres paralelos, el secular y el islamista”, recalca. “El islamista utiliza las cuestiones de mujeres para erigirse en protector de la religión y la cultura y acusar a los que queremos cambiar la situación de arruinar la sociedad con ideas occidentales”, expone. “También influye negativamente la situación de países vecinos, el auge del Estado Islámico, el Frente al Nusra y los Hermanos Musulmanes”, añade Sama.

“Hay feministas de los años 70 que ahora van con velo porque no pudieron aguantar los ataques islamistas. Hubo un imán que citaba a mujeres con nombres y apellidos en el sermón del viernes es instaba a matarlas. Yo estaba entre ellas. Arafat nos protegió entonces, pero ahora nadie podría garantizar nuestra seguridad, los islamistas tienen poder político y social”, alerta.

Recuerda que cuando se formó el breve gobierno palestino de unidad en marzo del 2007, Hamás ocupó la cartera de Asuntos de la Mujer. Sama era del comité asesor de ese ministerio de la Autoridad Nacional Palestina. “Los de Hamás, no querían tratar conmigo porque no llevaba velo. A un hombre no hubieran podido recriminarle nada semejante. Es mucho más fácil atacar a una mujer”, señala.

Sama asegura con un suspiro que en los años 70, “las cosas eran mucho mejor para las mujeres, fueron los años de oro”. Paso por delante de la escuela en la que estudié, en



Ramallah, y veo que casi todas las chicas llevan velo. Cuando yo iba al colegio, sólo dos chicas se lo ponían”.

Aunque Sama es musulmana, no se cubre la cabeza. Su elección le acarrea algunas dificultades, aunque su mayor problema es estar divorciada. “Hay unos vecinos que no me saludan porque creen que divorciada es sinónimo de mala mujer”. Sama se separó de su marido en el 2002 cuando dos de sus cuatro hijos -una chica y tres varones- eran menores de edad.

“Me casé cuando estudiaba en la universidad. Tenía problemas financieros, mi madre dejó la casa familiar, yo no tenía donde ir y me casé con un hombre a quien no conocía bien. Necesitaba que alguien se hiciera cargo de mí. Conviví con él 20 años, fue una vida problemática. No le gustaban mis tareas, pero nunca dejé de trabajar ni de estar implicada en política y feminismo”, asevera.

El divorcio le comportó mucho sufrimiento. Su marido lanzó una campaña para difamarla que la llevó a buscar el amparo del movimiento feminista. Recibió apoyos de asociaciones de mujeres en Palestina y en el resto del mundo árabe, ya que fue coordinadora del Fórum de Mujeres Árabes (Arab Women’s Forum, AISHA), contribuyó a la fundación del Tribunal de Mujeres Árabes y era miembro del Instituto Árabe para los Derechos Humanos de Túnez.

“Fue una alegría que me apoyara tanta gente del mundo árabe, pero muy doloroso que algunas feministas palestinas no lo hicieran. Creo que fue por la división interna y las envidias”, apunta.

“A nivel político era fuerte, pero a nivel social no. Mi marido decía que podía hacer cualquier cosa contra mí porque yo no tenía hombres en mi familia para protegerme. En la sociedad palestina, si no tienes parientes varones, te ven muy vulnerable”, constata contrariada. Desde que sus hijos son adultos, está protegida a ojos de la sociedad.



Hay feministas de los años 70 que ahora van con velo porque no pudieron aguantar los ataques islamistas



Su hija se casó con un austríaco. Ella era musulmana y él cristiano, pero Sama la apoyó. Al cabo de unos años, se divorciaron y ahora ella se unirá a un palestino de familia tradicional. “Me siento mal porque tengo que aceptar convenciones y principios en los que no creo, pero quiero proteger a mi hija y los admito”, lamenta.

Sama hace hincapié en que a menudo son las mujeres las que presionan más a sus hijas para que se ciñan al dictado de la sociedad “porque saben qué significa ir en contra de las tradiciones, y se las culpa si sus hijas son distintas”.

Considera que su abuela paterna tenía una mente más abierta que las madres de ahora. “Un primo le contó a mi abuela que yo iba a nadar a la piscina y estaba en bañador delante de todos. Mi abuela me preguntó si era cierto. Cuando le respondí que sí, me interrogó: “¿Estás segura de que el agua está limpia?”. Afirmé, y entonces me dijo: “Perfecto, era todo lo que quería saber”. Lo del bañador le daba igual”, cuenta Sama, que educó a sus hijos e hijas con una mentalidad abierta.

Esta mujer infatigable cree que la educación es fundamental para cambiar la forma de pensar. El centro que dirige incide de forma especial en la formación de niños y niñas sobre la igualdad de género. En su tarea, a menudo encuentra resistencia de profesores, padres e instituciones, que consideran que sus visiones van contra la moralidad o los principios de la sociedad palestina.

“Mi hijo pequeño tiene 24 años, estudia en Austria y es más feminista que muchas mujeres. No quiere volver a vivir en una sociedad como la nuestra. Cuando viene de vacaciones a Jerusalén limpia, cocina, y algunos amigos le preguntan si es gay”, cuenta Sama.

Si el chico pasa más de tres años fuera de Jerusalén podría perder el derecho a residir allí. Desde 1967, Jerusalén Este está ocupada por Israel, que se la anexionó en 1980. La población palestina jerosolimitana tiene permiso de residencia, pero las autoridades suelen retirárselo a quien excede tres años en el extranjero.

De pequeña, Sama vivió en Jordania. Cuando murió su padre, tenía 11 años y regresó con sus hermanas y su madre a Jerusalén, a casa de la abuela materna, que consiguió

La reunificación familiar. Poco antes de morir la había solicitado su padre, pero Israel se la denegó. “Mi padre sufrió un ataque al corazón cuando supo que no podía volver a Palestina”, afirma Sama.

Unos meses antes, ella, una hermana y su padre visitaron su casa familiar en el barrio de Katamon, en la parte oeste de Jerusalén, la israelí. En 1948, la familia paterna de Sama se vio forzada a huir durante la *Nakba* (catástrofe en árabe), la huida forzosa y expulsión de más de 700.000 palestinos de sus tierras por la creación de Israel.

“Mi padre llamó al timbre y una mujer israelí abrió la puerta. Vieron que se conocían. Era su vecina en 1948, la niña que jugaba con él. Nos invitó a entrar en la casa y nos ofreció café. Mi padre estaba muy apesadumbrado por ser un invitado en su propia casa y totalmente impactado porque sus vecinos se adueñaron de ella”, relata Sama.

El padre aspiraba a que sus hijas estudiaran en la universidad, pero al morir, su viuda y ellas se cobijaron en el hogar de la familia materna por falta de ingresos. Cualquier tema que concerniera a la vida de las niñas pasó a depender de los tíos, que les daban una mensualidad. “Decidieron que no iríamos a la universidad porque nos casaríamos con hombres ricos”, recuerda.

“Mi madre vendió lo poco que le quedaba para que mi hermana mayor ingresara en la universidad, pero no lo logró. Mi segunda hermana tuvo que ponerse a trabajar al acabar la escuela secundaria y yo fui la más afortunada, mis hermanas me ayudaron a seguir estudiando”, comenta Sama. Mientras estudiaba dio clases a compañeros y fue telefonista por horas en un hotel.

Empezó sus estudios universitarios en Jordania, pero por haber participado en protestas contra el acuerdo de paz de Camp David, entre Egipto e Israel, en 1978, la echaron. Luego la aceptaron en la Universidad de Birzeit (Cisjordania), donde se licenció en Administración de Empresas.

Sama da clases, conferencias y redacta artículos sobre temas de género. No obstante, lo que más le apasiona escribir son cuentos infantiles. “Me gustaría disponer de todo mi tiempo para ser sólo escritora y no tener que preocuparme por cómo ni dónde voy a vivir”, revela Sama, a quien asusta la idea de convertirse en una anciana que no pueda valerse por sí misma.

“No quiero vivir más que otros 20 años, no quiero ser dependiente”, confiesa. Con mirada melancólica vaticina: “llegará el final de la ocupación israelí, pero no creo que yo alcance a verlo, y menos con todo lo que está pasando en el mundo árabe, Palestina ya no es el foco de nada”.

Confía en poder “salvar” su residencia y la de sus hijos en Jerusalén, y desea presenciar el momento en que la población palestina tenga derechos, pueda entrar y salir de Gaza, y tener casas en Jerusalén de forma legal. Pero se muestra pesimista e insiste en que la vida para su pueblo “se deteriora”. Su enorme ilusión es su nieta Sama, de 9 años, que pasa los veranos con ella, y un nieto en camino que espera que sea niña porque así lo desea su nuera.



SAMAH SALAIME:

“ Las mujeres
somos las
grandes agentes
del cambio ”

Por Beatriz Lecumberri

“Soy mujer, palestina, musulmana, ciudadana de Israel y vivo en paz con todo ello”. Samah Salaime se autodefine sin titubear, como si hubiera tenido que responder muchas veces en sus 40 años de vida a preguntas sobre su identidad.

Con una sonrisa y un alegre “*marhaba*” (hola en árabe), va recibiendo a las chicas que entran en el local de la asociación Naam, fundada por ella hace seis años en la ciudad israelí de Lod, donde cerca del 25% de la población es palestina. En esta localidad, las mujeres “son a menudo víctimas por partida doble de la discriminación y la pobreza: primero por ser palestinas y segundo por ser mujeres”, explica Samah.

Las jóvenes presentes, algunas de ellas aún menores de edad, viven el barrio de Ramat Eskhol un lugar difícil de Lod donde las tradiciones y el peso de la religión están omnipresentes, el índice de criminalidad es 10 veces superior al del resto de Israel y los problemas sociales y el maltrato y marginación de las mujeres son frecuentes. Era el lugar propicio para crear una organización implantada realmente entre la gente, donde las puertas siempre estén abiertas y haya un té con menta para el recién llegado.

“Naam significa ‘sí’ en árabe. Significa, además, que hay sitio para todos, que cualquiera es bienvenido y que estamos disponibles para escuchar los problemas sin excluir ni juzgar. Ese era mi sueño y después de 15 años trabajando con mujeres decidí crear mi propia organización”, explica Samah.

Las chicas, la mayoría de ellas luciendo el *hijab* (velo), se reúnen en torno a unas galletas, un refresco y unas patatas fritas para hablar de sus problemas en casa, de sexualidad y de sus proyectos en los estudios. Esa tarde las coordina Dora, una joven palestina de 22 años que llegó a la asociación cuando tenía 16, tras haber sufrido abusos en casa. “Ha terminado la escuela y está comenzando estudios superiores gracias a una fundación que financia su formación. Se ha convertido en uno de los pilares de Naam. Estoy muy orgullosa”, afirma Samah.



*Soy mujer, palestina, musulmana, ciudadana de Israel
y vivo en paz con todo ello*



La fundadora y directora de Naam pertenece al 20% de la población árabe de Israel, palestinos que se quedaron tras la creación del Estado de Israel en 1948. Su familia procede de Al Shajara, un pueblo cercano a Nazareth, al norte, de donde tuvieron que salir antes de que fuera destruido, y ella nació en otra aldea cercana llamada Turaan. Tiene familiares refugiados de Palestina en varios países el mundo, algunos de ellos huyeron en los últimos años de Yarmouk, campo de refugiados de Palestina en Damasco, Siria, y han conseguido llegar a Europa. Su condición de refugiada la ha marcado y durante muchos años se sintió extranjera en su propia casa. Durante la entrevista, Samah manosea un llavero que representa la llave el retorno que muchos refugiados de Palestina usan como símbolo.

Actualmente, Naam cuenta con tres asalariadas y 40 voluntarias, y está financiada principalmente por el Dafna Fund, una fundación israelí feminista e independiente creada en 2003, que recibe donaciones de personas e instituciones, en su mayoría de Israel y Estados Unidos.

“Trabajamos con mujeres palestinas que son víctimas de violencia doméstica, que sufren agresiones sexuales o que no tienen sus papeles en regla y no existen legalmente y pueden ser expulsadas. Tratamos también casos de niñas que dejan la escuela y son obligadas a casarse con 14 o 15 años o de mujeres que son esclavizadas por las familias para las que trabajan. En un mismo día podemos dar asistencia psicológica a una víctima de abuso sexual y ayudar a una madre a inscribir a su hijo en la escuela porque no sabe cómo hacerlo. Además de todo eso hacemos hincapié en la prevención de jóvenes, como ocurre en la reunión de esta tarde.” explica.

En las paredes de la oficina de Naam están algunos de los triunfos de Samah. Todas tienen nombre y apellidos. “Ella es la primera de la familia que va a la escuela, ella sufrió abusos por parte del padre, pero ahora es independiente, trabaja y hasta conduce, esta señora es la segunda esposa de un palestino que ya murió. No tiene papeles y ha estado a punto de ser expulsada varias veces, pero sus hijos son israelíes y la

hemos ayudado a quedarse”, explica, señalando varios de los retratos que llenan la pared. “Creo en estas mujeres, creo en sus posibilidades como seres humanos y en su capacidad de éxito”, asegura, convencida.

Pero Samah también tiene varias estadísticas en la cabeza que le recuerdan todo el trabajo que queda por hacer: En la última década, 37 mujeres palestinas fueron asesinadas en Lod y la ciudad vecina de Ramla a manos de familiares o desconocidos y un 80% de los casos está por resolver. En Lod, sólo un 14% de las chicas palestinas va actualmente a la universidad. Y los porcentajes continúan.

“Pero pese a todo las cosas van mejorando. A nosotras nos costó generar la confianza necesaria en este barrio. Hemos hecho cosas que a mucha gente no le gustan como por ejemplo salir a la calle a manifestarnos cada vez que una mujer muere violentamente. Pero a la última protesta, el pasado noviembre, vinieron centenares de personas”, se felicita.



El motor de cambio y la gran revolución para las palestinas de Israel vendrá de mano de la educación



Samah no lo duda: el motor de cambio y la gran revolución para las palestinas de Israel vendrá de mano de la educación, que les dará la llave para tener las riendas de su vida y ver otras posibilidades además de casarse y ser madres. Se expresa con una voz dulce pero firme, la misma que usa cuando va al Parlamento israelí a denunciar crímenes y abusos, y reivindicar igualdad y derechos para las palestinas que viven en Israel o acude a una casa familiar a intentar explicar a un padre por qué sería una buena idea que su hija siguiera yendo a la escuela.

Lleva trabajando con mujeres desde que terminó sus estudios de Asistencia Social y posteriormente de Derecho y Criminología. Sus primeros pasos laborales fueron en Jerusalén, en la Ciudad Vieja, tras la firma de los acuerdos de paz de Oslo (1993) entre israelíes y palestinos, una época en la que había ilusión y dinero para financiar proyectos.

“Cuando llegué a la Ciudad Vieja sufrí el choque de mi vida. Estábamos a 15 minutos a pie de mi universidad y no conocía nada. Tuve que empezar de cero. La Ciudad Vieja es muy tradicional y muy intensa desde el punto político. Y esa tensión hace que también haya muchos casos de abusos y de violencia. Las chicas sufren mucho en esas casas tan pequeñas y tan pobres... Para mí después de ver aquello, ya no había marcha atrás”, recuerda.

Después de trabajar varios años en la Ciudad Vieja y en barrios del Este de Jerusalén, se mudó a esta zona del centro de Israel donde participó en centros de mujeres dependientes de los Ayuntamientos de Lod y de Ramle.

“Un día, en 2008, recibí una llamada en la que se me dio a entender que tenía que focalizarme más en educación y menos en crímenes y violencia de género. No podía



hacer eso. Pensé que ya era hora de dejar esas organizaciones en las que no podía hacer lo que yo creía correcto y crear mi propia asociación”, explica.

Samah se reivindica feminista y protagonista, con su lucha y su trabajo, de un pedacito de la historia de la “batalla más larga para la liberación, donde la mitad de la humanidad, las mujeres, reivindican sus derechos frente a la otra mitad, los hombres”.

“Yo me digo que estoy sembrando y creo que en cada pueblo debería haber una organización de mujeres porque cuando se crea una algo pasa. Se habla de cosas que no se hablaba antes, se toma conciencia de ciertas realidades y ya nada vuelve a ser lo mismo. Las mujeres somos las grandes agentes del cambio”, afirma.

Sin embargo, considera que el feminismo palestino tiene 30 años de retraso, fundamentalmente en las comunidades árabes-israelíes. “No vivimos en lugares ordinarios. Aquí el conflicto lo controla y lo contamina todo. Primero luchamos por el país, por la paz, por la tierra, por nuestra casa y después, muy por detrás, llega la lucha feminista”, resume.

En Cisjordania y Gaza, Samah considera que el feminismo tiene mayor fuerza e identidad y las mujeres “participan en los retos y en la construcción nacional desde hace décadas”. “Viven bajo ocupación, pero tienen, por ejemplo, mujeres jueces hace más de diez años. En Israel no hay una sola jueza palestina”, cita.

Incansable, lúcida y siempre optimista y bienhumorada, Samah escribió recientemente una pequeña guía, “de supervivencia” para los y las palestinas que viven en Israel, sobre todo en tiempos en que arrecia la tensión y la violencia como el actual, donde los y las árabes-israelíes están más expuestos a desprecios y agresiones.



Creo que en cada pueblo debería haber una organización de mujeres porque cuando se crea una algo pasa



Ella puede hablar hebreo sin acento y “pasar casi desapercibida”, pero admite que evita responder al teléfono en árabe en los transportes públicos o ir a ciertos lugares como centros comerciales. “Creo que hasta para eso hay machismo. Las mujeres árabes estamos más marcadas, primero porque buena parte usa velo. Un palestino hombre puede parecer un judío del Magreb y tiene menos problemas que nosotras en la calle”, considera.

Samah también hizo hace poco la experiencia de ponerse un *hijab* (velo) negro e ir al metro de la ciudad de Haifa como una pasajera más. Una compañera hizo un video de ella a distancia en el que se pueden ver las miradas de desconfianza, recelo o rechazo que Samah despierta a su paso y como algunos pasajeros se alejan incluso de ella, algo que no le ocurre yendo con el cabello descubierto.

“Durante décadas los palestinos y palestinas de Israel creímos que éramos ciudadanos y que vivíamos en democracia pero no es cierto y aún estamos luchando por conseguir cosas terriblemente básicas y seguimos viviendo en guetos. La catástrofe en la sociedad israelí es que todo es actualmente aceptable y que parece que un israelí es más patriota si odia a los árabes”, considera.

Escuchando a Samah se adivina el gran esfuerzo realizado por resolver batallas interiores y por encontrar el equilibrio entre ser palestina y ser también israelí, respetar los preceptos musulmanes y optar por no llevar velo o ser madre y trabajar fuera de casa muchas horas al día.

Casada con Omar, un palestino al que conoció en la universidad en Jerusalén y madre de tres hijos, Samah vive desde 2000 en Neve Shalom o Wahat al-Salam el “oasis de la paz” en castellano, una comunidad judeo-palestina situada entre Jerusalén y Tel Aviv, donde los pilares son el respeto y la coexistencia pacífica.

“Buscábamos un colegio adecuado para nuestros hijos. No podíamos enviarlos a una escuela extranjera, tampoco judía y la educación árabe no era de calidad. Nos mudamos a la comunidad buscando algo realmente mixto y mis hijos actualmente estudian en árabe y en hebreo”, explica.



Samah nunca ha usado velo pese a que su marido desearía que lo llevara. “Yo le digo: este es mi cuerpo y elijo qué parte enseñar. Es mi elección. Pero soy una mujer modesta: no enseño los brazos en público, no me pongo en bikini y soy una musulmana más bien conservadora: rezo cuando puedo en (la mezquita) Al Aqsa (de Jerusalén) y respeto el Ramadán (mes musulmán de ayuno y oración), considera.

Su discurso denota que la relación con su marido, su “compañero”, como Samah lo llama, está basada en la complicidad y el respeto. Omar forma parte de Zochrot (Recordando, en hebreo), una ONG israelí que trabaja desde 2002 para documentar, dar a conocer y atribuir responsabilidades en los hechos ocurridos en la *Nakba* (la catástrofe en árabe), el momento en que la creación del Estado de Israel convirtió en refugiados a más de 700.000 palestinos.

“Para mí la liberación de la mujer no es hacer top-less en la playa, es sobre todo aceptar tu identidad, sentir que controlas tu vida y eliges libremente lo que haces con tu cuerpo y con tu mente”, resume. “Por ejemplo, ahora tenemos en Naam a una mujer, una segunda esposa, que casi no puede salir de casa por su situación familiar y porque reside ilegalmente en Israel. En su casa escribe historias increíbles, cosas revolucionarias. Ella no es aún libre, pero su espíritu lo es y es el primer paso para que su vida dentro de poco cambie”, concluye.

SAMIA AL QAYED:

“ Yo no tengo una vida como el resto de las mujeres en Gaza ”



Por Isabel Pérez

En la franja de Gaza, el sistema patriarcal impone sus normas ayudando así a perpetuar las convicciones sociales y culturales. El padre es el cabeza de familia, el sustentador, el protector. ¿Qué ocurriría si, por alguna razón, este rol fuera desarrollado por la madre? ¿Y si, además, habláramos de una familia en el umbral de la pobreza, haciendo frente a las ofensivas militares israelíes, a la destrucción de su hogar y a otras angustias como el cáncer?

LA RESPONSABILIDAD FAMILIAR SOBRE LOS HOMBROS DE UNA MUJER

Al este del valle de Salqa en el centro de la franja de Gaza, a un kilómetro (y 300 metros) de la frontera *de facto* con Israel, vive Samia al-Qayed. Antes estaban completamente aislados, solos; sin embargo, desde que finalizó la ofensiva militar israelí ‘Margen Protector’ en agosto de 2014 varias familias se han trasladado a la zona. Han decidido alejarse un poco de la Línea Verde por miedo a las incursiones terrestres israelíes.

joven, sólo tenía 14 años, aunque ella asegura que su marido “la respetó” hasta pasado el quinto año de matrimonio, en el cual tuvo el primero de sus doce hijos.

“Mi marido sufría esquizofrenia. Comía serpientes, cualquier cosa que veía en el suelo, como un salvaje.- Cuenta Samia.- Luego fue mejorando, hasta hoy que está muchísimo mejor, pero no trabaja porque tiene también problemas físicos”.

El esposo de Samia fue herido en la espalda durante la Primera Intifada palestina, cuando soldados israelíes irrumpieron en su casa violentamente. En esa época, la práctica de romper los huesos de todas aquellas personas palestinas que desafiaban la seguridad israelí, se manifestaban o pintaban en los muros frases de protesta fue impuesta como práctica en la doctrina militar israelí y a su marido le resquebrajaron las articulaciones del brazo derecho.

“Yo soy la administradora del hogar.- Afirma Samia sonriente.- Me levanto a las 6.30, lavo los platos, preparo té y café. Dejo todo preparado y luego, depende de lo que tenga que hacer, o voy al mercado o cocino. Si participo en alguna protesta me levanto incluso antes”.



La mujer debería vivir en estabilidad y dignamente



Samia participa en acciones de protesta junto con otras mujeres que, como ella, han perdido a alguna de sus hijas o hijos debido al conflicto. Exigen ayuda financiera y psicológica ya que eran sólo menores de edad que murieron en ataques israelíes. En el caso de Samia un hijo murió en la Primera Intifada y un hijo y una hija en la ofensiva militar israelí de 2014.

“En casa dependemos de 1.400 NIS (unos 320€) al mes que nos dan por tener un hijo muerto. Aunque realmente son tres los hijos que he perdido por las guerras. Por eso hacemos protestas, para que nos den más ayudas a las familias afectadas”, aclara Samia.

LA DURA OFENSIVA ISRAELÍ DE 2014

El 8 de julio de 2014 Israel anunció el comienzo de la operación militar *Tzuk Eytan*, en hebreo ‘Roca Dura’, más conocida en los medios de comunicación como ‘Margen Protector’. Ocho días después comenzó la incursión terrestre dentro de la franja, en la que las tropas israelíes llegaron a penetrar hasta la mitad del enclave costero provocando el mayor desplazamiento interno de familias palestinas que se haya registrado desde la guerra de 1967. UNRWA condicionó todos aquellos colegios situados en zonas ‘seguras’ de la franja para más de 17.600 familias, una de ellas fue la familia de Samia.

“El día que huimos nos encontrábamos en casa. Había aviones y muchos drones, pero nunca pensamos que iba a entrar el ejército israelí.- Confiesa Samia.- Vivíamos en una

casa hecha con unos pocos ladrillos, plásticos y placas metálicas, no nos sentíamos seguros. Un día, de madrugada, comenzaron a caer obuses cerca y salimos corriendo con lo puesto y descalzos hasta llegar a la primera escuela de UNRWA”.

Samia relata las condiciones de la escuela-refugio de UNRWA donde cada vez llegaban más y más familias. Ella, su marido, hijas e hijos se asentaron debajo de unas escaleras. Durante días no pudieron cambiarse de ropa o ducharse.



¿Donde están los derechos de la mujer? ¿Y nuestra dignidad?



“Una noche, la gente comenzó a decir que iba a haber un cese al fuego al día siguiente. Mis hijos e hijas lo oyeron y me pidieron que fuéramos a buscar la ropa que les había comprado para el Eid de Ramadán que llegaría pasado un mes. Les contesté que iríamos siempre y cuando la situación fuera segura”.

Lágrimas comienzan a brotar de los ojos de Samia. Tiene 47 años y el único cuadro que cuelga de las paredes hechas con material prefabricado es el de las fotos de sus dos hijos e hija muertos bajo fuego israelí. Samia se seca la cara y continúa relatando:

“Al día siguiente cuando me desperté, no vi a mi hija Wala, de 15 años, ni a mi hijo Ahmad de 11. Pensé que estarían con sus amigos. Wala solía subir con una amiga al piso de arriba del colegio donde se sentaban a hablar durante horas. Fui a buscarla, pero su amiga estaba sola. Entonces oí bombardeos. Al asomarme a la ventana vi humo a lo lejos, donde está nuestra casa. Me temí lo peor”, recuerda.

Mohammed, uno de los hijos de Samia, fue a buscarles. Estaban convencidos de que Wala y Ahmad habían salido del refugio para ir a casa pensando que había un alto el fuego. De camino, Mohammed encontró ropa esparcida por el suelo. Había habido un bombardeo en ese mismo lugar. Los pedazos de su hermana Wala llegaban hasta la copa de un árbol cercano. Del pequeño Ahmed no vio ni rastro.



En casa dependemos de 1.400 NIS (unos 320€) al mes que nos dan por tener un hijo muerto



“Llamamos a una ambulancia. Al principio nos dijeron que era imposible ir a esa zona, pero finalmente fueron. Cuando la ambulancia volvía y pasó por la escuela, le pedí que me llevaran con ellos. El conductor me dijo que no y yo empecé a pegarle. No sabía cómo decirme que sólo portaba pedazos de Wala”, afirma Samia bajando la cabeza.

Días después encontraron el cuerpo muerto de Mohammed en un hospital de Gaza. El Ejército israelí lo había llevado a Israel, no sé sabe bien por qué o para qué. La familia había estado buscándolo con ayuda del Comité Internacional de la Cruz Roja y organizaciones de derechos humanos.



“A Mohammed pudimos hacerle un entierro como Dios manda, pero a Wala no debido a los bombardeos”, explica Samia.

LA DIGNIDAD CON UN HOGAR

El actual hogar de Samia y su familia no cuenta con electricidad, tampoco con agua corriente. Mientras esperan que su casa sea reconstruida, viven en una chabola levantada con restos de materiales de una casa donada como ayuda humanitaria.

“Cuando salimos del refugio de UNRWA fui a vivir en alquiler, pero era muy caro. Volvimos aquí e hicimos una tienda con plásticos y ladrillos. Un día, pasó el alcalde y nos preguntó por qué vivíamos en esas condiciones y nos ofreció una casa de madera de donantes internacionales a través de una asociación”, cuenta Samia.

Luego llegaron los problemas con dicha asociación ya que quisieron vender la casa. Samia se presentó en sus oficinas y les exigió que esa casa, de tres plantas, debía ser

repartida entre otras familias necesitadas. La suya viviría en una planta y, el resto del material, podían repartirlo entre otras familias.

“Al final compré ladrillos y deshicimos la casa de madera. El aislante forma ahora las paredes de esta chabola que tenemos que cubrir con plástico si llueve porque entra agua.- Asegura la mujer.- Mira este pantalón. Lo compré ayer para uno de mis hijos y las ratas se han comido parte de la pernera”.



*Al asomarme a la ventana vi humo a lo lejos,
donde está nuestra casa. Me temí lo peor*



Samia no contiene la risa y, entre carcajadas y una tristeza infinita, añade: “Nosotros queremos vivir en una casa de cemento y hormigón, como todo el mundo. Como vivíamos hace mucho tiempo”.

Cuando Samia comenzó a vivir con su marido, vivían en una casa en Sabra, un barrio de la ciudad de Gaza. Como su marido no tenía propiedades ni dinero, ella vendió su herencia y construyeron la casa. Pero el cáncer llamó a la puerta. A su hijo Mohammed, todavía niño, le fue pronosticada esta enfermedad en una de sus vértebras.

“Para hacer frente a los gastos vendimos la casa y nos hicimos una chabola en el valle de Salqa. Durante siete años estuve viajando con Mohammed a Egipto para que le curaran.- Recuerda Samia.- La primera vez que fuimos fue tras la guerra de 2008. En cuanto abrieron el paso de Rafah viajamos a Egipto. El bloqueo nos afectó mucho. Una vez tuvimos que dormir tres días en el paso de Rafah esperando que abrieran. No teníamos dinero para ir y volver a casa cada día, esperando que nos dejaran salir”.

Samia no porta anillos ni joyas, lo ha vendido todo. En su mano izquierda solamente porta un anillo, el que llevaba su hija Wala en el momento de ser asesinada.



*Nosotros queremos vivir en una casa de cemento
y hormigón, como todo el mundo*



“¡Mira cómo vivimos las mujeres de la franja de Gaza! - Exclama Samia.- Los viernes -día de asueto en los países de mayoría musulmana- no descanso, tengo que lavar toda la ropa a mano. Estoy endeudada, mi marido toma medicación y tengo varios hijos en casa que no encuentran trabajo”.

La mujer señala a su alrededor. Dentro de la chabola todo está cubierto de tierra y polvo. Ella misma carga cubos de arena para los obreros que están construyendo la casa familiar al lado de la chabola, pero también hace té, cocina, se ocupa de los hijos y las hijas, de la compra o de resolver problemas causados por la electricidad. Samia



desempeña tareas que en Gaza son asociadas a los hombres y tareas asociadas a las mujeres.

“Yo no me siento mujer, me siento hombre.- Arguye la mujer.- Yo no tengo una vida como el resto de las mujeres en Gaza. Hago trabajos y encargos que hacen los hombres. Aquí las mujeres tienen profesiones como médicas, periodistas, abogadas o banqueras. Yo no soy nada de eso”.

Sobre Samia recaen las responsabilidades familiares y domésticas así como aquellas que tienen que ver con el ámbito público. Es una mujer que se enfrenta sola a una vida conflictiva y para nada estable.

“La mujer debería vivir en estabilidad y dignamente.- Asevera Samia-. Yo, en cambio, tengo que aguantar la presión de la familia, de la muerte de mis hijos y mi hija. Lucho, trabajo duro, pero no tengo un salario. ¿Donde están los derechos de la mujer? ¿Y nuestra dignidad? Ojalá recibiera ayuda para empezar algún proyecto y ganar algo de dinero porque, como madre que soy, ni siquiera puedo comprar cosas para mi familia, ni algo de fruta para mis hijos”.



“ Queremos volver a casa.
Es nuestro derecho ”

Por Isabel Pérez

El 18 de mayo de 1948 el pueblo de Assawafir Este (*Assawafir Ashsharqiya*) quedaba totalmente vacío de sus gentes. Más de 1.100 personas habían huido de esta localidad situada en el distrito de Gaza que en dicho año comprendía más del doble de lo que hoy es la franja de Gaza. Las familias de Assawafir Este, junto a las vecinas de Assawafir Oeste y Norte, buscaron refugio en otros pueblos de la Palestina histórica. La dispersión no fue hacia una sola dirección: las familias tuvieron que huir en repetidas ocasiones de los lugares que habían considerado seguros ya que las tropas israelíes avanzaban.

La *Nakba* palestina, la *Calamidad*, el *Desastre* como lo denomina el pueblo palestino, dio comienzo en 1948 y provocó la destrucción total de 531 pueblos palestinos. Alrededor de 750.000 personas fueron expulsadas de sus hogares y desposeídas de sus tierras convirtiéndose así en “refugiados y refugiadas de Palestina”. En 1950 la ONU, a través del recién creado organismo de UNRWA, levantó carpas y tiendas de campaña para estas familias en distintos lugares, incluida la franja de Gaza.

Hoy en día, el 80% de la población de la franja sostiene el estatus de ‘refugiado’ o ‘refugiada’ de Palestina. Un estatus hereditario cuyo punto de ruptura se alcanzaría con

la consecución de la resolución 194 de la ONU: el derecho al retorno de los refugiados y las refugiadas palestinas.

ANTES DE LA NAKBA: LA VIDA EN EL PARAÍSO

Zahiyya al-Buheisi vive, desde 1948, en el campo de refugiados de Deir al-Balah. Hace ya muchos años que el campo de tiendas ha dado paso a un campo de hormigón donde las viviendas se adosan unas a otras en un reducido espacio donde cada vez es más difícil mantener la privacidad y que los rayos del sol entren por las ventanas.

“Nací en Assawafir Este.- Comienza a relatar Zahiyya-. Mi padre era el *mokhtar*, el notable del pueblo, resolvía los problemas de la comunidad, iba y venía de Gaza, Jerusalén o Haifa”.

Con 87 años, Zahiyya mantiene una excepcional vitalidad. Se levanta sin dificultad del sillón para traer café y cuando se vuelve a sentar no se queda quieta. Gesticula continuamente al hablar y, si hace pausas, inicia un proceso de limpieza manual recogiendo las migas o restos de comida que los más pequeños han dejado en el viejo sillón. Zahiyya retoma el relato de su vida en Assawafir:

“Cuando vivíamos en Assawafir antes de la *Nakba*, teníamos tierras agrícolas, casas de piedra o adobe. Éramos muchos. Hoy la familia está esparcida, en la Diáspora, fuera de Palestina.- Dice mientras señala la foto de su hijo que vive en Canadá desde hace años.- Es aquí en Gaza donde nos empobrecimos”.

Zahiyya describe lo que ella llama “el paraíso en la tierra”, su hogar y sus campos en la Palestina histórica:

“Vivíamos en el centro del pueblo. Los campos estaban a unos 10 km, pero teníamos tres caballos para ir ahí. Comíamos de lo que plantábamos: tomate, maíz, trigo, lentejas, zanahorias, sésamo, también fruta”, cuenta la anciana mientras enumera con los dedos de la mano, insuficientes para tal cantidad de variedad de hortalizas y árboles frutales, sobre todo cítricos.

“Ojalá nos hubiéramos muerto ahí antes de tener que venir aquí”, sentencia. Su tono de voz decae y mira al anciano en la silla de ruedas. “No íbamos al médico. Teníamos diferentes hierbas medicinales. Vivíamos a gusto y nos lo quitaron todo”.

EL MÉDICO DEL ASENTAMIENTO JUDÍO

Los gritos de los biznietos jugando en la habitación contigua hacen que la anciana comience a sonreír de nuevo.

“Así de contenta me ponía yo cuando salíamos del pueblo para ir al-Majdal a comprar telas o la decoración para los caballos”, recuerda la anciana.

La familia al-Buheisi es una de las pocas que ha podido conservar el registro de sus

propiedades: unas gruesas hojas, amarilleadas por el tiempo, con el antiguo sello del Gobierno de Palestina.

“Queremos volver a casa. Es nuestro derecho. Al menos que vuelvan nuestros nietos y biznietos. Mira dónde vivimos ahora, en una casa de medio *donum*. ¡Nosotros poseíamos 100 *donums* (10 hectáreas)!”, exclama disgustada.



Sólo hay una forma de terminar: volviendo. Queremos volver a nuestros hogares, queremos ser enterrados en nuestra tierra originaria



La pobreza en la franja de Gaza afecta, especialmente, a las familias refugiadas puesto que no poseen tierras agrícolas o ganado. Todo lo contrario al periodo anterior a la *Nakba*.

“Cuando nos casamos vivíamos en una casa propia, no como hoy en día.- Aclara la anciana.- Teníamos unos 500 m² de patio y a su alrededor estaban las diferentes habitaciones de las familias, todas al-Buheisi. En el techo secábamos las semillas y el trigo. También teníamos unas 50 ovejas y bebíamos de su leche o hacíamos mantequilla. El aceite lo traíamos de fuera: las aceitunas eran de las zonas altas de la Cisjordania y las prensas de aceitunas estaban en Gaza”.

Los relatos de las supervivientes de la *Nakba*, de los y las *mankubin*, los afligidos, transportan a una época donde la vida se regía por la naturaleza. Zahiyya habla de cómo los enlaces matrimoniales eran una ocasión de encuentro, no sólo entre la familia extendida sino también con otras comunidades. Se esperaba siempre a que hubiera luna llena para aprovechar su luz.

“Solían juntarse vecinos de todos los pueblos, de al-Faluja, de Hatta, Hiribya.- Describe la anciana.- Cuando yo me casé me montaron sobre una yegua e hicimos un recorrido por varias casas. La gente nos regalaba carneros y nos ofrecían algo para beber o comer. Las mujeres nos poníamos nuestros vestidos bordados a mano. La gente vivía bien”.

Mientras evoca uno de los recuerdos más hermosos de su juventud en Assawafir, su ojo derecho desprende un brillo de emoción contenida. El ojo izquierdo, Zahiyya lo perdió hace años.

“Tuve una enfermedad en mi ojo cuando era pequeña. Yo siempre he pensado que fue un mal de ojo.- Asegura, supersticiosa.- Mi padre me llevó a Jerusalén, pero nadie pudo ayudarme, a Jaffa, pero tampoco resultó. Un día, mi padre trajo a un médico judío para que viera mi ojo. Ese médico iba al pueblo siempre que le llamaban los palestinos. No había ningún problema con ello”.

Quizás ya era demasiado tarde para que ese médico pudiera curar la extraña enfermedad que padecía Zahiyya en el ojo. Lo cierto es que ella nunca ha llegado a entender qué le sucedió ni qué curas le aplicaron, pero cuenta que ese médico judío le ayudó a calmar el dolor.



“No recuerdo cómo se llamaba, pero ese médico vivía en un asentamiento que existía desde tiempos de los otomanos”, confirma la anciana.

HUIR EMBARAZADA

Zahiyya cuenta cómo los jóvenes y los hombres del pueblo compraron armas oxidadas y cavaron trincheras. El intercambio de fuego tenía lugar sobre todo en las horas nocturnas.

“Los israelíes tenían tanques y cañones.- Añade Zahiyyah.- Un día entraron a Assawafir. Quemaron todo el pueblo, lo destruyeron todo. Nosotras ya habíamos huido”.

Era ya mayo de 1948. El Estado de Israel había sido proclamado el día 14 de dicho mes la población palestina empezó una huida que se tornó en éxodo.

“Escapamos a los campos agrícolas. Yo estaba embarazada, pero no lo sabía. Estuvimos dos meses ahí, durmiendo entre los árboles. - Continúa explicando la anciana-. Las batallas tenían lugar en los pueblos, así que nos sentimos lo suficientemente protegidos para terminar de recoger la cosecha y cargarla hasta nuestro siguiente refugio”.

Zahiyya se dirigió con su familia al pueblo cercano de al-Faluja. Allí se sorprendieron al ver la gran cantidad de personas que habían llegado de otros pueblos vecinos, como Hatta, Karatiya o Julis. Pasaban las semanas y la familia al-Buheisi empezó a asumir que no volverían a sus casas tan pronto como esperaban.

“Recuerdo que la fuente del pueblo siempre estaba abarrotada de gente. Nosotros teníamos comida, lo que habíamos llevado cargado en nuestros carros y animales. Todos hablábamos de que íbamos a volver a casa”. Cuenta Zahiyya.

La batalla llegó a Faluja y la situación se hizo más peligrosa para las familias desplazadas, muchas de las cuales salieron hacia Hiribya.

“En Hiribya nos bombardeaban con unas bombas muy grandes - recuerda la anciana que cuenta cómo las veía caer.- Con los más pequeños gritando, huimos a Gaza. Otros se marcharon hacia el norte, al Líbano, a Siria, pero nosotros quisimos quedarnos lo más cerca posible de Assawafir”.

Anduvieron cerca de cinco horas hasta que llegaron a Gaza, esta vez de forma más precipitada que las anteriores. Zahiyya empezaba a sufrir más el peso del embarazo.

“Estaba de ocho meses, sentía un poco de cansancio, pero con la intensidad de todo lo que nos rodeaba no pensaba mucho en ello.- Admite la anciana.- En la ciudad de Gaza vimos que no había sitio para refugiarnos y fuimos a Deir al-Balah”.

PONER FIN A LA *NAKBA*

En Deir al-Balah, zona centro de la franja de Gaza, el único lugar para los desplazados eran los establos y granjas de animales donde los refugiados dormían hacinados. La guerra llegó también hasta la zona.

“Me contaron que había bombardeos donde se refugiaba parte de mi familia, así que fui rápidamente hasta el lugar. Recuerdo que caminé por la playa y, justo cuando llegué, empezaron las contracciones. El momento del parto había llegado”.

Los llantos del segundo hijo de Zahiyya estuvieron acompañados por los estruendos de los bombardeos israelíes. Su tía hizo las veces de comadrona.

“Era inicios del año 1949 y a mi hijo lo llamé Nasser (victoria en árabe). En esa época todavía pensábamos que íbamos a ganar la guerra y volveríamos a nuestros hogares”, reconoce la anciana.

En 1950, los campos de refugiados empezaron a materializarse las primeras ayudas y servicios humanitarios de UNRWA: tiendas, comida, medicamentos y colegios para los niños y niñas. Pasados los años, las tiendas fueron sustituidas por casas de ladrillos y cemento. Aquello que nunca ha podido ser sustituido son las tierras agrícolas y propiedades de cientos de miles de personas que hoy viven, como Zahiyya, con el deseo de poner fin al periodo de la *Nakba*.

“Sólo hay una forma de terminar: volviendo. Queremos volver a nuestros hogares, queremos ser enterrados en nuestra tierra originaria”, alega la anciana.

